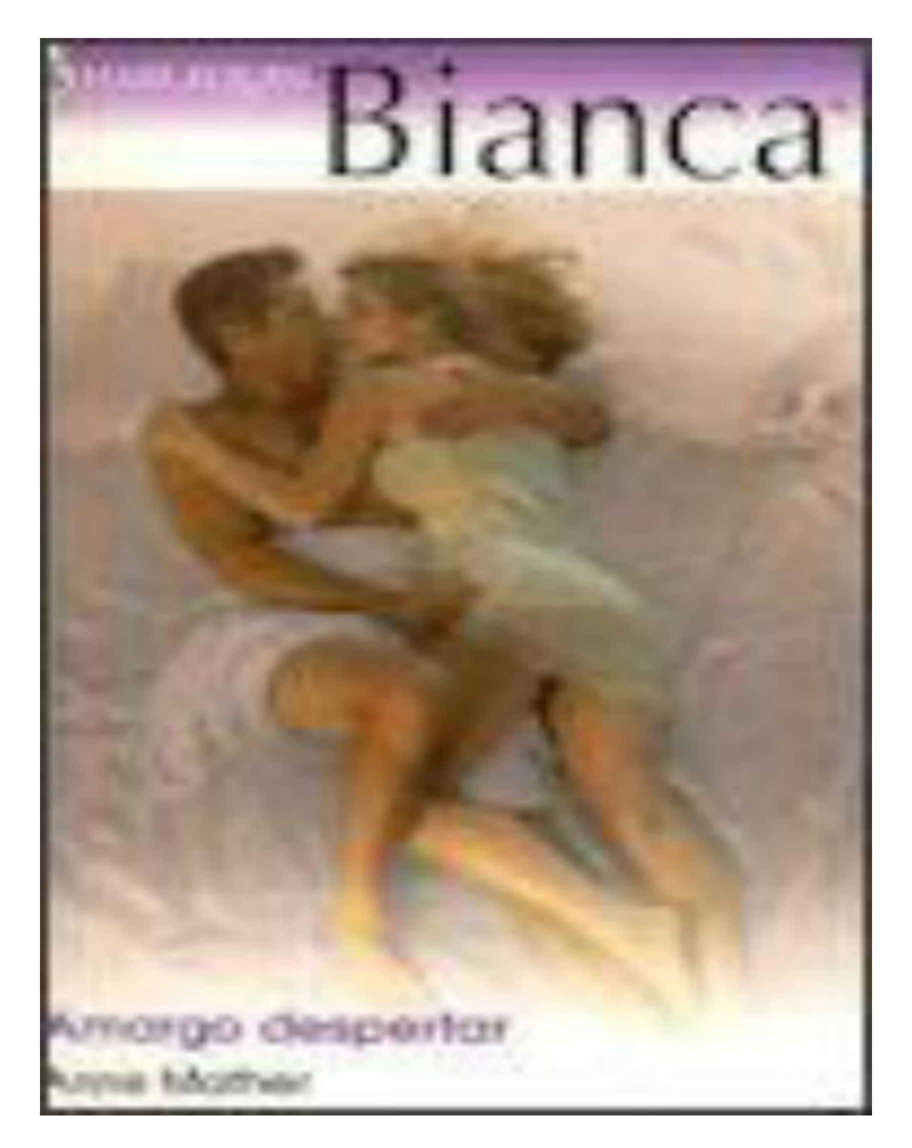

Bianca
Amargo despertar
Anne Mather

Amargo despertar

Sinopsis

Tendría que enfrentarse al pasado… y despertar al presente.

El intrépido reportero Matthew Quinn había vivido dos largos años secuestrado por las fuerzas rebeldes y su escapada había aparecido en todos los titulares. Pero Matt había quedado marcado físicamente y creía que había cosas de las que jamás se recuperaría…

Matt no estaba preparado para Felicity Taylor. Pero la química sexual había sido instantánea y muy poderosa. Sin embargo, él sabía que jamás podría revelarle sus secretos, por eso tenía que mantenerse alejado de ella.

Capítulo 1

LAS campanadas del reloj de la iglesia lo despertaron.

Paradójicamente, se había acostumbrado a dormir sin que las llamadas al rezo del almuédano interfirieran en absoluto con su sueño. Después de cuatro años en el norte de África, y los últimos ocho meses en una prisión en Abuqara, eran sonidos que le resultaban tremendamente familiares. Eso, y los disparos que irrumpían de vez en cuando en el patio de la prisión.

Claro que eso tampoco significaba que pudiera conciliar el sueño, por supuesto. Una fina manta bastante sucia y raída echada sobre el suelo duro de cemento no podía sustituir la comodidad de un colchón. Sin embargo, la capacidad del cuerpo para adaptarse a cualquier circunstancia y para acostumbrarse a lo mínimo para sobrevivir era increíble, y el suyo era buena prueba de ello.

Porque a pesar de todo, él había logrado sobrevivir, y después de seis meses de vuelta en Inglaterra, lo normal sería que ya se hubiera acostumbrado a los sonidos normales de la vida civilizada.

Pero no era así. Todavía le costaba aceptar que no era el hombre que había sido, y el hecho de no poder conciliar el sueño ni descansar sin tormentosas pesadillas no eran más que insignificantes detalles de su propia realidad.

Detestando la dirección que estaban tomando sus pensamientos, Matthew Quinn retiró las mantas que lo cubrían y se sentó en la cama. Al menos, estar sentado aliviaba la sensación de mareo que se había apoderado de él en las primeras semanas de su liberación. Y su cuerpo, prácticamente en los huesos el día que bajó del avión en el aeropuerto de Londres, iba gradualmente recuperando fuerzas, gracias a las sesiones de ejercicio físico a las que se obligaba todos los días. Los médicos le habían advertido que no debía excederse, pero no había forma de controlar los deseos que sentía de recuperar la salud y la fuerza que siempre lo habían acompañado. Hacer lentos progresos nunca había sido suficiente para él.

Por eso, aunque sus problemas psicológicos no parecían avanzar al ritmo que él deseaba, físicamente se sentía mucho mejor que hacía un mes. A veces tenía la sensación de que nunca lo conseguiría, de que nunca volvería a recuperar la confianza

en sí mismo. Y quizá, se dijo, las cosas irían mejor si

las personas que lo rodeaban se dieron también cuenta de ello.

A pesar de todo, tenía que intentarlo. Y por eso, había comprado aquella casa en un pueblo lejos de Londres, lejos de la vida que Diane y él tenían antes de que lo enviaran a Abuqara a cubrir como

periodista la guerra civil.

Diane no estaba en absoluto de acuerdo con su decisión. Mallon's End era el pueblo donde ella había nacido y crecido y donde todavía seguían viviendo sus padres. A ella le parecía una locura que él estuviera dispuesto a dar la espalda a todas las oportunidades profesionales que Londres significaba. Ya le habían ofrecido su antiguo trabajo en una conocida cadena de televisión, y Diane no podía entender por qué lo había rechazado. Matt tampoco lo sabía. Pero, gracias al legado de su abuela, el dinero no era un problema, y además siempre estaba la oferta de una editorial para escribir sus experiencias como prisionero a manos de las fuerzas rebeldes en Abuqara.

Se levantó y, descalzo, se dirigió a la ventana, temblando ligeramente. Los listones de madera pulida bajo sus pies también estaban fríos, pero él no lo advirtió. Estaba acostumbrado a ir descalzo. Lo primero que hicieron sus captores cuando lo secuestraron en Abuqara City fue quitarle los zapatos. Y aunque al principio los pies se le habían llenado de ampollas y andar era una auténtica tortura, poco a poco su piel se había ido endureciendo.

Además, se había acostumbrado a unas temperaturas que sobrepasaban los cuarenta grados centígrados durante el día, y aunque supuestamente Inglaterra estaba sufriendo una ola de calor, él ni siquiera lo advirtió.

Retirando la cortina a un lado, Matt se asomó al exterior. Los jardines de la casa se abrían en todas direcciones, llenos de flores y colorido. Para alguien acostumbrado a paredes desnudas y calles amarillentas llenas de polvo y sin rastro de civilización, aquélla era una vista increíble. Ni siquiera los meses que había pasado desde su regreso en su cómodo piso londinense de Belsize Park lo habían preparado para tanta belleza. Eso era lo que necesitaba, se dijo, lo que había soñado cuando estaba en la cárcel. Era una experiencia humanizadora.

Más allá de los jardines de la casa, la iglesia ofrecía su propia absolución. Matt veía las casitas a través de las ramas de los álamos y cedros que protegían la verja de hierro, y los vehículos que de vez en cuando pasaban por delante de su puerta camino del pueblo.

Era todo tan, otra vez la misma palabra, civilizado. Sin embargo, él seguía sintiéndose aislado de la gente y de todos los lugares que antaño había sentido como propios. Era extraño, pero durante todo el tiempo que estuvo prisionero, añoró terriblemente poder conversar con alguien que hablara en su mismo idioma.

Afortunadamente, había mantenido algunas interesantes aunque breves conversaciones con el capitán de los rebeldes. Aunque apenas conocía su idioma, tuvo la sensación de que el hombre era una

persona muy culta e inteligente.

Pero ahora, estaba de nuevo en su país, no tenía ninguna gana de ver a gente ni de entablar ningún tipo de conversación conn nadie. Estaba hecho una piltrafa humana, se dijo. Diane tenía razón. Y no podía reprocharle si ella se cansaba de él y lo dejaba.

A pesar de todo, se dijo acercándose a la ventana y recordando el ajetreo de su vida en los últimos meses, tenía derecho a un poco de paz y tranquilidad. Dios sabía que no había estado preparado para todo el interés y curiosidad que despertó su regreso a Inglaterra tras ocho meses de cautiverio, pero entre las entrevistas, las llamadas, los programas en la televisión y el acoso de los periodistas, se sentía como perseguido de nuevo. Quería alejarse de todo aquello, no sólo de Londres, sino de su antiguo estilo de vida. Si eso significaba que estaba loco de remate, no le importaba en absoluto.

Después de ducharse y despejarse un poco, se puso un pantalón de chándal y una camiseta negra. Al mirarse al espejo del cuarto de baño, sonrió. En el norte de África se había afeitado la cabeza por primera vez, y desde su regreso había mantenido el pelo apenas lo suficientemente largo como para cubrirle la cabeza. Diane le dijo que le quedaba bien, aunque Matt era consciente de que ella diría cualquier cosa para aumentar su autoestima. Estaba muy preocupada por él, por su relación, y él no podía reprochárselo.

Al bajar al piso de abajo, sintió que la casa estaba helada. Apenas eran las siete de la mañana, y hasta que supiera cómo funcionaba la calefacción central, tendría que conformarse con aquella temperatura.

Aunque al menos, se dijo sonriendo, la casa tenía calefacción central. En general, aquellas casas viejas no lo tenían, pero el propietario anterior no se había conformado con un nivel menor de comodidad.

A pesar de todo, pensó, tenía que ocuparse de redecorar la vivienda. El papel de empapelar de las escaleras y la tela de damasco que cubría las paredes de la sala principal tenían que desaparecer, y además necesitaba algunos muebles más que una cama y los dos sillones que había traído consigo desde Londres. Por suerte, la casa que había comprado tenía espacio suficiente para varios dormitorios y salas de estar, y sus muebles de Londres no serían suficientes para amueblarla por completo. Tendría que visitar alguna tienda de muebles, aunque mejor sería acudir a un anticuario, ya que aquella casa no aceptaría ningún tipo de mobiliario moderno. El resto de sus muebles seguía en su apartamento londinense, y hasta que decidiera dónde iba a quedarse, seguiría estando allí.

Afortunadamente, la cocina estaba orientada al este, y cuando él bajó estaba bañada por la luz del sol que se colaba por la ventana. Al igual que el resto de la casa, no le vendría mal una modernización,

aunque a él le gustaban los armarios de madera de caoba y la vajilla de porcelana decorada en tonos verdes.

Matt se preparó una cafetera de café brasileño, su favorito, y puso una sartén al fuego para freír unas lonchas de beicon.

Al poco rato, la cocina estaba deliciosamente impregnada del olor a café recién hecho y beicon frito, y Matt se alegró de haber aceptado la sugerencia de su madre de llevarse algo de comer. Porque si de él hubiera dependido, probablemente habría tenido que salir a desayunar, y eso sí que no entraba en sus planes en absoluto.

El sonido de pasos en el jardín le hizo fruncir el ceño. «Maldita sea», pensó. Aún era demasiado pronto para que nadie supiera dónde estaba. Incluso había encerrado su vehículo todoterreno en el garaje para ocultar su presencia en la casa. ¿Quién demonios había descubierto que ya estaba allí?

Se acercó a las ventanas y miró al exterior. No pudo ver a nadie, y eso lo inquietó. Estaba seguro de haber escuchado pasos. No podía estar teniendo alucinaciones. Cielos, eso sería la gota que colmara el vaso, ya de por sí a punto de rebosar.

Dejó la taza de café en la mesa de madera de pino detrás de él. Pero, al acercarse a la sartén a ver cómo estaba el beicon, escuchó otra vez los pasos.

No había nadie. Si así fuera, habría visto alguna sombra a través de la ventana.

Maldiciendo para sus adentros, se acercó a la puerta y la abrió de golpe. Una niña de unos seis o siete años estaba agachada junto a lo que parecía una conejera, dando hojas de dientes de león a través de las rejas a lo que quiera que hubiera en el interior.

La niña alzó la cabeza y lo miró asustada, pero a él la presencia de la pequeña allí lo tranquilizó. Al menos era un alivio saber que no estaba perdiendo el juicio, además de su...

Se obligó a interrumpir el pensamiento y forzar una sonrisa, a la vez que la niña se apresuraba a ponerse en de pie.

—¿Quién es usted?

La pregunta lo pilló desprevenido. Esa pregunta tenía que haberla hecho él, pensó, en parte impresionado por la rapidez de la pequeña, que lo miraba como si el intruso fuera él.

—Me llamo Quinn —dijo él, con una sonrisa—. ¿Quién eres tú?

—Mm, Nancy —respondió ella, tras un momento de vacilación—. Nancy Drew —repitió ella, y antes de que él pudiera hacer ningún comentario, la niña frunció el ceño y preguntó—: ¿Usted vive aquí?

—Ahora así —dijo Quinn, secamente—. ¿Hay algún problema?

Nancy se encogió de hombros.

—No —respondió, aunque no muy segura—. No tiene... no tiene perro, ¿verdad?

Quinn sonrió, sin poder evitarlo.

—De momento no —repuso él—. ¿Te gustan los perros?

—Sí —dijo Nancy, en tono más bien dubitativo—. Mi abuelo tiene un perro. Un golden retriever. Pero es muy malo.

—¿Quién, tu abuelo?

Nancy lo miró con expresión de querer echarle una regañina.

—¡No! —exclamó, con impaciencia—. Harvey. Se pasaba el día persiguiendo a Buttons por el jardín. Estaba muerto de miedo.

—¿Harvey? —preguntó Quinn, inocentemente.

—Buttons —lo corrigió ella—. Me está tomando el pelo, ¿verdad?

Quinn suspiró.

—Sólo un poco —reconoció él—. ¿Quién es Buttons?

—Mi conejo —dijo ella.

Entonces la niña se agachó y señaló a la conejera que tenía a sus pies.

—Mamá dijo que tenía que encontrarle otra casa. Y eso fue lo que hice.

Quinn sospechó que la madre de la niña no se refería precisamente al jardín de un desconocido, pero no hizo ningún comentario. Se agachó junto a la pequeña y vio el hocico blanco de un conejo bastante grande que olisqueaba los barrotes de la conejera.

—Este es Buttons —explicó la pequeña—. ¿A que es mono?

—Supongo —dijo Quinn, que no sabía nada de conejos—. Pero ¿no es una jaula muy pequeña para él?

—Sí —dijo Nancy—. Por eso tengo que soltarlo de vez en cuando. Pero ya le he dicho...

—Que Harvey lo perseguía —concluyó él.

La niña asintió.

—¿Puede... puede quedarse aquí? —preguntó rápidamente.

Quinn se puso en pie.

—Bueno..., a lo mejor —dijo lentamente—. Si a tu madre le parece bien.

—Oh, ella no lo sabe —dijo Nancy, levantándose—. No le dirá nada, ¿verdad?

Fliss abrió la boca de nuevo para gritar el nombre de Amy cuando la vio en la puerta de la casa del vecino, hablando con un hombre que no había visto en su vida.

Suspiro aliviada y apartó de su mente las horribles imágenes de secuestros de niños que aparecían tan frecuentemente en la televisión. Su hija sólo tenía nueve años.

Sin embargo, tampoco le gustaba que se metiera en la casa del vecino, a pesar de que la niña conocía perfectamente el lugar. Estaba acostumbrada a acompañar a su madre, sobre todo en vacaciones, y conocía el jardín casi tan bien como el suyo propio.

Nada cambiaría el hecho de que las cosas habían cambiado, pensó. El anciano coronel Phillips había muerto y ella había oído rumores de que la casa se había vendido. A alguien que no conocía, se recordó. ¿Cuántas veces había advertido a su hija que no hablara con desconocidos?

El hombre reparó en su presencia antes que la niña. Volvió la cabeza hacia ella, y Fliss absorbió el rostro duro e inflexible y las facciones oscuras y bronceadas. Era alto, pero no tenía ni un gramo de grasa en su musculoso cuerpo.

Su expresión era... peligrosa, pensó Fliss. No se parecía en nada a la gente que normalmente se retiraba a Mallon's End a descansar, y ella se preguntó qué le habría hecho comprar una casa en un lugar tan tranquilo y aburrido.

Con curiosidad más que otra cosa, Fliss se acercó un poco, y observó que el hombre era más joven de lo que había imaginado; probablemente rondaría los treinta y muchos, pero el pelo negro y corto le daba un aspecto distante y mayor.

A pesar de su expresión amenazadora, era un hombre muy atractivo. Fliss tragó saliva, nerviosa, sintiendo un extraño aleteo en el estómago. ¿Quién demonios era?

—Lo siento —empezó ella, disculpándose—. Si mi hija lo está molestando...

—En absoluto —aseguró él, en tono bajo y un poco ronco.

—Oh, mamá —exclamó Amy, dirigiendo una impaciente mirada a su madre—. No soy una niña.

—Te estaba buscando —dijo Fliss, decidiendo que ya la regañaría más tarde—. ¿No me has oído llamarte?

Amy se encogió de hombros.

—Puede —respondió, con la altivez propia de una adolescente, aunque Fliss tuvo la sensación de que su hija estaba un tanto incómoda.

Seguro que le estaba ocultando algo. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Qué le estaba diciendo aquel hombre?

—¿Y por qué no has respondido? Estaba preocupada.

—Estoy seguro de que Nancy no quería preocuparla, señora Drew —interrumpió bruscamente el hombre—. No ha hecho nada.

—¿Tú crees lo mismo? —preguntó Fliss, mirando a su hija—. Amy, ¿le has dicho a este caballero que te llamas Nancy Drew?

Amy se sonrojó.

—¿Y qué?

—No puedo creerlo—dijo Fliss, sacudiendo la cabeza.

—Supongo que no te llamas Nancy —dijo el hombre a la niña, con un suspiro.

—No —respondió Fliss, tratando de controlar la risa—. Se llama

Amy. Amy Taylor. Nancy Drew es...

—Sé quién es Nancy Drew —interrumpió él, secamente—. Así se hace, Nancy. ¿Has resuelto algún buen caso últimamente?

Amy se mordió los labios, pero se guardó la ira para su madre.

—¡Mira lo que has conseguido! —le espetó, furiosa—. Me has hecho quedar como una tonta delante de Quinn.

—¿Quinn?

Fliss miró al hombre y vio la mueca de resignación en su rostro.

—Matthew Quinn —se presentó él—. He comprado esta casa.

—Oh. Oh, bueno —murmuró—. En fin, espero que usted y su familia sean muy felices aquí.

—No tengo familia —replicó él, con una voz ronca que a Fliss le resultó tan atractiva como su físico—. Pero gracias.

—De nada.

Fliss sonrió débilmente y se mordió el labio inferior. ¿Sería un buen momento para explicarle por qué Amy se sentía con derecho a entrar en su jardín? A lo mejor él también necesitaba alguien que se ocupara de su casa. Si no estaba casado...

—Vamos, mamá —dijo Amy, sujetándola del brazo y tirando de ella—. Ya casi es hora de ir al colegio.

Fliss arqueó las cejas. ¿Desde cuando tenía Amy tantas prisas por ir al colegio? Miró al rostro sombrío del hombre, pero éste la estaba estudiando con frialdad y ella desvió la mirada. Deslizó los ojos por la camiseta ceñida que marcaba su torso musculoso, por el pantalón de chándal que no podía ocultar el impresionante bulto de sus genitales ni los torneados y fuertes músculos de sus piernas. Hasta sus pies desnudos. Probablemente acababa de levantarse de la cama.

¿Lo habría despertado Amy?

Entonces Fliss vio la estructura con forma de jaula en el suelo y lo entendió todo. Sujetó el brazo de Amy antes de que la niña pudiera alejarse, y señaló la conejera.

—¿Qué hace aquí la conejera de Buttons? —preguntó, irritada—. Vamos, Amy, ¿qué está haciendo aquí?

Los hombros de Amy se hundieron y la niña miró con ojos suplicantes a Matthew Quinn. «Claro», pensó Fliss. Él tenía que estar al corriente. Por eso su hija y él estaban hablando cuando ella los interrumpió. Y él no había dicho ni una palabra, a pesar de ser consciente de que ella no sabía nada de lo que estaba pasando.

Fliss lo miró, dispuesta a poner de manifiesto su indignación, por injustificada que fuera, pero encontró al hombre apoyado cansadamente contra el marco de la puerta, el rostro hundido y demacrado. Inmediatamente se dio cuenta de que estaba enfermo. Y agotado. 0 quizá tremendamente aburrido de la conversación.

—¿Se encuentra bien? —preguntó ella.

—Un poco cansado, nada más —le aseguró él con firmeza, retirándose hacia el interior de la cocina.

Fliss notó el olor a beicon quemado. Quinn echó un vistazo por encima del hombro, y añadió, antes de que ella pudiera ofrecerse a ayudarlo en nada:

—¿Podemos continuar con esto en otro momento, señora Taylor? Me temo que se me está quemando el desayuno.

Capítulo 2

FLISS hizo un esfuerzo para no volver a pensar en Matthew Quinn hasta después de dejar a su hija en el colegio.

Prefirió concentrarse en el comportamiento de Amy, en la decepción que sintió al ver que su hija le había mentido. Para evitar que su conejo Buttons fuera enviado a un refugio de animales, Amy le aseguró que podía llevar al conejo a casa de un amigo suyo que se haría cargo de él, pero lo que Fliss no había sospechado era que su hija no tenía la menor intención de entregar su conejito a nadie.

Ahora aquel engaño había sido descubierto, y la situación no podía ser más embarazosa. Seguro que ahora Matthew Quinn pensaba que Fliss era una mala madre, una etiqueta que le habían colgado muchas veces desde que descubrió, a los dieciséis años, que estaba embarazada.

Además, ahora Fliss se veía obligada a volver a la casa del hombre a recoger el conejo y disculparse. Otra vez. A Amy no le haría ninguna gracia, sobre todo si se veía obligada una vez más a deshacerse de Buttons.

Estaba segura de que al nuevo inquilino no le haría ninguna gracia tener un mamífero peludo viviendo en su jardín de manera permanente.

Y si tenía esposa...

Que hubiera dicho que no tenía familia no significaba necesariamente que...

De todos modos, no eran más que especulaciones, se interrumpió Fliss, y no tenía la menor intención de cometer ese error. Era cierto, era uno de los hombres más guapos que había visto en su vida y, con o sin esposa, no era para ella.

Cuando Fliss regresó a casa del colegio, su padre ya se había levantado.

George Taylor había regentado la pequeña farmacia del pueblo hasta hacía cuatro años, pero el descenso del número de habitantes y los medicamentos más baratos que se dispensaban en el supermercado de la vecina ciudad de Westerbury habían acelerado su jubilación. En la actualidad complementaba sus ingresos escribiendo artículos para el periódico local, y además se ocupaba de cuidar de Amy cuando Fliss trabajaba de vez en cuando en el pub del pueblo.

Harvey, el perro de caza de su padre, ladró y saltó de alegría al verla entrar en la casa, y Fliss deseó que el perro se comportara un poco mejor para su edad. Ya tenía siete años, pero seguía portándose como un cachorro malcriado.

Fliss entró en la cocina.

—¿Todo bien? —preguntó su padre que estaba desayunando sentado a la mesa de la cocina.

Fliss se dejó caer en una silla frente a él y se sirvió una taza de café.

—Más o menos —gruñó ella—. Ya sé dónde ha estado viviendo Buttons.

—Creía que Amy le había encontrado un hogar —dijo él, perplejo —. ¿No me digas que lo tenía guardado en su habitación?

—No. Nada de eso. Lo ha tenido escondido en la casa del coronel.

Su padre se echó a reír.

—Vaya con Amy —dijo—. De todos modos, no importa, ¿no? La casa está vacía.

—Ya no —le dijo su hija, bebiendo un sorbo de café—. Hay un nuevo inquilino. 0 mejor dicho, un nuevo propietario. Lo he conocido esta mañana. Es una forma inequívoca de recordarnos que el coronel Phillips nos ha dejado para siempre.

—Mm —asintió su padre—. Aunque ya era muy mayor. ¿Cuántos años tenía? ¿Noventa y dos, noventa y tres?

—Noventa y uno —dijo Fliss—. Y ya sé que era muy mayor, pero conmigo siempre fue muy atento y considerado.

—Y tú con él —le aseguró su padre—. Dudo que hubiera encontrado a alguien que le llevara la casa como lo hacías tú.

—Me pagaba —protestó Fliss—. Y es un dinero que me hace falta.

—Bueno, no puedo decir que sienta que no sigas trabajando como señora de la limpieza —dijo su padre, untando una tostada con mantequilla—. Te mereces algo mejor que eso. No sé qué diría tu madre de que no aproveches mejor tu licenciatura.

Fliss suspiró. Era la misma discusión de siempre, y no le apetecía volver a retomar el tema. Era cierto que mientras su madre vivió, ésta se ocupó de Amy para que ella pudiera asistir a la universidad, pero cuando su madre murió en un accidente de coche un año después de obtener su diploma como fisioterapeuta, Fliss se vio obligada a dejar su trabajo para cuidar de su hija personalmente.

—En cualquier caso, tengo que volver a la casa a buscar el conejo.

—¿Quieres que vaya yo? —se ofreció su padre.

Era tentador, pero Fliss negó con la cabeza. Quería, mejor dicho, necesitaba, volver a ver a Matthew Quinn. Necesitaba explicarle por qué Amy se sentía con derecho a dejar a Buttons en su casa.

En vida del coronel Phillips, Fliss había trabajado en su casa tres mañanas a la semana, y su hija la había acompañado en muchas ocasiones. El anciano coronel quería mucho a la niña, y no sólo no le importaba que fuera con su madre, sino que siempre agradecía y disfrutaba de su compañía.

A veces el anciano y la niña jugaban a juegos de mesa, y otras él le enseñaba sus colecciones de monedas y otros objetos antiguos, haciendo que para la niña la casa del coronel fuera como una misteriosa cueva de Aladino.

A la muerte del coronel Phillips, la casa había sido heredada por un primo lejano que por lo visto no había perdido tiempo en ponerla a la venta.

Fliss apartó lo recuerdo de su mente y se levantó de la mesa, para llevar la taza vacía al fregadero.

—¿Y cómo es el nuevo propietario? —preguntó su padre, levantándose también de la mesa—. ¿Quién es? ¿Te ha dicho su nombre?

Fliss se encogió de hombros.

—Me parece que ha dicho que se llamaba Quinn —respondió, con fingida indiferencia, terminando de fregar los platos del desayuno—. Será mejor que vaya a buscar a Buttons. Con un poco de suerte, igual no está en casa y me llevo al conejo sin tener que decirle nada.

—¿Por qué no? —preguntó su padre, pero su expresión era pensativa—. Quinn, Quinn —repitió, frunciendo el ceño—. ¿Dónde he oído ese nombre?

—¿Anthony Quinn? —sugirió divertida su hija.

—¡Ya lo tengo! —exclamó el padre—. Ese nombre, Quinn. Sabía que lo había oído últimamente. Es el nombre de ese hombre, del periodista, que pasó ocho meses prisionero en Abuqara, en manos de las fuerzas rebeldes. ¿Te acuerdas, verdad? Hace poco pasaron un documental en la televisión. Se escapó. Sí, eso es, se escapó. Pero por lo visto antes lo pasó fatal a manos de sus captores.

Fliss estaba retocándose el pelo delante del espejo del vestíbulo y tragó saliva con dificultad. De repente tenía un nudo en la garganta que apenas la dejaba respirar.

—No... no lo recuerdo —dijo, casi sin voz.

Pero lo recordaba. Ahora que su padre lo había mencionado, recordaba perfectamente el documental. No porque apareciera el periodista en él, sino porque el documental hacía un repaso de la situación de guerra civil en aquel país del norte de África y la violencia que sufrían los extranjeros atrapados en una tierra sin ley.

—Claro que eso no significa que este Quinn sea el mismo hombre —continuaba diciendo su padre, ajeno a la reacción de Fliss—. Sería una coincidencia, ¿no crees?

—Sí —balbuceó Fliss, tratando de ocultar la inquietud que las palabras de su padre le producían.

Éste seguía concentrado en sus propios pensamientos.

—Quizá sea mejor que vaya contigo. Que me presente, que le dé la bienvenida al pueblo, que vea que somos personas civilizadas. ¿Qué

te parece?

—No... no creo que sea el mejor momento, papá. Con lo del conejo y demás, ya sabes. Mejor dejamos quee pasen unos días, ¿no crees? No quiero que piense que somos unos entrometidos.

—Sí, seguramente tienes razón.

Fliss tomó las llaves del coche y salió de la casa. La casa del coronel Phillips estaba tan sólo a unos minutos en coche de su casa, al otro lado del patio de la iglesia, aunque el parecido entre ambas viviendas terminaba ahí. La casa de Fliss tenía un modesto jardín mientras que la del coronel estaba rodeada de un amplio terreno, con praderas de césped y jardineras llenas de flores, un huerto de manzanos, así como una pista de tenis en la parte posterior de la casa.

La fachada de la mansión victoriana también era impresionante, a pesar de que había visto tiempos mejores. Unos pilares de piedra y una verja de hierro oxidado daban acceso a los jardines y el sendero que conducía a la casa. Todo parecía estar pidiendo a gritos un mínimo de mantenimiento, sobre todo la vegetación verde y exuberante que estaba creciendo sin ton ni son e invadiendo jardineras y parterres.

Fliss recorrió el camino flanqueado de álamos que llevaba hasta el porche principal. Allí vio un coche aparcado delante de la escalera de piedra, un BMW carísimo. No podría decir por qué, pero no se había imaginado a Matthew Quinn al volante de uno de esos coches, que sobre todo se compraban como marca de identidad. Fliss aparcó la vieja furgoneta Ford de su padre junto al estilizado automóvil de lujo.

Al salir del coche, deseó haber dedicado unos minutos a cambiarse de ropa. La camiseta sin mangas y los pantalones cortos de algodón estaban muy bien para llevar a Amy al colegio, pero no para dar la sensación de madre responsable a un nuevo vecino. Respirando hondo, rodeó el coche y subió los escalones hasta la pesada puerta de roble que daba acceso al interior de la vivienda. No pudo evitar reparar en que nadie había limpiado la terraza ni el picaporte de bronce desde la muerte del coronel. Pero no era asunto suyo, se dijo. Sujetó el picaporte y llamó con fuerza.

Tras unos momentos de silencio, Fliss oyó el sonido de pasos en el vestíbulo. Sin embargo, no parecían los pasos de un hombre, y se preparó para el mal trago de tener que presentarse a la esposa de Matthew Quinn. Cruzó los dedos para que al menos la mujer estuviera al tanto de lo sucedido con Amy.

Se irguió cuan alta era y cuadró los hombros, en un intento de mejorar la posible primera impresión, aunque sabía que era bastante difícil. Ella era lo que era: una mujer de veintitantos años que arrastraba una carga probablemente demasiado pesada para ella.

—Siento molestarla... —empezó a decir cuando se abrió la puerta,

y entonces se interrumpió, sorprendida—. Diane —exclamó, al reconocer a la niña que había sido su compañera de clase—. ¡Diane Chesney! ¿0 debo decir señora Quinn?

—Con Diane vale —le espetó la mujer, con sequedad—. ¿Puedoo ayudarla en algo… Felicity, ¿verdad?

¡Estupendo!

Fliss dejó escapar lentamente la respiración. Era evidente que Diane no tenía la menor intención de recuperar antiguas amistades. Fliss no podía creer que su antigua amiga hubiera olvidado lo mucho que detestaba su nombre, y tampoco que tuviera alguna duda sobre su identidad.

—Bueno… —murmuró, sintiéndose aún más empequeñecida ante la elegante sofisticación de Diane—. He venido a buscar el conejo de mi hija.

—¡El conejo de tu hija!

Evidentemente, Diane no tenía idea de qué estaba hablando. El desprecio en el tono de su voz lo dejaba muy claro, el mismo desprecio que había teñido sus palabras cuando Fliss le confesó por primera vez que iba a tener un hijo. En aquel momento, Fliss buscaba consejo, comprensión, pero lo único que había hecho Diane fue insistir en un aborto.

Analizándolo en retrospectiva, Fliss tenía que admitir que en parte Diane había tenido razón. Entonces ella era demasiado inocente y demasiado joven para saber exactamente qué era lo que quería hacer. Había tenido miedo de confesárselo a sus padres, pero al final, fue su madre quien la ayudó. Lucy Taylor no se lo había pensado dos veces. Fliss debía tener a su hijo, y ella la ayudaría. Su padre y ella la ayudarían, sobre todo cuando el padre del niño, Terry Matheson, lo negó todo y abandonó el pueblo mucho antes del nacimiento de Amy.

A pesar de todo, el embarazo de Fliss significó que ésta tuvo que posponer sus estudios durante todo un año, y para entonces Diane había continuado con su carrera en una universidad londinense, y se había olvidado de una amiga que en su opinión había arruinado su vida.

—El conejo de Amy —continuó Fliss, sin dejarse amedrentar por la arrogante actitud de Diane—. He hablado con tu… tu…

—¿Mi prometido? —sugirió Diane en tono condescendiente, y Fliss asintió.

—Supongo —respondió ella—. Supongo que no lo ha mencionado.

—¿Y por qué iba a hacerlo? —Diane miró al cielo con exasperación—. Lo siento, Fliss, pero Matt y yo tenemos cosas más importantes de qué hablar que de un conejo, por el amor de Dios.

Así que no se acordaba de su nombre, pensó Fliss, sonriendo para

sus adentros.

Era evidente que Diane estaba irritada por algo. Y ese algo no tenía nada que ver con Fliss ni con Amy.

Fliss estaba pensando en explicar la situación de la forma más breve posible cuando Matthew Quinn apareció cuan alto era detrás de Diane. Seguía descalzo, observó Fliss muy a su pesar, y su expresión era casi tan hostil como la de su prometida.

—¿Qué ocurre? —preguntó impaciente, y entonces vio a Fliss—. Oh, señora Taylor.

Diane soltó una breve visita, y él la miró un momento extrañado. Después continuó.

—¿Quería algo?

Las mejillas de Fliss se habían encendido ante la burlona reacción de Diane al escuchar el nombre que le había asignado Matthew Quinn.

—En realidad es señorita Taylor —dijo ella, diciéndose qué le importaba un rábano lo que él pensara de ella—. He venido a buscar al conejo.

—Ah —dijo el hombre—. Disculpa, pero ¿os conocéis? —preguntó a Diane.

—Hace tiempo —respondió Diane, antes de que Fliss pudiera decir nada—. Pero perdimos el contacto hace muchos años.

La única respuesta de Matt fue una repentina expresión de extrañeza, pero Fliss no tenía la menor intención de continuar con aquella conversación.

—¿Le importa que meta el coche por el sendero lateral? —preguntó—. Así podré asir más fácilmente la conejera de Buttons.

—¿Qué significa todo esto? —exigió saber Diane, a quien no le hacía ninguna gracia que Fliss y su prometido tuvieran un asunto pendiente del que ella no tenía ni idea—. ¿Dónde está ese conejo, por el amor de Dios? ¿Y qué está haciendo aquí?

—Es una historia muy larga —dijo Matt. Y después a Fliss—: No es necesario que se lo lleve.

—Ya lo creo que sí —le espetó ella, tensamente—. Iré a por el coche.

Para cuando Fliss llegó con el coche marcha atrás hasta la puerta lateral, Matt la estaba esperando. Aún descalzo, llevaba la conejera en brazos, y Fliss se apresuró a levantar la tapa del maletero para que él la metiera dentro.

—Gracias —dijo ella, con la respiración un poco entrecortada.

Notó que a él también le faltaba un poco el aire.

—Dios —exclamó él, respirando profundamente un par de veces —. Físicamente doy asco. Supongo que necesito ponerme en forma.

Fliss forzó una ligera sonrisa.

—Creo que necesita descansar —murmuró. Y al ver a Diane

observándolos desde la esquina de la casa se apresuró a despedirse—. Gracias de nuevo. Procuraré que Amy no vuelva a molestarlo.

Capítulo 3

DIANE estaba paseando nerviosamente por la cocina cuando Matt entró. —¿Quieres explicarme qué es lo que está pasando? —exigió saber, echando chispas de irritación por los ojos—. ¿Cuánto hace que conoces a Fliss Taylor?

—No la conozco —dijo él, yendo a lavarse las manos al fregadero —. Sólo llevo aquí un par de días.

—Pues parece que tenéis muchas cosas en común. Desde luego ella no esperaba verme —continuó Diane, presa de ira—. ¿Le has dicho que iba a venir?

—¡Por el amor de Dios, Diane! —Matt se secó las manos con un trapo y las metió en los bolsillos para que Diane no viera que estaban temblando—. ¿Por qué le iba a decir nada? Sólo la he visto una vez.

Diane lo miraba con suspicacia.

—Entonces ¿que hacía ese conejo aquí?

Matt suspiró. Necesitaba sentarse, pero el orgullo y la determinación lo obligaron a mantenerse en pie. Tenía que haberse dado cuenta de que Diane querría provocar algún tipo de discusión, pero por muy atractiva que fuera Fliss Taylor —y él no negaba en absoluto que lo fuera—, no le interesaba en lo más mínimo.

—Tiene una hija —explicó, cansado—. Pero supongo que eso ya lo sabes. Pareces saberlo todo de ella.

—Antes sí —declaró Diane, con altivez—. Pero hace años que no las veo, ni a ella ni a su hija.

—El caso es que. la niña decidió que el conejo estaría más seguro en mi jardín que en el suyo y escondió la conejera junto a mi puerta de atrás. Esta mañana la he sorprendido dándole de comer. Eso ha sido todo.

—¿Y entonces qué? ¿Has telefoneado a su madre y le has pedido que viniera a buscarlo?

—No, ella ha venido a buscar a su hija. Supongo que no es ningún delito —respondió Matt.

Estaba cansado del interrogatorio. No entendía por qué Diane se había molestado en ir a visitarlo si sólo quería discutir con él. Los médicos le habían aconsejado evitar todo tipo de tensiones y estrés innecesarios, y aquella discusión eran de lo más ridícula.

—¿Te apetece un café? —preguntó él, dirigiéndose a la encimera.

—Entonces ¿por qué no se han llevado el conejo antes? —insistió Diane, tras rumiar en silencio las explicaciones de Matt durante unos segundos.

—Por el amor de Dios —le espetó él—. ¿Qué importa? Ya te he

explicado lo que ha pasado. Déjalo ya de una vez.

Diane titubeó un segundo.

—Supongo que... no sé, que no habría sido fácil mover la conejera sin el coche.

—No.

Diane asintió.

—¿Y Fliss no sabía que la niña había dejado el conejo aquí?

—Diane... —el tono de Matt era una advertencia para que no continuara, pero ella no se dio por enterada.

—Sólo quiero saber —dijo, inocentemente—. Supongo que Amy sigue considerando esta casa como su segundo hogar.

Matt giró sobre sus talones, con el ceño fruncido.

—¿De qué estás hablando?

Diane le sonrió con suficiencia.

—Creía que estabas harto de hablar del tema —se burló, pero al darse cuenta de que estaba llevando las cosas demasiado lejos, le explicó parte de la situación—. Fliss solía trabajar para el anciano propietario de esta casa. Según tengo entendido, muchas veces se traía a la niña con ella.

—¿Qué clase de trabajo hacía?

—¿Qué clase de trabajo hacen los que no terminan ni el instituto? —preguntó Diane, con sarcasmo—. Era la señora de la limpieza. Cuando no estaba trabajando en el pub, claro.

Matt sirvió café en dos tazas y le entregó una.

—Pareces saber muchas cosas sobre ella —dijo él, sorbiendo un trago de café. Enseguida notó el efecto de la cafeína en la sangre y en la cabeza, y lo agradeció. Eso lo ayudaría a alejar el cansancio que empezaba a atenazar sus músculos.

—Todo el pueblo lo sabía. No se hablaba de otra cosa —empezó Diane—. Por favor, sólo tenía dieciséis años. En mi opinión, al elegir ser madre soltera no hizo más que tirar por la borda la posibilidad de una educación decente.

—¿Eso fue lo que hizo?

—Sí, y fue una estupidez. Podía haber abortado. Nadie se habría enterado. Ni siquiera el chico quería casarse con ella. Mamá piensa que su madre nunca llegó a superarlo.

—Ah —Matt empezaba a entender algunas cosas—. Así que lo que sabes es lo que te cuenta tu madre.

Diane lo miró ofendida.

—No hace falta que me hables así. Mamá cree que me interesa. Después de todo, Fliss y yo éramos amigas —Diane arrugóó la cara en una mueca de horror—. Y pensar que antes yo era como ella.

Matt no estaba dispuesto a seguir con aquella conversación. Sabía que tarde o temprano Diane recordaría de qué habían estado hablando

antes de que la mujer llamara a la puerta. Y no tuvo que esperar mucho.

—Es igual, no importa. Me estabas diciendo que piensas vivir en esta casa —empezó ella de nuevo—. Por favor, querido, fíjate bien. Necesitarás una fortuna para hacer esta casa habitable.

—Una pequeña fortuna, quizá —admitió él—, pero no pienso hacerlo todo a la vez. De momento sólo el dormitorio principal y un par de habitaciones. Según Joe Francis, el edificio es sólido.

—Matt, no puedes quedarte aquí. Esto es sólo una fase. Pronto te darás cuenta de que no puedes vivir fuera de Londres. Tu trabajo está allí, tus amigos están allí. Aquí no conoces a nadie. Reconócelo.

—Bueno, conozco a la señora... a la señorita Taylor —observó él, sabiendo que el comentario la irritaría. Pero que se fuera al infierno, pensó. Ella lo estaba irritando mucho más—. Y tú no sabes lo que quiero, Diane. Estás hablando de lo que tú quieres. ¿Cómo sabes que mis prioridades no han cambiado?

—Lo sé porque te conozco —exclamó ella, con fiereza—. Aquí enseguida te aburrirás de no hacer nada. Incluso si no necesitas el dinero. Además, ¿has pensado en mí? Yo no puedo vivir aquí. Mi trabajo está en Londres.

—Lo sé.

—¿Y?

Matt inclinó la cabeza y se frotó las manos sudorosas en la tela de los pantalones.

—Creo... creo que sería una buena idea que nos viéramos menos...

—¡No!

—Sí —Matt sabía que estaba siendo duro con ella, pero no tenía elección. No en las actuales circunstancias—. Ayúdame con esto, Diane. Necesito estar un tiempo solo. Tengo que ordenar mis ideas —hizo una pausa—. Fingir que las cosas son iguales que antes no va a solucionar nada.

—Cariño, no me hagas esto —dijo Diane, cruzando rápidamente la cocina y arrodillándose a sus pies—. Escúchame. Puedo ayudarte. Sé que puedo. Pero no podré si me ignoras.

—Maldita sea, no te estoy ignorando —musitó él, sombríamente.

Pero Diane no escuchaba sus palabras. Apartó las manos masculinas a un lado, posó las suyas en las rodillas de Matt y por un momento quedó inmóvil. Después, observándolo con una concentración casi ávida, deslizó las manos sobre los fuertes muslos masculinos hasta la unión de las piernas. Sus intenciones eran claras. Cuando se pasó la lengua por los labios, Matt notó perfectamente su deseo. Entonces Diane le separó las piernas y se colocó entre ellas...

Matt no pudo permitirle continuar. Sintiendo casi náuseas, la hizo a un lado y se puso en pie. Sin saber cómo, consiguió alejarse hasta el

otro extremo de la habitación, con el pulso acelerado, y el corazón latiéndole salvajemente en el pecho.

—Sólo tenías que decir que no —dijo Diane poniéndose en pie, con amargura y decepción en la voz y la expresión de su rostro—. No hacía falta que me empujaras y casi me tiraras al suelo para apartarte de mí.

—Diane, por favor...

—Al menos sé dónde estoy —continuó ella, quitando un hilo de algodón de su suéter de seda—. ¿Qué ocurrió en Abuqara, Matt? ¿De repente empezó a gustarte una piel distinta a la mía? ¿0 fue algo más radical? ¿Un cambio de sexo, quizá?

Matt cerró los puños con rabia e hizo un esfuerzo para contenerse.

—Será mejor que te vayas, Diane —dijo, con dureza—. Antes de que me olvide de que me educaron para ser un caballero.

Las facciones de Diane se descompusieron, y la frialdad de su expresión dio paso a la derrota y a la congoja.

—Oh, Matt —jadeó, limpiándose las lágrimas que empezaron a caerle por las mejillas—. Sabes que no lo he dicho en serio. Te quiero. Nunca diría nada o haría nada que te hiciera daño.

Matt estaba agotado. Todo aquello era demasiado. Diane era demasiado. No tenía ni idea de cómo se sentía, y él no tenía el deseo ni la paciencia de enfrentarse a su histriónica reacción.

Por eso había comprado aquella casa. Porque sabía que Diane jamás se atrevería a mudarse allí con él y sería la única manera de hacerle ver que la separación era la mejor solución para los dos. Diane tenía que entender que él había cambiado, y con él su actitud y sus aspiraciones. Ya no era el hombre de antes.

—Sé que esto ha sido muy duro para ti —dijo él, cruzando los brazos—. Ha sido duro para los dos. Y no espero que renuncies a tu vida en Londres y te mudes aquí.

—Entonces ¿que? —preguntó ella—. ¿Pasas de mí?

—No. No digo que no quiera volver a verte...

—¿Y eso quieres que me consuele? —lo interrumpió ella, arreglándose el pelo—. Matt, creía que me amabas. Pensé que algún día, ya sabes, legalizaríamos nuestro amor.

—Y no digo que no sea así —dijo él, tratando de suavizar el tono de voz—, pero sabes también como yo que ahora esto no está funcionando.

—¿Eso es todo? —preguntó ella, mirándolo a través de sus largas pestañas—. ¿Que necesitas estar solo una temporada?

—Te lo juro —le aseguró Matt—. ¿Qué crees? ¿Que hay otra persona? Por el amor de Dios, Diane, ¿cuándo he tenido la oportunidad de conocer a nadie?

—No sé todo lo que hiciste cuando estabas en Abuqara —protestó ella—. Tony dice que las mujeres de Abuqara son muy hermosas...

—¡Tony! —Matt estaba que echaba humo—. Tenía que haber sabido que Tony Corbett tenía algo que ver con esto. ¿Desde cuándo es un experto en las mujeres de Abultara?

—Sólo fue un comentario objetivo —lo defendió Diane, encogiéndose de hombros.

—Seguro.

—Es mi jefe. Se preocupa por mí —dijo ella—. Pero me alegro de que se haya equivocado.

—Sí —Matt dio por terminada la visita. Estaba agotado—. Bueno, ¿qué vas a hacer? Te invitaría a pasar la noche pero sólo hay una habitación amueblada.

—Siempre podríamos compartir... —empezó Diane, pero se interrumpió con una mueca—. No, olvídalo. De todas maneras no me puedo quedar. Esta tarde tengo una reunión y esta noche una cena. Pasaré un momento a ver a mis padres, y después volveré a Londres. Supongo que sólo quería asegurarme de que la mudanza había ido bien, y ver que tú estabas bien —añadió—. Lo que es evidente.

Matt inclinó la cabeza.

—Gracias.

Diane esbozó una amplia sonrisa.

—Es un placer —dijo ella, dándole un apretón en el brazo—. Vale, cuídate, ¿de acuerdo? Te llamaré dentro de un par de días. Adiós.

—Cuídate tú también —dijo Matt—. Adiós.

Y cerró los ojos aliviado al escuchar el sonido del BMW alejarse por el camino.

—He pensado que podría construir un circuito cerrado para el conejo de Amy en el jardín. ¿Qué te parece?

Era un par de días más tarde, y Fliss estaba haciendo la lista de la compra para ir al supermercado de Westerbury cuando su padre se acercó a ella. Lo miró con confusión. Lo cierto era que su mente estaba muy lejos de la lista que estaba garabateando. Al otro lado de la iglesia para ser más exactos, admitió para sus adentros. A pesar de su resistencia, Matthew Quinn la había afectado profundamente.

—Oh. ¿Crees qué podrías? —respondió, haciendo un esfuerzo para volver a la realidad.

—Creo que sí. No podemos tener al pobre animal encerrado en la conejera todo el día.

—Supongo que no —Fliss se encogió de hombros—. A menos que lo lleve al refugio de animales mientras Amy está en el colegio.

—Yo no lo haría —le dijo su padre con firmeza—. Tráeme un par de metros de malla metálica cuando vayas a Westerbury y lo

solucionaré.

Fliss accedió, cruzando los dedos para que su padre no destruyera todas sus jardineras en el proceso.

Eran casi las dos de la tarde cuando Fliss aparcó el coche en el pequeño centro comercial donde había, además del supermercado, un almacén de bricolaje, una tienda de electricidad y una tienda de muebles.

Hacía calor, y la espiral gris de la catedral se alzaba impresionante contra el azul del cielo. Sabía que era afortunada por vivir en aquella parte del país. Aunque en esta época del año estaba lleno de turistas y el tráfico podía ser insoportable, merecía la pena por las temporadas en las que el turismo era casi inexistente y se podía pasear por las estrechas calles que rodeaban la catedral y visitar la antigua iglesia con tranquilidad.

Ya tenía todo lo que necesitaba del supermercado y estaba metiendo la compra en el maletero cuando lo vio. El salía de la tienda de muebles acompañado del encargado del local, por lo que Fliss se imaginó que habría realizado alguna importante compra.

0 quizá Harry Gilchrist lo había reconocido. Fliss sabía que el hijo de Harry estaba en la misma clase que Amy en el colegio, y que, padre soltero como ella, muchas veces había intentado entablar conversación con ella, probablemente pensando que tenían mucho en común. Pero a Fliss no le interesaban los hombres solteros. Ni los casados. No le interesaban los hombres, punto. Estaba feliz tal y como estaba, y no tenía ganas de líos en su vida.

Ahora, sin embargo, deseó haber sido un poco más amable con él. Así podría utilizarlo como excusa para intercambiar unas palabras con Matthew Quinn.

En cualquier caso, lo más probable era que Diane estuviera con él. Que no la viera en ese momento no significaba que no estuviera cerca. Siendo que pensaban instalarse juntos, lo más normal era que fueran a buscar muebles juntos para su nuevo hogar. Aunque, conociendo lo que conocía de Diane, Fliss no se hubiera imaginado que a Diane le gustaran los muebles antiguos y usados, por muy valiosos que fueran.

Se volvió al coche y terminó de meter la compra en el maletero. Al terminar, los cerró y se encontró directamente con los ojos de Matthew Quinn, que la miraba fijamente desde su coche.

Por un momento, Fliss quedó inmovilizada por su mirada, más penetrante que los rayos del sol que caían sobre ella. ¿La habría reconocido? ¿Por qué la estaba mirando? ¿Qué tenía que hacer ella? ¿Sonreír, saludar, ignorarlo?

En ese momento él asintió con la cabeza en su dirección. Sí, la había reconocido. Fliss sintió una íntima satisfacción al ver que a pesar de la hostili

dad de Diane él seguía recordando quién era. Claro

que sólo habían pasado dos días desde la última vez que la vio. Y después de todo, él había sido periodista.

Fliss había confirmado su identidad a través de Internet. Y aunque las imágenes que mostraban de él no se parecían al hombre que ella conocía, no le cabía ninguna duda de que se trataba del mismo. Al regreso de su secuestro en Abuqara, el aspecto físico de Matt era deplorable, con el cuerpo esquelético, el rostro demacrado y la mirada perdida.

Sin embargo no había dicho nada a su padre sobre su identidad, diciéndose que no era asunto suyo descubrir a nadie que tenían a un famoso viviendo en el pueblo. De todas maneras, era consciente de que tarde o temprano saldría a la luz. Pero para ella era importante que no fuera a causa de su propia indiscreción.

Para no tener que pasar delante de él camino de la tienda de bricolaje, Fliss decidió que la malla metálica de su padre podía esperar, y sacando las llaves de bolsillo, abrió la puerta del coche. Sin embargo, antes de poder meterse dentro, oyó que alguien la llamaba. Matthew Quinn se dirigía hacia ella, y era imposible fingir que no lo había visto.

Una vez más, la intensidad de la mirada masculina la paralizó, y apoyó la espalda en el coche, sujetando la manecilla de la puerta con dedos nerviosos.

—Señor Quinn —dijo ella, aclarándose la garganta—. ¿Cómo está?

El hombre, enfundado en unos pantalones chinos y una camiseta negra, la miraba fijamente, lo que le puso los nervios a flor de piel.

—Mejorando —dijo él secamente, estudiándola de arriba abajo.

De repente Fliss recordó que no se había molestado en cambiarse antes de salir de casa. Los pantalones de peto rosas y la camiseta de algodón blanco sin mangas no podían competir con Diane y su carísima y elegante ropa de diseño. Fliss no era una mujer presumida, pero tenía su orgullo.

—¿Y usted? ¿Qué tal está... cómo se llama, Buttons? —continuó Matt.

—Oh, está bien —respondió ella. Tragó saliva y echó un vistazo detrás de él—. ¿Está Diane con usted?

—No —Matt no dio más explicaciones—. ¿Vuelve a casa?

—Sí —respondió ella—. No necesita que lo lleve, ¿verdad?

—No —dijo él—. ¿Tiene tiempo para tomar un café?

Aquella pregunta la desconcertó por completo.

—¿Un café?

—Sí —dijo él—. Ya sabe, una bebida aromática tan apreciada en nuestra llamada sociedad civilizada.

—Ya sé lo que es el café —repuso ella, un poco tensa.

—¿Entonces?

Fliss titubeó. Tenía la clara sensación de que él ya se estaba arrepintiendo de la invitación, pero la había hecho e iba a mantenerla.

—Está bien —respondió ella, sintiendo que estaba en todo su derecho de aprovecharse de la situación—. ¿Adónde quiere ir?

Matthew Quinn frunció el ceño.

—El supermercado tiene cafetería, ¿no? —sugirió él—. 0 podríamos ir a mi casa —añadió, cómo si lo hubiera pensado mejor.

—La cafetería del supermercado está bien —se apresuró a aceptar Fliss, cerrando el coche con llave de nuevo—. Si está seguro, claro.

—¿Por qué no iba a estarlo? —preguntó él. De repente torció los labios en una sarcástica sonrisa—. Oh, sí. Debe de creer que prefiero evitar los lugares públicos, ¿no?

Fliss se encogió de hombros, nerviosa.

—Lo que usted quiera.

—Sabe quién soy, ¿verdad? —insistió él.

—¿Creía que no?

—Tenía la esperanza —reconoció él, acercándose a ella para dejar pasar al coche que en ese momento intentaba aparcar junto al de ella —. Supongo que todo el pueblo lo sabe.

—No se haga ilusiones.

Fliss utilizó la respuesta para poner un poco de distancia entre ellos. El otro coche había iniciado entre ellos un contacto físico que ella no esperaba, y no pudo negar que la afectó. El roce del brazo masculino generó una sensación de fuego líquido en su cuerpo, y estaba desesperada por huir antes de que él se diera cuenta de lo mucho que la afectaba su cercanía.

—¿Ah, sí? —preguntó él, caminando junto a ella camino del supermercado.

—Bueno, yo no he dicho nada —protestó Fliss—. Y si no me cree…

—¿Acaso he dicho que no la creía? —preguntó él, suavemente. La sujetó por el brazo y la obligó a detenerse—. Muy bien, empecemos de nuevo, ¿de acuerdo? Sé que seguramente le parezco un paranoico, y lo siento. Es lo que pasa por estar los últimos seis meses fingiendo que soy normal. Evidentemente no lo he conseguido.

Fliss abrió mucho los ojos.

—No sea tonto. Claro que es normal. La culpa es mía. Enseguida me ofendo. Pero, ya se lo he dicho, no se lo he dicho a nadie.

—Lo creo.

—Bien.

Fliss forzó una sonrisa, aunque dudaba de que nada de lo que él dijera podría aminorar los latidos de su corazón.

—¿Quiere... quiere entrar?

Entonces Matthew Quinn sonrió, cosa que no la ayudó en nada. Sin embargo su sonrisa tenía una vulnerabilidad y una sensualidad que la entristecieron.

El hecho de que él no hubiera dicho nada para causar tal reacción la inquietó ligeramente. No tenía motivos para sentir lástima de él. ¿O la estaba sintiendo como arma de defensa propia? La alternativa, que se sintiera atraída por él, era sin lugar a dudas una proposición mucho más peligrosa.

—Supongo que no quiere reconsiderar la invitación a café en mi casa —dijo él, por fin, cuando ella estaba casi al límite, esperando la respuesta—. Quizá tenga razón; quizá me haga ilusiones. Pero en este momento, no tengo ningún deseo de arriesgarme a ser de nuevo el centro de todas las miradas.

Capítulo 4

MATT estaba seguro de que ella rechazaría su invitación.

Al soltarle el brazo, se dio cuenta de que contaba con ello. Ya se había arrepentido de invitarla, y lo único que quería ahora era volver a casa, cerrar la puerta y aislarse del mundo. No tenía ganas de visitas. La de Diane había sido suficiente. ¿Qué demonios estaba haciendo, invitando a esa joven a su casa y arriesgando su frágil independencia otra vez?

Ella lo miraba con sus grandes ojos azules. Parecía tan inocente, pensó él, con irritación ante su propia debilidad. Porque no podía serlo. Según Diane, se había quedado embarazada a los dieciséis años. No era precisamente el comportamiento de una joven inocente. Y las mujeres sabían muy bien cómo disfrazar lo que eran en realidad. Diane era un claro ejemplo de ello.

Pero esta joven no se parecía en nada a Diane. Para empezar, Diane nunca hubiera salido de casa sin maquillaje, y con un pantalón de peto rosa y una camiseta. A juzgar por cómo se movían sus senos, ni siquiera llevaba sujetador debajo de la ajustada camiseta...

¡Un momento! ¿De dónde había salido eso? Hacía mucho tiempo que no reparaba siquiera en el pecho de una mujer.

—Está bien —dijo ella de repente, casi sobresaltándolo—. Supongo que ha venido en su coche.

Matt miró automáticamente hacia donde había aparcado su todoterreno, sintiendo que se le encogía el corazón. ¿Cómo había sido tan estúpido? Ahora iba a tener que continuar con la invitación.

—Yo lo sigo —dijo ella, interrumpiendo sus pensamientos.

Cuando llegaron a su casa, Fliss aparcó su coche al lado del de Matt y entró en la casa, mientras él mantenía la puerta abierta.

—Pase. Tendrá que perdonar el desorden. No he tenido tiempo de decorar.

—La verdad es que me gusta como está —dijo ella, mirando con cierta nostalgia una casa que conocía a la perfección.

Al cerrar la puerta tras ella, Matt recordó el tema del que quería hablar con ella.

—Sí, Diane me dijo que usted antes trabajaba aquí. ¿Es cierto?

Un suave rubor cubrió las suaves mejillas femeninas.

—Puede, sí —respondió Fliss—. ¿Dónde está Diane? ¿Fue ella quien le sugirió que podría interesarme trabajar para usted? ¿Por eso me ha invitado?

Matt dejó las bolsas de la compra en la mesa de pino de la cocina antes de mirarla con expresión cansada.

—Diane está en Londres. Lo siento si esperaba encontrarla aquí. Me temo que estoy solo.

Fliss apretó los labios durante un momento.

—Pero ella le sugirió que podría interesarme el trabajo, ¿no? Tenía que haberme dado cuenta.

Matt titubeó durante sólo un segundo.

—Si conoce a Diane, sabrá que ella jamás me sugeriría emplear a ninguna mujer menor de cincuenta años. Y menos a alguien a quien considera una rival.

Matt la oyó contener la respiración.

—Está de broma, ¿verdad?

Matt no bromeaba, pero al instante se arrepintió de haber sido tan sincero.

—Sí, puede. Olvídelo. ¿Qué prefiere, té o café?

—Té, por favor —dijo ella por fin. Cruzó los brazos sobre el estómago—. ¿Qué le ha contado Diane de mí?

Matt no quería hablar volver a hablar de Diane, y mucho menos de los desagradables comentarios que había hecho sobre su antigua amiga de instituto.

—No mucho —respondió, evasivo, mientras dejaba unos filetes y un par de comidas precocinadas en la nevera. Decidió cambiar de tema—. Supongo que ahora Amy está en el colegio, ¿no?

—Sí, hace quinto curso en la escuela primaria —Fliss hizo una pausa y después continuó—. Dígame, ¿necesita a alguien que se ocupe de la casa?

A Matt lo pilló desprevenido. No estaba acostumbrado a que la gente dijera lo que pensaba tan abiertamente. Desde su regreso a Inglaterra tras los ocho meses de cautiverio todo el mundo parecía andar de puntillas a su alrededor, incluida su madre y Diane. Pero Fliss Taylor...

—Necesito ayuda en la casa, sí —reconoció.

—Y cuando Diane le dijo que antes yo trabajaba para el coronel Phillips, usted pensó: «Justo lo que necesito. Que trabaje también para mí».

Matt abandonó el resto de la compra y apoyó la cadera en uno de los armarios de caoba.

—No fue exactamente así.

—Pero por eso me ha hablado en el aparcamiento —insistió ella.

Él lo admitió con un encogimiento de hombros.

—Está bien. Lo reconozco, se me ocurrió.

—¿Y ahora ha cambiado de idea?

—¡No! ¡Sí!

Afortunadamente en ese momento el agua rompió a hervir y Matt se volvió a preparar el té.

—Habla como si no tuviera otra razón para hablar con usted. No somos precisamente desconocidos. Yo no me quejé cuando encontré a su hija con el conejo en la puerta de la cocina.

—Vaya, muchas gracias.

Esta vez la sarcástica respuesta no lo pilló desprevenido.

—Disculpe, no debería haber dicho eso. Ustedes creían que la casa estaba vacía, lo sé. Pero debe saber que cuando la he visto en el aparcamiento del supermercado no estaba pensando en absoluto en pedirle que trabajara para mí.

La repentina decisión de Fliss de cruzar la cocina hacia él interrumpió sus palabras. Por un momento, Matt se preguntó si algo en su expresión le había dado la impresión de que ella lo atraía, y se apartó casi automáticamente de su camino.

Se percató de su error cuando ella le dirigió una mirada de lástima, tomó las dos tazas que él había llenado de agua caliente y quitó las bolsitas de té.

—No me gusta el té fuerte —dijo ella, tirando las bolsitas usadas al cubo de la basura.

Matt sacudió la cabeza, furioso consigo mismo. Maldiciendo para sus adentros, abrió la nevera y sacó una caja de leche. La dejó en la encimera junto a ella con más fuerza de la que cabía esperar, y al hacerlo derramó algunas gotas sobre la superficie de mármol. Volvió a maldecir.

—Perdón.

Fliss sujetó la caja de leche, echó un chorro en cada taza, y después tomó la suya entre las dos manos.

—¿He hecho algo malo? —preguntó ella, con suavidad.

Una poderosa sensación de agotamiento se apoderó de nuevo de Matt.

—No. No es usted. La culpa es mía. No me está resultando muy fácil... relacionarme con la gente.

—¿Por eso se ha ido de Londres? —preguntó ella, e inmediatamente se ruborizó—. Disculpe. No es asunto mío.

—No lo es, pero es la verdad. Necesitaba estar solo, y en Londres era imposible.

Fliss recapacitó sobre esas palabras, con los ojos clavados en el líquido marrón de la taza, y él, contra su voluntad, se fijó en que tenía las pestañas muy largas. Para una mujer pelirroja, eran muy oscuras, aunque más claras en las puntas, como por el efecto del sol.

Tensó la mandíbula. Como si eso a él lo afectara mucho. La mujer podía ser una espectacular belleza, con una figura impresionante, y a él no le interesaría. Se preguntó qué pensaría ella si se lo decía.

—Supongo que los padres de Diane le dijeron que la casa estaba a la venta —se aventuró Fliss.

—En absoluto. A Diane no le gusta nada que me haya ido de Londres. La encontré en una agencia inmobiliaria en Internet. Me gustó y la compré.

—¿Sin verla?

—Un arquitecto amigo mío, Joe Francis, vino a echar un vistazo.

—¿Y qué le parece ahora que vive aquí?

—Me gusta —Matt sonrió—. Pero me gustará más cuando parezca más una casa que un mausoleo. Eso era lo que estaba haciendo en Westerbury. Comprar algunos muebles que vayan bien con el estilo de la casa.

—A Harry Gilchrist —dijo ella.

Matt arqueó una ceja.

—¿Lo conoce?

—Vive en el pueblo —respondió ella—. Supongo que lo ha reconocido.

Matt terminó el té y dejó la taza vacía en la encimen.

—¡Que si me ha reconocido! ¡Casi me pide un autógrafo! —comentó, sarcástico—. En fin, supongo que una semana en el anonimato es mejor que nada.

—Tranquilo, aquí no debe preocuparse por eso —le aseguró ella tras apurar su taza de té. Después se acercó al fregadero a lavar las dos tazas, y quedó de espaldas a él—. En general la gente del pueblo suele meterse en sus asuntos.

—¿Ah, sí?

Matt habló como un autómata, sin prestar atención a lo que decía, con la mente ausente y los ojos clavados en la vulnerable curva de la nuca femenina. Fliss se había recogido la melena pelirroja a un lado con un pasador, y dejaba al descubierto el principio de la espalda desnuda.

Matt dejó que sus ojos se deslizaran hacia abajo, sobre los tirantes cruzados del pantalón de peto, hasta la estrecha cintura donde se adivinaba el nacimiento de las provocadoras y sensuales curvas de las nalgas. Después, continuó absorbiendo la forma de las caderas y los muslos. Fliss tenía las piernas más largas de lo que había imaginado, y los tobillos esbeltos se asomaban en la franja que quedaba entre el pantalón y las zapatillas.

—¿Qué quiere decir?

Las palabras de Fliss interrumpieron su ensoñación, y Matt sacudió la cabeza, tratando de recordar. Ni siquiera se acordaba de qué estaban hablando.

—¿Perdón?

La disculpa fue automática, pero la expresión de la joven al volverse hacia él a mirarlo estaba cargada de resentimiento.

—Usted ha dicho: «¿Ah, sí?» Y yo le he preguntado que qué

quiere decir.

Matt no sabía si sentirse aliviado o decepcionado. Los deseos que la joven estaba despertando en él eran normales. Por un momento pensó en la posibilidad de que ser como cualquier otro hombre. Pero no lo era. Claro que eso ella no lo sabía. Y seguramente estaba molesta por sorprenderlo mirándola con expresión babeante, como probablemente harían tantos otros hombres. Todavía estaba tratando de encontrar una respuesta en su mente, cuando Fliss volvió a hablar.

—Cuando me ha dicho que Diane no le ha contado mucho sobre mí, mentía, ¿verdad? Tenga la decencia de reconocerlo.

—Nada de lo que he dicho tiene nada que ver con lo que me haya podido decir Diane, se lo aseguro —respondió Matt, dejando escapar un suspiro—. Pero, tiene razón, me contó que usted aún estaba en el instituto cuando se quedó embarazada. De todas maneras, eso no tiene nada que ver conmigo.

—¡Desde luego que no! —le espetó ella, con rabia, a pesar de que sabía perfectamente lo que era sentir que todo el mundo la juzgara—. Tengo que irme. Amy volverá enseguida del colegio.

Matt maldijo a Diane en silencio por meterlo en eso. Intentó concentrarse en las palabras de Fliss y no en los mechones rizados y pelirrojos que se habían escapado del pasador y enmarcaban tentadores el rostro femenino. Se mordió la mejilla por dentro, hasta que le dolió. Aquella tortura era más llevadera que la de sus incontrolados pensamientos.

—Supongo que ya no está interesada en trabajar para mí.

Fliss, que estaba casi en la puerta, se detuvo en seco, pero cuando habló no se volvió hacia él.

—¿Haciendo qué, exactamente?

Matt sintió la necesidad casi abrumadora de acariciarla. De repente ella parecía tan vulnerable, tan sola. Sabía que la había herido y no sabía cómo reparar el daño.

—Lo que haga falta en la casa —dijo él—. No esperaré que haga nada que yo no haría —hizo una pausa—. Necesito ayuda, en general. Sólo unos días a la semana, si eso le viene bien.

—De acuerdo —dijo ella, encogiéndose de hombros. Entonces se medio giró hacia él y lo miró por encima del hombro.

—Con una condición.

—¿Cuál?

—No seguiré trabajando aquí cuando venga a vivir Diane. Esto es sólo un acuerdo temporal...

—Diane no vendrá a vivir aquí —la interrumpió él.

—¡Pero es su prometida!

—¿Que es mi qué? —preguntó él, entre incrédulo e irritado—. ¿Eso le dijo?

—Sí. Lo es, ¿no?

Matt permitió que un suspiro de frustración escapara de su boca. No podía negar que había mantenido una relación sentimental con Diane.

—Hemos… hemos salido juntos, sí —admitió, casi a regañadientes—. Pero eso no cambia el hecho de que ella nunca va a vivir aquí. Diane es una mujer de ciudad. Trabaja en Londres. No puede trasladarse aquí.

Fliss alzó una mano, como para interrumpirlo.

—No inmediatamente, lo entiendo…

—Nunca —le aseguró él, con rotundidad—. ¿Qué le parece?

—Que es asunto suyo…

—Me refiero al trabajo.

—¿Cuándo quiere que empiece?

—¿Qué tal el lunes? Su amigo Harry traerá los muebles que le encargué el lunes por la mañana. Le agradecería que estuviera aquí para ayudarme.

—Está bien —Fliss hundió las manos en los bolsillos de los pantalones—. Estaré aquí a las nueve, si le viene bien.

—Perfecto. Entonces hasta el lunes.

Capítulo 5

TENGO otro trabajo.

Fliss se lo comunicó su padre a la mañana siguiente a la hora del desayuno, mientras Amy jugaba en el jardín con Harvey, el perro de casa.

—¿Con Matthew Quinn, supongo? —dijo su padre, con cierta dureza en la voz.

Fliss apretó los labios, sorprendida por su actitud.

—¿Te molesta?

—Sólo en el sentido de que por lo visto se te olvidó mencionar que era el mismo Matthew Quinn de quien yo hablaba —le recordó él.

Fliss sintió que se le caía el alma a los pies. Su padre había estado en el pub la tarde anterior y seguramente fue allí donde conoció la verdad sobre la identidad del nuevo inquilino de la casa del coronel Phillips.

—Supongo que te enteraste en el pub —dijo ella, volviéndose hacia el fregadero para ocultar el rubor que cubría sus mejillas.

—Lo sabía todo el mundo —replicó él, ofendido por el hecho de que su hija no hubiera confiado en él.

—No podía decírtelo, papá. Ha venido aquí para escapar de la prensa.

—¿Eso te lo dijo él?

—No exactamente con esas palabras, pero comentó que necesitaba tranquilidad y que en Londres era imposible —explicó ella —. De todos modos, no he hecho más que respetar su intimidad.

George Taylor dejó escapar un suspiro, con el que reconocía indirectamente que su hija tenía razón.

—Sólo me hubiera gustado que confiaras en mí —dijo el padre—. Sé guardar un secreto.

Fliss arqueó las cejas.

—¿Este tipo de secreto? —preguntó ella, escéptica, aliviada al ver que su padre estaba un poco más relajado—. Venga, papá, no lo hubieras podido resistir. Habría sido la exclusiva del año. De todos modos, empiezo el lunes. Sólo por las mañanas, creo. Como hacía con el coronel Phillips.

Su padre frunció el ceño. No le hacía ninguna gracia que su hija tuviera que trabajar como señora de la limpieza, pero era consciente de que en el pueblo no había muchas ofertas de trabajo y hasta que Amy terminara la enseñanza elemental y empezara en el instituto, Fliss no podría buscar otro tipo de ocupación en Westerbury.

—De todos modos, ten cuidado. Ya sabes lo que se dice de él.

—¿Qué se dice de él? —preguntó ella, sin entender a qué se refería.

—Mucha gente cuestiona su salud mental, desde su regreso del norte de África.

La entrada de Amy en la cocina puso fin a la conversación, aunque Fliss estaba demasiado afectada por las palabras de su padre. ¿Qué había querido decir? ¿Que Matthew Quinn tenía problemas mentales? ¿0 simplemente estaban utilizando los rumores que había oído para vengarse de ella?

Pero decidió que aquél no era el momento para continuar hablando de eso. Además, en general, Matthew Quinn le había aparecido una persona de lo más normal. De acuerdo, quizá tuviera problemas para relacionarse con la gente, pero probablemente era normal después de pasar dos años como prisionero político en manos de la guerrilla rebelde de un país norteafricano.

Cuando ella era joven, tuvo un problema similar. Hija única, siempre fue muy tímida con los chicos, y envidiaba a otras jóvenes como Diane Chesney, para quienes era muy fácil coquetear con el sexo opuesto. No era de extrañar que Terry Matheson se hubiera aprovechado de ella. Cuando él la sedujo, estaba a punto de caramelo.

Fliss no volvió a recuperar la confianza en sí misma hasta sus años en la universidad, motivo por el que se sentía tan en deuda con sus padres. Y por el que no ahora no quería decepcionar a su padre. Quizá él tuviera razón. Quizá Matthew Quinn tuviera problemas psicológicos. Pero, a pesar de su aspecto peligroso, a ella le caía bien.

Sin embargo, el lunes, cuando cruzaba el jardín de la iglesia camino de casa de Matt, Fliss no pudo evitar un estremecimiento de aprensión. Trabajar para él no sería lo mismo que trabajar para el coronel. Para empezar, el coronel Phillips se pasaba prácticamente todo el día en una silla de ruedas, leyendo el periódico, haciendo el crucigrama, o adormilado en la terraza acristalada de la planta baja. Además siempre había sido muy amable con ella, dispuesto a adaptar sus necesidades a las suyas.

Una pequeña cancela de hierro separaba el jardín de la iglesia del jardín de la casa del coronel, y al recorrer el sendero que llevaba hasta la entrada principal,flanqueado por álamos, fresnos y una buena variedad de arbustos, Fliss pensó que a la casa le hacía falta un jardinero. Hacía meses que Ray Jackson, el jardinero del coronel Phillips, no pasaba por allí, y ella se dijo que quizá a Matt le interesara.

Como de costumbre, fue a la puerta de atrás, la que daba acceso a la cocina, y llamó. Dentro no había nadie. Esperaba que se hubiera levantado. Tenía ganas de empezar.

Y terminar, admitió para sus adentros, sintiendo un

estremecimiento en la columna vertebral.

Al no obtener respuesta, agarró un trozo de madera y volvió a llamar. La casa parecía desierta. No había señales de vida. ¿Habría olvidado Matthew Quinn que era su primer día de trabajo?

Tras esperar unos minutos, abrió la puerta y entró en la cocina.

—¡Señor Quinn!

En la cocina no había restos de desayuno, sólo una cafetera fría, que probablemente era de la noche anterior.

—¡Señor Quinn! —gritó, pasando al corto pasillo que llevaba al vestíbulo de entrada.

Se dio cuenta de cómo estaba la casa de polvo. Incluso había trozos arrancados del papel de pared, probablemente de cuando se llevaron los muebles del coronel. Todo el vestíbulo y las escaleras necesitaban una nueva capa de pintura, como mínimo.

El vestíbulo dividía la casa en dos partes. A un lado estaba la sala de estar y lo que solía ser el comedor formal antes de que coronel Phillips trasladara su cama a la planta baja, cuando empezó a tener serias dificultades con las escaleras.

La habitación estaba vacía, al igual que la biblioteca del coronel al otro lado del vestíbulo y el estudio en la parte posterior de la casa. Al ver las estanterías de la biblioteca vacías, Fliss se dio cuenta de que el sobrino del coronel debía de haber vendido también la gran colección de libros de su tío.

Pero ¿dónde demonios estaba Matthew Quinn? Fliss no quería admitirlo, pero empezaba a estar preocupada. Sin querer, recordó el comentario de su padre sobre la posible inestabilidad psicológica de su nuevo empleador.

Al pie de las escaleras se detuvo y volvió a llamarlo. Al no obtener respuesta, decidió subir. Conocía la casa perfectamente y sabía que en la primera planta había seis dormitorios y tres cuartos de baño, ninguno de los cuales se había utilizado recientemente, pero que todavía estaban habitables. ¿Cuál habría elegido Matthew Quinn?

Todas las puertas estaban entreabiertas, excepto la del fondo. Seguramente el señor Quinn había elegido la misma habitación utilizada por el coronel antes de que la artritis lo obligara a trasladar su dormitorio a la planta baja. Probablemente era la que estaba en mejor estado.

La puerta del primer dormitorio estaba entreabierta como las demás, y Fliss la abrió y se asomó al interior. Las cortinas estaban abiertas de par en par y pensó que el dormitorio estaría vacío. Pero su sorpresa fue mayúscula al ver a Matthew Quinn tumbado en la cama, boca arriba, con brazos y piernas separados, ocupando casi toda la superficie del colchón, cubierto únicamente por una sábana que apenas le tapaba las caderas y los muslos.

Afortunadamente, parecía estar profundamente dormido, ya que la sábana dejaba muy poco lugar a la imaginación. Fliss intentó concentrarse en los anchos hombros y los fuertes músculos que definían el estómago y el abdomen, pero sus ojos se vieron irresistiblemente atraídos hacia el triángulo de vello oscuro que se estrechaba desde el ombligo antes de desaparecer bajo la tela de algodón.

Las potentes piernas, ahora relajadas, eran fuertes y musculosas, y ella, haciendo un esfuerzo para apartar la mirada del montículo que se adivinaba entre las piernas, dejó que sus ojos recorrieron lentamente su torso hasta el vello de las axilas. Pensó que parecía un pelo muy suave, y tuvo la urgente aunque ridícula necesidad de acariciarlo y descubrirlo.

El problema era que nunca había visto desnudo a un hombre. Cuando Terry Matheson la sedujo, su relación se limitó a un furtivo revolcón en el asiento trasero de su coche, y Fliss tenía que admitir que no sabía qué era hacer el amor con un hombre, ni compartir una cama con él. Y dudaba de que alguna vez lo supiera. En su opinión, la gente daba una importancia exagerada a sexo, y su intención era seguir soltera el resto de su vida.

Sin embargo, al ver así a Matthew Quinn no pudo evitar pensar cómo sería ser amada por un hombre como él. Cómo sería sentir sus manos en ella, sus besos, sus caricias en lugares que nunca había soñado, sólo en las novelas de amor que solía tomar prestadas de la biblioteca pública.

Tragó saliva. Estaba loca. No podía quedarse allí, alimentando ingenuas fantasías con un hombre a quien apenas conocía. Gracias a Dios, él estaba dormido. No sabía qué haría si él...

Pero Matt no estaba dormido. Al ir a cerrar la puerta de nuevo, su mirada volvió un segundo al rostro masculino, y entonces vio que tenía los ojos completamente abiertos y clavados en ella.

Inmediatamente, se le puso la cara como un tomate. ¿Cuánto rato llevaría despierto? ¿Cuánto rato llevaba observándola? ¿Y qué excusa le podía dar?

Hubo un tenso silencio mientras ella intentaba recuperar la compostura, y él parpadeaba y se pasaba las manos por el pelo. Por fin, como apiadándose de ella, dijo:

—¿Qué hora es?

Como si no supiera que había estado mirándolo descaradamente durante los últimos cinco minutos.

Fliss se humedeció los labios secos antes de responder.

—Son casi las nueve y media —dijo, titubeante—. He llamado abajo, y la puerta estaba abierta. He subido a ver si... si estaba bien.

—¿Y ha decidido tomarse un rato para echar un vistazo a la casa?

—¡No! —Fliss se puso a la defensiva—. Cuando el coronel Phillips cayó enfermo, yo fui quien lo encontré. Pensé que usted podría… podría…

No se le ocurría ninguna manera de terminar la frase sin parecer una histérica melodramática. Matthew Quinn se incorporó en la cama, apoyándose sobre los hombros, y al moverse la sábana se deslizó un poco. Los ojos de Fliss descendieron automáticamente. No era una puritana, pero no podía ignorar su desnudez tan fácilmente como él.

—Lo siento —dijo él, en un tono que no parecía sentirlo en absoluto, y sin molestarse en cubrirse—. No estoy acostumbrado a encontrar mujeres desconocidas en mi dormitorio.

—No, yo también lo siento —tartamudeó Fliss, retrocediendo hacia el rellano—. Estaré… abajo.

—¿Qué hora me ha dicho que era? ¿Las nueve y media?

—Casi las diez menos veinte —lo corrigió ella.

—Maldita sea —gruñó él—. Ese tipo, Harry Gilchrist, me dijo que los muebles estarían aquí a las diez. Será mejor que me vista.

—Tómese su tiempo —se apresuró a decir Fliss, casi temiendo que él se levantara de la cama antes de que ella tuviera tiempo de cerrar la puerta—. Prepararé un poco de café.

—Gracias —dijo él.

Y ella se alejó antes de que él pudiera decir nada más.

Capítulo 6

UN par de horas después, Matt estudiaba sus recién amuebladas habitaciones con cierta satisfacción, aunque se daba cuenta de que había hecho las cosas al revés. Hubiera tenido que pintar y redecorar la casa antes de empezar a comprar muebles, pero sus necesidades eran demasiado inmediatas y no le permitían muchos lujos. Necesitaba algún lugar donde sentarse, donde relajarse y donde trabajar. Para ello, decidió empezar por desembalar los libros y empezar a ordenarlos en la biblioteca.

A pesar de todo, tenía que reconocer que su nueva señora de la limpieza había realizado un trabajo fantástico. Después de prepararle el desayuno, Fliss habían limpiado las habitaciones de la planta baja, empezando por la sala de estar y el estudio, continuando con la biblioteca y el salón. Toda la planta baja estaba perfectamente limpia y preparada para cuando llegó el camión con los muebles una hora después.

Si Matt había tenido la sensación de que Fliss lo estaba evitando, lo achacó a su imaginación. Ella estaba allí para trabajar, se recordó, intentando olvidar lo que había ocurrido antes. Y él no tenía la culpa de que ella hubiera visto más de lo que quería. Después de todo, él no la había invitado a entrar en su dormitorio.

Además, no podía negar que había disfrutado con la turbación y el rubor femeninos. Y, durante unos momentos, antes de que ella se diera cuenta de que él la estaba observando, Matt había sentido un fuerte deseo en las entrañas. La oleada de calor y deseo que se apoderó de él había sido tan sorprendente como fugaz.

Pero no duró. Y él sabía que no se hacía ningún favor manteniendo una relación con ella, por neutral y distante que fuera. Sería un estúpido si iniciara unos juegos preliminares que podían salirle por la culata de la forma más humillante.

Sin embargo, no podía dejar de pensar en ella. Tenía que admitir que lo intrigaba. No podía entender cómo podía ser feliz haciendo lo que hacía. Era una mujer inteligente. ¿No aspiraba a hacer algo más en la vida?

Si las palabras de Diane eran ciertas, Fliss había renunciado a una excelente educación universitaria por tener a su hija. Pero ¿por qué no se había casado con el padre de la niña? ¿Por qué seguía viviendo con sus padres? Seguro que había tenido otras oportunidades matrimoniales.

Su cerebro detuvo la avalancha de preguntas. No era su problema, y tenía el presentimiento de que a Fliss no le gustaría su curiosidad. Y

él no podía olvidar la reacción femenina aquella mañana cuando lo encontró en la cama.

Estaba de nuevo al principio, pensando en el único tema sobre el que no quería pensar. Una agotadora sensación de cansancio lo envolvió, consecuencia del trabajo físico que estaba realizando colocando los libros en las estanterías y la depresión psicológica contra la que tenía que luchar constantemente. Semanas, o meses, encerrado entre los confines de una pequeña celda entumecían los músculos hasta el punto de que cualquier movimiento resultaba doloroso por falta de ejercicio. Había intentado mantenerse en forma, haciendo flexiones y otros ejercicios, pero era una batalla perdida. La escasa comida que le ofrecían sus captores hacía que cada esfuerzo se convirtiera en una tarea ingente.

Ahora los músculos le dolían de tanto inclinarse y alzarse, sacando los libros de las cajas y ordenándolos en los estantes, y sólo sentía ganas de volver a la cama.

Unos suaves golpes en la puerta de la biblioteca lo interrumpieron. Hubiera preferido tener un poco de tiempo para secarse el sudor y recuperarse, pero apenas tuvo tiempo de cuadrar los hombros cuando Fliss asomó la cabeza por la puerta.

—He empezado con los dormitorios si… —empezó ella, pero se detuvo al ver el rostro demacrado de Matt y su expresión de agotamiento. Su cara cambió y abrió la puerta de par en par—. Lo siento, lo he interrumpido. ¿Se encuentra bien, señor Quinn?

—Es Matt —dijo él, apoyando la cadera en el borde de la mesa—. Y sí, estoy bien. Sólo un poco cansado. He estado ordenando un poco los libros.

—Pero ha estado enfermo —observó ella—. Yo puedo ocuparme de eso mañana.

—¿Mañana?

—Son la una y diez —dijo ella, consultando el reloj que llevaba —. Normalmente sólo trabajo por las mañanas. Tengo que recoger a Amy a las tres, y preparar la comida para mi padre a la una —explicó, ajena a la mancha de polvo que tenía en la mejilla.

Una franja de piel cremosa se asomaba por encima del pantalón, justo donde se le había salido la camiseta, y Matt no pudo evitar que sus ojos se dirigieran hacia allí.

—Está retirado, supongo —preguntó Matt, arqueando una ceja.

—Más o menos —respondió ella, un poco incómoda—. Antes tenía la farmacia del pueblo. Se retiró hace tres años.

—No sabía que un pueblo como éste tuviera farmacia —comentó Matt, frunciendo el ceño.

—Ahora ya no. La gente va al supermercado de Westerbury. Allí los medicamentos son más baratos.

—¿0 sea que su padre ahora trabaja en Westerbury?

—No —dijo ella, sintiendo que tenía que dejar las evasivas y ser honesta con él. Tarde o temprano se enteraría—. En la actualidad, escribe una columna semanal para el periódico local.

Matt abrió la boca, incrédulo.

—Vaya, qué casualidad. No me extraña que no quisiera decírmelo.

—¡No le he dicho nada de usted! —exclamó Fliss, a la defensiva —. Podía haberlo hecho, pero no lo hice. Pensé que no le haría ninguna gracia.

—Y tiene toda la razón.

Matt intentó alejarse de la mesa, pero por algún motivo parecía tener la columna paralizada y no pudo contener la exclamación de dolor que escapó de sus labios.

—¿Se encuentra bien?

Fliss rodeó la mesa y con expresión de sincera preocupación lo miró. Pero Matt no quería su lástima, ni la de nadie, y le dirigió una mirada cargada de ira.

—Yo lo puedo ayudar —dijo ella.

—Oh, claro. Ahora me dirá que es masajista —le espetó él, volviéndose para apoyarse de nuevo contra la mesa.

Fliss alzó la cabeza.

—Tengo algo de experiencia —dijo, armándose de paciencia—. Estaba preparándome para ser fisioterapeuta cuando mi madre murió y tuve que dejar mi trabajo para cuidar de mi padre y de Amy.

Matt la miró perplejo.

—¿Fisioterapeuta? —repitió, sin poder creerlo—. Pero Diane dijo…

—¿Qué? —preguntó ella, secamente—. ¿Que dejé de estudiar? ¿Que soy una inútil y una ignorante? No. Continúe mis estudios después de tener a Amy. ¿Quiere que lo ayude o no?

Matt se movió incómodo contra la mesa. —Sólo estoy un poco rígido.

—Yo diría que se ha excedido un poco con los libros —lo contradijo ella. Titubeó un segundo, pero su lado de fisioterapeuta profesional se impuso a sus sentimientos personales—. ¿Puede tumbarse en la mesa?

Matt la miró con la boca abierta.

—¿Qué?

—Lo digo en serio. Iré a lavarme las manos.

Solo, Matt hizo otro esfuerzo para incorporarse. Pero el dolor se lo impidió, y él pensó en la probabilidad de que se hubiera pinzado un nervio.

Fliss regresó a los pocos minutos, oliendo suavemente a limón.

Matt imaginó que se había lavado las manos en la cocina.

—¿Quiere quitarse la camisa? —preguntó ella, sin imaginar lo que la esperaba.

Matt maldijo para sus adentros. Qué demonios, pensó, tarde o temprano vería su espalda. Haciendo un esfuerzo, logró quitarse la camisa por la cabeza. Al sentir las suaves manos femeninas en la nuca, se dio cuenta de que ella deseaba ayudarlo y pensó que probablemente podría hacerlo. Las uñas de Fliss lo rozaron y por un momento el dolor que sentía se convirtió en deseo puro y ardiente pasión. Fue una descarga eléctrica que invadió todo su cuerpo y, por un momento, no pudo respirar.

Con un movimiento brusco, se apartó de ella, murmurando algo sobre que no necesitaba su ayuda para quitarse la camisa.

No pudo evitar escuchar la apagada exclamación que surgió de los labios femeninos cuando él le dio la espalda y se tendió en la mesa, tratando de ignorar la mezcla de dolor y deseo que se apoderaron de él.

—Bien —dijo ella cuando él ya estaba tumbado en la mesa, temblando por el esfuerzo—. Si le hago daño, me lo dice. Procure relajarse.

Matt apretó los dientes, y se recordó que durante las primeras semanas de su cautiverio se había visto obligado a caminar descalzo durante días a través de las montañas. Si entonces había aprendido a soportarlo sin quejarse, sin duda podía hacerlo ahora.

Se preparó mentalmente para crear una barrera para el dolor, pero no fue necesario. El rítmico masaje de las manos femeninas empezó en los omoplatos y tuvo un efecto hipnótico en su cerebro. Los fuertes dedos femeninos encontraban y relajaban los tendones tensos del cuello y hombros, del torso, y de toda la columna vertebral.

Matt sintió cómo su cuerpo se iba relajando. Los músculos aún le quemaban, pero el calor se propagó suavemente por todo su cuerpo y notó cómo la rigidez que lo había dominado y casi paralizado unos minutos antes lo abandonaba.

Entonces, justo cuando pensaba en cómo se lo iba a agradecer, notó los dedos de Fliss en la cintura, buscando la hebilla del cinturón.

—¿Podemos soltar esto un poco? —preguntó ella—. Si se baja un poco los pantalones, podré...

—¡No! —exclamó el, sujetándole la mano y apartándola—. ¿Quién demonios se cree que soy?

—¿Un mojigato?'—sugirió ella, en tono suave, soltándole la mano. Dio un paso atrás y aunque no estaba en absoluto relajada, añadió valientemente—: Esta mañana no ha estado tan pudoroso. Tranquilo, señor Quinn. No voy a violarlo.

«Como si pudiera», pensó Matt sombríamente.

Intentó incorporarse y se dio cuenta de que le iba a resultar muy difícil levantarse sin ayuda.

—No he terminado —dijo ella—. Aún no le he tocado la zona lumbar, y en mi opinión, ahí está la raíz del problema.

—No tengo ningún problema —masculló él, logrando llevar las piernas hacia el suelo, aunque sin poder evitar una mueca de dolor por lo rígido que estaba—. De todos modos, gracias. Se lo agradezco.

—Ha sido un placer —dijo ella, levantando las palmas de las manos en el aire y dando por terminada la sesión—. Ahora me voy. ¿Vuelvo mañana?

A duras penas Matt se puso en pie.

—Si le parece bien —dijo.

—Sí —Fliss asintió—. Será mejor que se ponga la camisa —añadió, aunque sin muchas ganas—. Está sudando y no querrá pillarse un resfriado.

—¿Tanto la preocupa?

La respuesta era una grosería imperdonable y Matt se arrepintió de haber pronunciado las palabras tan pronto como salieron por su boca, pero Fliss ya le había dado la espalda y no pudo ver su cara.

—Mis pacientes siempre me preocupan —dijo ella, abriendo la puerta—. Lo veré por la mañana.

Cuando ella se fue, la casa quedó absurdamente vacía. A pesar de que él había ido allí para alejarse de la gente, de repente echaba de menos la reconfortante idea de saber que Fliss estaba trabajando en otra parte de la casa, no lejos de él.

Capítulo 7

DURANTE el resto de la semana, Fliss se esforzó en evitar a su empleador, y Matt parecía más que dispuesto a apartarse de su camino. Ninguno de los dos mencionó lo sucedido en la mesa de la biblioteca. Ella no había olvidado las cicatrices de su espalda, pero si él temía que se lo contara a su padre estaba muy equivocado.

El miércoles al llegar se encontró con Albert Freeman, un pintor y decorador local, enfrascado en el proyecto de adecentar las escaleras y el vestíbulo, pero prácticamente no vio a Matt en toda la mañana. Fue el jueves por la mañana cuando él fue a buscarla a la cocina, donde ella estaba limpiando uno de los armarios, subida en el último escalón de una vieja escaleras que había estado oxidándose en el cobertizo del jardín desde la época del viejo coronel Phillips.

En cuanto Matt apareció por la puerta, ella fue instantáneamente consciente de él en cada fibra de su ser. Y también de que llevaba unos pantalones cortos que dejaban sus piernas al desnudo.

Era irónico. Porque durante el resto de la semana se había achicharrado con los vaqueros y camiseta de media manga, pero ese día hacía tanto calor que había decidido ponerse un pantalón corto y una camiseta sin mangas. Tampoco era que Matt se fijara en su ropa, se aseguró para sus adentros. La mayor parte del tiempo, ni siquiera parecía darse cuenta de su presencia.

A excepción de aquella primera mañana...

—¿Tiene un minuto? —preguntó él.

Ella se volvió y dejó el trapo que estaba usando en el cubo. Bajó un peldaño a tientas, pero de repente la escalera se abrió en dos. Casi a cámara lenta, los dos lados de la escalera se separaron en direcciones opuestas, y Fliss quedó sin nada donde sujetarse.

Su cuerpo se desplomó hacia el vacío sin poder hacer nada por evitarlo, y fue Matt quien logró sujetarla por la cintura y evitar que se golpeara fuertemente contra el suelo. Por un momento, ella quedó en sus brazos, y sintió los músculos del pecho y muslos masculinos contra su espalda. Un momento después, el también perdió el equilibrio y ambos cayeron al suelo. Fliss aterrizó pesadamente encima de él.

—Lo siento —se lamentó ella, resistiendo el impulso de pasarle las manos por el cuerpo, sólo para asegurarse de que estaba entero, se dijo con fiereza, ignorando otros impulsos que el contacto con él despertaban en ella—. Que tonta soy. No tenía que haber usado esa vieja escalera.

—Supongo que necesito una nueva —dijo él, sacando un codo de debajo del cuerpo y apoyándose en él.

—Supongo que sí —dijo Fliss, incorporándose rápidamente y sentándose sobre los talones—. ¿Está bien? No le he... no le he hecho daño, espero.

—Bueno —sonrió él—, no es tan ligera como aparenta. Hizo una mueca al intentar levantarse—. Aunque quizá necesite de sus otros servicios.

Fliss parpadeó.

—¿Mis otros servicios? —repitió, sin entender a qué se refería—. ¿Qué otros servicios?

—¿Cuáles ofrece?

Fliss tragó saliva.

—No sé a que...

—Fisioterapia —sugirió él, con expresión inocente, aunque sus ojos la miraban con un destello inconfundiblemente sensual—. Me temo que de momento no estoy disponible para nada más.

—Oh —Fliss tenía la cara ardiendo—. No... no quería... no...

—No —la interrumpió él, con los ojos clavados en su boca—. Lo sé. Era sólo una broma.

Aunque la expresión de su cara desmentía sus palabras, pensó ella, sabiendo que tenía que alejarse de él antes de que la situación se le fuera de las manos. Rápidamente se puso en pie.

—¿Necesita ayuda para levantarse?

—Sí, ¿por qué no? —dijo Matt, tendiéndole la mano.

Fliss no tuvo más remedio que aceptarla, y cruzó los dedos para sus adentros para que él no notara lo sudorosa que estaba. Tiró de él, y Matt se levantó sin esfuerzo, pero de repente soltó un gruñido y le sujetó el otro brazo para mantener el equilibrio.

—Gracias —dijo él, tan cerca de ella que su cálido aliento invadió la boca femenina—. ¿Está bien?

—Sí —dijo Fliss, intensamente consciente de la mano que le sujetaba el antebrazo desnudo—. Usted ha amortiguado mi caída.

—Oh, sí. Sabía que tarde o temprano alguien me usaría de felpudo.

—Yo no... —empezó ella, pero se interrumpió bruscamente y apretó los labios cuando vio el destello divertido en los ojos masculinos—. Supongo que me estaba tomando el pelo otra vez. Debe de ser muy satisfactorio meterse con una víctima tan fácil.

Matt se tensó.

—Perdone —dijo, poniéndose repentinamente serio y bajando la mirada a la mano que sujetaba su brazo—. No quería ofenderla.

Fliss no sabía cómo reaccionar. Tampoco sabía si él hablaba en serio, o era otra broma más. ¿Cómo iba a saberlo? ¿Cómo sabían las mujeres esas cosas? Ojalá ella tuviera más experiencia.

Se fijó en los trazos de pelo gris que salpicaban el cabello negro y

corto de Matt. Seguramente otra consecuencia de su cautiverio. Seguro que sintió miedo muchas veces. Por muy valiente que fuera, seguro que en más de una ocasión tuvo que temer que iban a matarlo. ¿Qué edad decía que tenía el artículo que había leído? ¿Treinta y dos o treinta y tres años? Parecía mayor.

Entonces él levantó la cabeza y la encontró mirándolo. Sus ojos conectaron y fue como una repetición del momento en el dormitorio. Los ojos de Matt estaban igual que entonces, intensos y sensuales, y Fliss intentó apartarse antes de que él reparara en su interés. Pero él no se lo permitió.

—No me tiene miedo, ¿verdad? —preguntó él—. Lleva evitándome toda la semana. ¿Qué le ha contado su padre sobre mí?

—Nada.

Lo cierto era que su padre había estado mucho más interesado en lo que ella le pudiera contar de él.

—¿Cuándo podré ver el artículo que está escribiendo sobre mí?

Fliss contuvo la respiración, furiosa.

—No está escribiendo ningún artículo sobre usted —protestó—. Está realmente paranoico. ¿Acaso cree que el mundo gira a su alrededor?

Matt apretó los labios.

—A veces he tenido esa impresión —masculló.

—No de mí —repuso ella, interrumpiendo su contacto en el brazo y dando un paso atrás—. Ahora, si no quiere nada más, tengo que terminar estos armarios.

Matt la miró durante un largo momento, y después sacudió la cabeza, como queriendo apartar oscuros pensamientos de su mente e intentando recordar por qué estaba allí.

—Oh, sí, he venido a preguntarle si quiere que le pague por semanas o por meses. Como usted quiera.

—¿Estaré aquí lo suficiente como para averiguarlo? —preguntó ella, antes de poder reprimir sus palabras.

—Yo quiero que se quede —le aseguró él, mirándola intensamente.

Una vez más Fliss tuvo que hacer un esfuerzo para no preguntarle por qué.

—Está bien —dijo ella—. No... no estaba segura.

—¿Por qué no?

Las palabras de Fliss parecieron dejarlo realmente perplejo, y casi automáticamente, sin pensar, Matt alzó una mano y recogió un mechón de pelo cobrizo detrás de la oreja femenina. Rozó la piel sedosa con los dedos, y Fliss sintió cómo el calor explotaba bajo ellos.

—Por... por lo que ha dicho de mi padre —balbuceo casi sin aliento—. No le hizo ninguna gracia que trabajara para el periódico

local.

—Ah.

Matt asintió, como si eso lo explicara todo. Pero en lugar de retirar la mano, dejó que sus nudillos trazaran la curva de la mandíbula femenina y que el pulgar rozara su boca.

—No debes tomar todo lo que digo tan al pie de la letra —dijo, acariciando los labios entreabiertos—. Eres muy confiada, ¿verdad, Fliss? Me haces desear no estar tan hecho polvo.

—No está hecho polvo —respondió ella inmediatamente, y casi involuntariamente cubrió la mano de Matt con la suya, como si su intención fuera apartar los dedos que la acariciaban, pero cuando el pulgar buscó dentro de su boca, sintió que sus piernas se quedaban sin fuerzas.

En ese momento, no pudo pensar en nada más que en él, que inclinó la cabeza y sustituyó los dedos por la boca.

Fue un beso fugaz, pero eléctrico. Ella separó instintivamente los labios, y sintió las sensuales caricias de la lengua de Matt. El deseo ardiente y totalmente fuera de lugar que invadió todo su cuerpo le hizo dar un paso hacia él y entregarse por completo.

No pensó en Diane ni en nadie. Tenía fuego líquido en el vientre y entre las piernas, y por primera vez en su vida entendió lo irresistible que podía ser el deseo sexual. Ahora lo había probado y quería más, y por eso se le escapó un gemido de protesta cuando él la sujetó bruscamente por ambos brazos y la separó.

—Esto no es una buena idea —dijo él, con la voz enronquecida por el deseo.

Dios bendito, ¿qué estaba haciendo?, se preguntó Fliss. El estaba prometido a Diane.

—Lo siento, lo siento —Fliss separó las manos y deseó que el suelo se abriera bajo sus pies—. No sé qué me ha pasado. Tiene razón. Esto... no tenía que haber pasado.

—Olvídalo.

—Si prefiere que me vaya —continuó ella, incómoda—, lo entenderé perfectamente. Estoy segura de que no le costará encontrar a alguien para sustituirme.

—¿Quieres irte?

—No... no es lo que yo quiera, ¿no?

—¿No?

—No. Pero será difícil trabajar juntos después de... esto.

—¿Para ti?

—Para usted también —respondió ella—. Lo único que puedo decir es que nunca había hecho nada así.

—Te creo —dijo él, esbozando una sonrisa—. Por lo que me han dicho, tu anterior empleador tenía más de noventa años.

Fliss se sonrojó.

—No me refería a eso —dijo, temiendo una vez más que volviera a tomarle el pelo—. No... no tengo relaciones con hombres.

Matt le mantuvo la miraba.

—Excepto con el padre de tu hija —observó él—. Me sorprende que no te casaras con él, si tienes unas opiniones tan conservadoras.

Fliss apretó los labios. No estaba segura, pero aquello le sonaba un poco a insulto, y se preguntó qué le habría contado Diane. Y aunque ella no había hablado con nadie del padre de Amy, se vio obligada a defenderse.

—No quería casarme con el padre de Amy —dijo, tensa—. Y desde luego no entraba en mis planes ser madre a los dieciséis años. Me sentí halagada por las atenciones de un chico más mayor y cometí un error. Eso fue todo.

—Pero eso no fue todo —dijo él—. Tuviste a Amy.

—Sí. Y Terry y sus padres se fueron del pueblo diciendo a todo el mundo que él no era el padre de mi hija.

—Qué impresentable.

—En realidad fue mejor así. Nunca hubiera funcionado —le aseguró ella. Miró la encimera donde se amontonaban los objetos que había sacado de los armarios—. En fin, recogeré todo esto y me iré.

Matt cruzó los brazos ante el pecho.

—¿Sigues enfadada conmigo?

Fliss negó con la cabeza.

—No. Estoy enfadada conmigo misma.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que piense que me arrepiento de nada de lo que ha sucedido.

—¿Ni siquiera del beso?

—Ni siquiera del beso —le aseguró ella, sonrojada.

Matt torció los labios.

—No te preocupes por eso. Como bien has dicho, no volverá a suceder.

Capítulo 8

MATT pasó el resto del día maldiciéndose por permitir lo que había ocurrido con Fliss, aunque había sido la primera vez que su cuerpo había reaccionado con normalidad desde su regreso de Abuqara. Durante aquellos breves segundos, cuando el cuerpo de Fliss se desplomó sobre el suyo y ambos cayeron al suelo, deseó poder tumbarla en la mesa de la cocina y enterrarse en su cuerpo firme y húmedo. Sin embargo, su breve excitación sólo duró hasta el momento en que su cerebro le recordó cuál era su situación.

Pero desde entonces, el recuerdo de la piel sedosa había sido un continuo tormento, que le trajo a la mente cómo eran las cosas antes, el hombre que él había sido. La boca, húmeda y generosa, y el íntimo roce de sus labios y su lengua le hizo desear mucho más que sólo saborear sus labios.

Se preguntó si sería una buena señal. Nunca había sentido ese tipo de emociones desde su regreso a Londres, a pesar de todos los intentos de Diane para despertar su interés y provocar su pasión.

Se acostó a las diez de la noche, pero durmió de forma irregular. Sus sueños estaban cargados de imágenes eróticas, pero no de Diane sino de Fliss y de lo que había ocurrido el día anterior.

El escenario era siempre el mismo: Fliss de pie encima de la escalera, con los pantalones cortos que dejaban al descubierto sus piernas largas y esbeltas y marcaban la curva de sus nalgas. La comparación con la realidad terminaba en el momento en que la escalera se rompía. En lugar de tropezar y caer hacia atrás, caían juntos, con las piernas entrelazadas, los firmes senos de Fliss contra su pecho.

Y su excitación era casi dolorosa. La necesidad de poseerla lo llevaba a rodar encima de ella y separarle las piernas con el muslo, mientras le acariciaba los pezones endurecidos que empujaban por debajo de la tela de la camiseta sin mangas.

Una nube de deseo lo envolvía, y al mirarla a los ojos, se rendía ante las necesidades urgentes de su propio cuerpo. Su sexo, erecto y ardiendo, se frotaba contra ella, buscando una satisfacción— que necesitaba desesperadamente.

Pero no ocurrió. Como un oasis en el desierto, las imágenes se esfumaron y un gemido de angustia escapó de su garganta al ver cómo el sueño se escapaba. Se despertó con el cuerpo enredado entre las sábanas, y una de las almohadas entre las piernas. Y fue consciente, como lo había sido durante el sueño, de que no podía hacerlo. No podía hacer el amor a una mujer. A ninguna mujer. Era impotente.

Haciendo un esfuerzo, se levantó de la cama y se metió en la ducha. Allí, bajo el agua caliente, dejó paso libre a los recuerdos. El miedo, las palizas, los meses de aislamiento; todo había dejado su huella, pero fue la noche que el general Hassan mandó a buscarlo, cuando el asqueroso y seboso militar le dijo lo que esperaba de él, lo que acabó de minar su resistencia psicológica.

Nunca olvidaría el terror de aquella noche. Aunque Hassan no llegó a ponerle la mano encima, él sólo tenía que pensar en el sexo y todos los recuerdos volvían a su mente con claridad estremecedora.

Matt recordó que había estado atado a una silla en el despacho del general cuando el repentino estruendo de disparos en el exterior distrajo la atención de Hassan. Un guardia llegó diciendo que la pequeña ciudad estaba siendo atacada por una unidad de fuerzas del ejército gubernamental, y el general tuvo que salir, dejándolo solo, escuchando los gritos y los disparos que parecían salir de todas direcciones. Al poco rato el capitán rebelde Rachid entró y, ante su estupefacción, cortó las cuerdas, lo desató y lo informó al oído de que había un vehículo en la parte posterior de la cárcel lleno de gasolina y que tenía diez minutos para escapar.

En los meses que siguieron, Matt nunca llegó a comprender por qué el capitán lo había ayudado. Probablemente nunca lo sabría, ya que el hombre había muerto en un enfrentamiento a las afueras de la ciudad de Abultara.

Sin embargo, se sentía en deuda con él. Sin su intervención, Matt nunca hubiera logrado escapar.

Entonces ¿por qué tenía tantas reticencias para hablar de lo ocurrido? No tenía nada de qué avergonzarse. Pero lo cierto era que se sentía avergonzado. Avergonzado de su propia debilidad; de su incapacidad para reaccionar ante el peligro; y de la estupidez de haber permitido que le ocurriera una cosa así.

Después de la ducha, enfundado en un chándal y una camiseta sin mangas, bajó a la cocina a tomar un café. Al poco rato, escuchó a Fliss llamar a la puerta y se tensó. Pero ella no estaba sola. Venía acompañada de Amy, las dos en pantalones cortos y camiseta, y la niña, al ver a Matt, le sonrió.

—Hola, Quinn —lo saludó.

—Hoy Amy no tiene colegio —empezó a explicar Fliss—. Espero que no le importe que se quede jugando en el jardín mientras yo trabajo.

—No, en absoluto —Matt dio un paso atrás, invitándolas a pasar —. Hola, Amy. ¿0 tienes algún otro nombre para hoy?

Amy soltó una risita.

—Amy es perfecto —dijo Fliss, seria, entrando en la cocina—. ¿Por qué no vas a jugar al jardín? Si necesitas algo, vienes y llamas a

esta puerta.

—Puede entrar y tomar un zumo, si quiere —sugirió Matt, sin saber muy bien por qué.

Pero agradeció la amplia sonrisa que le dedicó Amy al escucharlo.

—No será necesario —dijo Fliss—. Acaba de desayunar.

—Tengo una cafetera de café recién hecho. ¿Por qué no tomamos primero una taza? —sugirió de nuevo Matt, mirando a Amy—. Tú puedes tomar otra cosa.

—Oh, sí, mamá. Por favor —suplicó la niña.

—Y después si quieres puedes ayudarme a ordenar libros —añadió él—. Tengo un montón de cajas que colocar en las estanterías.

Matt estudió durante un momento la expresión solemne de Fliss y se preguntó qué estaría pensando. ¿Que estaba utilizando a la niña para averiguar más cosas sobre ella? Decididamente no, pero era cierto que la presencia de la niña ayudaba a relajar la tensión entre ellos, y él se lo agradecía.

—Hace un día magnífico —repuso Fliss, con firmeza—. Amy estará bien en el jardín. Usted no tiene que entretenerla, señor Quinn.

—Lo sé —dijo Matt, pero al ver la expresión de desilusión en el rostro de la niña no pudo evitar añadir—: Habló en serio. Amy puede ayudarme. Son un montón de cajas. ¿No te importa, verdad?

Fliss dejó escapar un suspiro.

—No, por supuesto que no me importa, pero...

—Entonces, decidido —dijo Matt, concluyendo la conversación y sentándose en una silla de la cocina—. Si se aburre, siempre puede salir al jardín.

—No me aburriré —aseguró Amy.

La mañana pasó muy deprisa. Amy era una excelente compañía. Le gustaba hablar, y le contó un sinfín de cosas sobre todo, desde colegio y su familia hasta lo que había visto en la televisión la noche anterior. Y Matt descubrió que era capaz de hablar con naturalidad del hecho de no conocer a su padre.

—Se fue antes de nacer yo —dijo la niña, mientras intentaba depositar unos libros en la mesa.

Pero la mesa estaba llena de otros libros que Matt estaba ordenando, y todos se desparramaron por el suelo con un fuerte estruendo.

—Oh, perdón.

—No pasa nada, yo los recogeré —dijo él, suspirando para sus adentros—. Ahora, si quieres, abre esa caja. A lo mejor encuentras algo interesante.

Amy se puso en cuclillas al lado de la caja que Matt le había indicado, y éste se preguntó si le contaría algo más sobre su padre. Pero no lo hizo. En lugar de eso, cortó con las tijeras la cuerda de la

caja y sacó el primer álbum de fotografías que había en su interior.

—¿Es suyo? —preguntó.

Matt asintió.

—Son fotografías de los reportajes que preparaba antes para las noticias —explicó él.

—¿Trabaja en la televisión? Uau, como mola —exclamó la niña, con sincera e inocente admiración, mucho más sentida que la mayoría de los halagos que Matt había recibido desde su regreso.

Aunque no importaba, tampoco se los merecía.

—Mira, este hombre era el antiguo presidente de Abuqara —añadió, agachándose a su lado y señalando uno de los retratos del álbum.

—¿Lo conoce?

—Sí —la mandíbula de Matt se tensó—. Lo conocí cuando estuve en Abuqara informando sobre la rebelión que estaba intentando terminar con su gobierno.

—¿Y lo consiguieron? —preguntó Amy, con interés y la misma inocencia de antes.

Matt suspiró y asintió con la cabeza.

—Al final, sí. Por desgracia, el nuevo gobierno probablemente será tan corrupto como el anterior.

Matt se incorporó haciendo un esfuerzo.

—¿Éste fue el hombre que lo metió en la cárcel? —preguntó la niña de repente.

—¿Quién te ha dicho que he estado en la cárcel? —quiso saber Matt, sintiéndose irracionalmente traicionado—. ¿Tu madre?

Amy no quiso mirarlo.

—No me lo ha dicho nadie —murmuró, pasando la página del álbum fingiendo interés en la foto de unas dunas—. ¿Esto también es Abuqara?

Matt suspiro.

—Amy —dijo, en tono severo—. ¿Cómo lo has sabido?

Esta vez Amy lo miró, con las cejas arqueadas.

—¿Cómo he sabido qué?

—¡Amy!

La niña suspiró.

—Escuché a mi abuelo hablando con mamá —admitió ella, en voz baja—. Estaba enfadado porque ella no le había dicho quién era usted.

—¿Y tú, sabes quién soy?

—Sí, usted es Matthew Quinn —respondió la niña inmediatamente—. Usted me lo dijo.

—Sí, es cierto. Supongo que todo el pueblo sabe que he comprado esta casa.

Amy frunció ligeramente las cejas, en expresión pensativa.

—¿Le importa? ¿Le da vergüenza porque estuvo en la cárcel?

Matt deseó que fuera más sencillo.

—No.

—¿Por qué lo metieron en la cárcel? ¿Qué hizo?

—En Abuqara no tienes que hacer nada para que te metan en la cárcel —respondió Matt con una mueca—. En realidad, me secuestró la guerrilla rebelde, y eso se convirtió en una gran noticia en Inglaterra. Salió en todos los periódicos y en todas las televisiones, y ahora quieren saber más —explicó él—. Por eso prefiero que la prensa no sepa dónde estoy. Todos quieren saber cómo sobreviví.

Un movimiento en la puerta de la biblioteca llamó su atención. Fliss estaba mirándolos con expresión pensativa. Amy siguió la mirada de Matt con los ojos y al ver a su madre tomó el álbum y se acercó a ella para enseñarle una de las fotos.

—Mira, mamá, es el presidente de Abuqara. Quinn dice que lo conoce.

—¿De verdad? —Fliss apenas echó un vistazo a la foto antes de mirar de nuevo a Matt con ojos preocupados—. No le habrá estado contando sus... experiencias, ¿verdad? —preguntó tensa.

—Por supuesto que no —aseguró él—. Sólo estábamos hablando. No ha sido nada más que una lección de historia sobre los problemas en el norte de África —explicó, a la defensiva—. Ya sabe que he estado en la cárcel. Quizá deberías preguntarle cómo se ha enterado.

Capítulo 9

AQUELLA tarde Fliss tuvo que trabajar en el pub hasta tarde, y aunque había pensado poder dormir hasta más tarde al día siguiente, Amy entró en su habitación a las siete en punto de la mañana, con pantalones cortos y camiseta, el mismo atuendo que su madre utilizaba para dormir.

—Hace una mañana preciosa, mamá —anunció la niña saltando encima de la cama—. ¿Por qué no vamos a la playa?

Era sábado y no tenía que trabajar, aunque sí un montón de cosas que hacer.

—Amy, tengo que limpiar la casa e ir a la compra. Si quieres puedes venir a Westerbury conmigo.

—No quiero ir a comprar —protestó Amy—. Siempre vamos a comprar. Hace siglos que no vamos a la playa.

Fliss suspiró y se incorporó ligeramente. Su hija tenía razón. Normalmente dedicaba los sábados a hacer la compra y organizar la casa.

—¿Qué te parece si después vamos a comer a McDonald's? —sugirió, un plan que siempre era del agrado de la niña.

—No tengo hambre —murmuró esta vez la pequeña.

—Amy...

—No importa —dijo la niña, con indiferencia, saltando de la cama al suelo—. Voy a darle el desayuno a Buttons.

Fliss se levantó y se acercó al cuarto de baño de la primera planta para darse una ducha. Pero al llegar a la puerta se dio cuenta de que su padre se le había adelantado. En pijama, bajó a la cocina a prepararse un café. Después de poner la cafetera al fuego, unió las manos y las estiró por encima de la cabeza. Después hizo unas torsiones de cintura y de hombros, pensando que al menos tenía buena salud. Quizá podría llevar a Amy a la playa. Si se daba prisa y terminaba de recoger la casa pronto, podría dejar la compra para la vuelta.

Flexionó el cuerpo por la cintura hacia delante y apoyó las manos en el suelo. En ese momento, la puerta a su espalda se abrió, y suponiendo que era Amy, no volvió la cabeza. Sólo cuando notó la corriente de aire fresco en la cintura desnuda, dijo:

—¿Puedes cerrar la puerta, Amy? Por favor.

Se estaba incorporando para arquear la espalda en un último estiramiento cuando una voz de hombre que conocía perfectamente dijo:

—Amy viene ahora.

—¿Dónde está? —dijo ella, girando en redondo.

—Ha ido a ver al conejo, creo —repuso él, cruzando los brazos y contemplándola con una expresión entre divertida e interesada, y desde luego perturbadoramente sensual—. Creo que primero quiere que yo hable contigo.

Como ella, llevaba pantalones cortos, y una camiseta negra que revelaba unos bíceps sorprendentemente musculosos para un hombre que llevaba una vida aparentemente sedentaria. Sólo de mirarlo, Fliss sintió la incontrolable reacción de su cuerpo, el hormiguero en el vientre, el calor húmedo entre las piernas.

—¿Qué ha hecho ahora? —preguntó haciendo un esfuerzo y tratando de no pensar en su aspecto, a pesar de que notaba cómo se le marcaban los pezones erectos contra la suave tela de algodón de la camiseta—. No me diga que ha vuelto a molestarlo.

—Por lo que a mí respecta, Amy nunca me ha molestado —respondió él, recorriendo el cuerpo femenino con los ojos—. Me cae bien. Es una niña fantástica.

Matt esperó unos segundos antes de continuar.

—Me ha dicho que tú no puedes llevarla a la playa, y venía a preguntarte si me dejas que la lleve yo.

—¿Usted?

La perplejidad de Fliss quedó patente en su reacción y en el tono de su pregunta, y Matt apretó los labios.

—Sí —dijo Matt—, sabía que era una idea estúpida, pero tenía que preguntarte. Olvídalo —dio media vuelta para irse—. Te veré el lunes por la mañana a la hora de siempre.

—¡Espere! —Fliss no sabía qué la había poseído, pero no podía permitir que se fuera así—. Al menos, déjeme pensarlo.

Matt se detuvo, y sus ojos negros como el pecado se clavaron en ella con escepticismo.

—No hay nada que pensar. Apenas me conoces, lo sé. No sabes si puedes confiar en mí. Como he dicho, es una estupidez. ¿Por qué no olvidamos que lo hemos mencionado?

—Sí sé que puedo confiar en usted —le aseguró ella.

—Gracias —dijo él, en tono seco.

—Lo digo en serio. Pero seguramente tiene mejores cosas que hacer que llevar a una niña de nueve años a la playa.

—Oh —murmuró él, sarcástico—. Eso es un «no» mucho más diplomático. ¿Por qué no lo dices directamente?

—¡No es verdad! —protestó ella—. Para que lo sepa, ya había decidido llevarla yo.

—Sí, claro.

—Si no me cree, ¿por qué no viene con nosotras?

Fue uno de esos momentos en que la tensión que reinaba en la

habitación se podía cortar con un cuchillo. Matt estaba perplejo ante la invitación, y Fliss se preguntaba cómo había sido tan inconsciente y tan bocazas.

—¿Qué ocurre aquí?

La entrada de su padre en la cocina fue la gota que colmó el vaso. Fliss deseó que Matt se hubiera ido antes de que su padre bajara a desayunar, pero ahora George Taylor miraba a su nuevo vecino con desconfianza, preguntándose qué estaba haciendo en su cocina a aquellas horas de la mañana, y por qué su hija seguía todavía en pijama.

Fue Matt quien tomó la iniciativa.

—Señor Taylor, supongo —dijo extendiendo amablemente una mano, como si jamás hubiera expresado su deseo de no hablar con periodistas—. Soy Matt Quinn, el nuevo propietario de la casa del coronel Phillips.

—Sé quién es usted, señor Quinn —dijo el padre de Fliss, indudablemente sorprendido ante la cordialidad de Matt tanto como su hija—. Será mejor que vayas a cambiarte de ropa, Felicity. Yo entretendré a nuestro invitado.

—Yo ya me iba —dijo Matt, antes de que ella pudiera decir nada —. Tengo que terminar de desayunar y cerrar la casa —miró a Fliss con naturalidad—. Dejaré que su hija le explique que voy a llevarlas a ella y Amy a la playa —y sin dar opción de reaccionar ni al padre ni a la hija, añadió, antes de salir por la puerta—: Volveré dentro de una hora. Ha sido un placer conocerlo, señor Taylor.

Y con eso, desapareció. Fliss tuvo que enfrentarse a la evidente irritación de su padre. Apenas se había cerrado la puerta, cuando George Taylor preguntó encolerizado:

—¿Quieres explicarme qué hay entre ese hombre y tú? ¿Qué estaba haciendo aquí a las siete y media de la mañana? ¿Ha pasado aquí la noche?

—¡No seas ridículo!

—¿Qué tiene de ridículo? No he oído ningún coche, y tú no estás vestida para recibir visitas.

Fliss dejó escapar un exasperado suspiro, pero antes de poder responder la puerta se abrió de nuevo y Amy entró seguida de Harvey, el perro de su abuelo.

—¿De verdad vamos a ir a la playa con Quinn? Me ha dicho que tú has dicho que sí.

—Amy…

—Tu madre ha perdido el juicio —dijo el abuelo, furioso—. Nunca he querido que fueras a trabajar para él, pero dejar que se relacione con tu hija…

—Es muy simpático —protestó Amy, desafiante—. Ayer estuve

toda la mañana hablando con él. Y además, yo le caigo bien.

—¿Cómo que estuviste hablando con él? —el padre de Fliss volvió la cabeza hacia su hija—. Creía que me habías dicho que había estado jugando en el jardín, como cuando trabajabas para el coronel...

—No siempre jugaba en el jardín —lo interrumpió Amy, rápidamente, inconsciente de que estaba empeorando las cosas aún más. Su abuelo siempre había tenido celos de los ratos que la niña pasaba con el anciano coronel—. También jugábamos dentro a...

—Cállate, Amy —ordenó su abuelo, ya había escuchado bastante —. Bien, Fliss, estoy esperando una respuesta.

—No estás hablando con Amy, papá —le espetó Fliss—. Amy estuvo ayudando al señor Quinn a desembalar unos libros, eso fue todo.

—¿Y la dejaste sola con ese hombre? ¿Con un hombre que casi no conoces? Creía que tenías más sentido común.

Fliss miró a su padre estupefacta, pero antes de continuar con aquella desagradable conversación le dijo a su hija que fuera a vestirse.

—¿Vamos a ir a la playa, verdad, mamá? —preguntó Amy, desde la puerta—. No vas a decir que no sólo porque el abuelo esté enfadado, ¿verdad?

—Ve a vestirte, por favor —repitió Fliss con total seriedad.

En cuanto Amy desapareció por las escaleras, Fliss se volvió a sacar la leche de la nevera y dijo:

—¿Por qué eres tan horrible con este asunto? ¿Qué he hecho para hacerte pensar que no sé cuidar de mi hija y de mí?

Su padre apartó una silla de la mesa y se sentó.

—¿Cómo puedes preguntarme eso?

—Tenía dieciséis años, papá —dijo ella, tratando de contenerse—. Creía que eso ya estaba superado.

—Lo está —musitó él, dejando la taza en la mesa—. Pero, maldita sea, Fliss, ya te he dicho lo que dicen de ese hombre.

—¿Y qué es lo que dicen?

—Que desde que volvió de Abuqara ha tenido muchos problemas mentales.

—¿Qué clase de problemas mentales?

—No lo sé. Dios sabe cómo estaba cuando volvió.

—Eso son sólo rumores y cotilleos.

—Tú misma dijiste que se fue de Londres porque necesitaba espacio —le recordó su padre—. Además, no quiso volver a trabajar en la cadena de televisión donde lo hacía antes.

—A lo mejor quería un cambio.

—Sí, pero nadie deja la oportunidad de un trabajo tan bueno como ése —aseguró él—. Al menos nadie en su sano juicio.

Fliss sacó una barra de pan de la manera.

—Quizá porque quiere hacer otra cosa.

—O quizá porque sabe que ya no puede hacerlo —le espetó su padre—. Madura un poco, Fliss. Ese hombre se ha vuelto loco y si no te das cuenta no tienes derecho a tener la responsabilidad de una niña tan impresionable como Amy.

Capítulo 10

MATT no estaba seguro de que Fliss aceptara la invitación. Era evidente que a su padre no le había hecho ninguna gracia encontrarlo allí, y no había duda de que ejercía una gran influencia en la vida de su hija.

Por eso su sorpresa fue mayúscula al ver a Amy y a su madre aparecer en la puerta de su casa menos de una hora después con mochilas y una nevera portátil. Las mejillas de Fliss estaban encendidas, y Amy parecía más callada que de costumbre. Matt se preguntó qué habría ocurrido tras su partida.

—Hola, Quinn —como siempre Amy fue la primera en hablar—. ¿Está listo?

—Enseguida —dijo, los ojos en la cara de Fliss.

—Hemos venido andando —explicó ella, un poco avergonzada ante la admisión—. Mi padre ha decidido que hoy necesitaba el coche.

—No importa. Podemos ir en el mío. Pasad. Hay café recién hecho. Sírvete una taza mientras me calzo.

—¿Queda limonada de la de ayer? —preguntó Amy, dejando la mochila en el suelo.

—La limonada se terminó ayer —respondió Matt, sonriendo.

—Acabas de desayunar —dijo Fliss siguiendo a su hija al interior de la cocina.

—Pero tengo sed —protestó Amy.

Matt abrió la nevera y sacó una lata de refresco, que dio a la niña. Esperando que eso le diera la oportunidad de hablar en privado con Fliss un momento, le hizo una indicación con la cabeza y los dos fueron a una esquina.

—¿Todo bien?

—Más o menos, supongo —dijo ella, dejando la mochila en el suelo.

Sin pensarlo, Matt se encontró mirándola de nuevo al pecho. Haciendo un esfuerzo, apartó los ojos y dijo lo primero que le vino a la cabeza.

—A tu padre no le caigo bien, ¿verdad?

—No lo conoce.

—Tú tampoco.

Fliss desvió la vista.

—Lo conozco lo suficiente.

—¿Eso crees?

—Sí.

Fliss bajó la cabeza, y la melena cobriza le cubrió parte de la cara.

Matt deseó alzar una mano y apartarle el pelo rizado para poder ver su expresión. Pero Amy los estaba observando por encima del borde del vaso, y se reprimió.

—¿Qué pasa?

Amy rompió el tenso silencio que se había hecho entre los dos.

—Nada —dijo Matt—. Iré a buscar mis zapatos.

Poco después, estaba sacando el todoterreno del garaje. Indicó a Fliss y a Amy que se montaran mientras él cerraba la puerta de la casa con llave. Pero mientras lo estaba haciendo, sonó el teléfono.

Maldiciendo, abrió la puerta de nuevo para ir a contestar cuando se le ocurrió que podría ser Diane y volvió a cerrar la puerta con determinación. No tenía ni tiempo ni ganas de hablar con ella. Agarró la bolsa de deportes donde llevaba la toalla y unas latas de bebida y bajó corriendo las escaleras hacia el coche.

—¿No era su teléfono? —preguntó Fliss, cuando él se sentó a su lado detrás del volante.

—¿Y?

—¿Y no va a contestar?

—En otro momento —respondió él, restándole importancia—. ¿Adónde vamos?

Fliss lo miró con curiosidad, pero fue Amy quien respondió.

—Normalmente vamos a Cobbleton, ¿verdad, mamá? —explicó la niña, echándose hacia delante —. Mi madre sabe por dónde se va.

—Seguro que el señor Quinn también —dijo Fliss—, los padres de su prometida viven en el pueblo.

—¿Qué es una prometida? —preguntó inocentemente Amy desde el asiento de atrás.

—No tengo ninguna prometida —respondió Matt furioso, maldiciendo el momento en que había sonado el teléfono en su casa —. ¿Por dónde? —preguntó, cuando llegaron al cruce de carreteras en las afueras del pueblo.

—Cobbleton está por ahí —le indicó Fliss, con un gesto, la cara seria.

Durante un rato viajaron en silencio. Matt estaba furioso. La razón por la que no había contestado el teléfono no tenía nada que ver con ella. Porque ése era el motivo de su enfado. Lo sabía. ¿Pensaba que podría haber sido Diane? Por supuesto que sí. Pero ¿por qué la preocupaba tanto lo que dijera Diane cuando a Diane le importaba bien poco lo que pensaba ella?

Incluso Amy había quedado en silencio, y él estaba seguro de que se debía a la dureza en el tono de su voz al responder a su madre.

Decidió que no iba permitir que el incidente les estropeara el día, y mirando por encima del hombro a la niña le pidió que le hablara sobre Cobbleton.

—Es una playa muy pequeña —explicó Amy—. Pero a nosotras nos gusta, ¿verdad, mamá? Vamos muchas veces.

—¿Y van muchos turistas? —preguntó Matt, concentrándose en la carretera.

—A veces —dijo Arny—, pero nosotras siempre vamos a la playa, ¿verdad, mamá?

Fliss se encogió de hombros con indiferencia y Matt tuvo que reprimir una maldición. Si sólo pensaba hablar cuando le preguntaran algo y responder con monosílabos, iba a ser una excursión inolvidable. ¿No se daba cuenta de que él también estaba haciendo un esfuerzo?

—¿Os bañáis? —preguntó él, mirando a Fliss directamente a la cara.

—Se puede, si quiere.

—No es eso lo que he preguntado.

—Si voy sola con Amy, no —respondió por fin Fliss—. Sabe nadar, pero el mar enseguida se hace profundo y me da miedo no poder sacarla si le pasa algo.

—Ah. ¿Y no hay socorristas?

Fliss le dirigió una mirada cargada de incredulidad.

—¿En Cobbleton? Es un pueblo de pescadores, señor Quinn.

—Llámame Matt —dijo él—. Y hay socorristas en muchas playas.

—Claro, seguro que usted conoce muchas.

Matt miró a Amy por el espejo retrovisor, y vio que la niña estaba entretenida contemplando el paisaje. Entonces intentó de nuevo hablar con Fliss.

—No sé qué te contó Diane, pero ella y yo no estamos prometidos. Nunca lo hemos estado, y no creo que lo estemos nunca.

—Eso no es asunto mío —dijo ella, volviendo la cara hacia la ventanilla.

—No, claro —murmuró él—. Por eso te has quedado tan callada, ¿no? ¿0 ha sido porque no he contestado al teléfono? Perdona, pero creía que eso era asunto mío, no tuyo.

Matt sabía que su comentario era imperdonable. No tenía que ver las manchas del rubor que cubrieron las mejillas femeninas para darse cuenta de que la había ofendido una vez más, y se maldijo para sus adentros.

—¿Quieres que volvamos? —preguntó él.

Estaba demasiado cansado de luchar contra sus propios demonios para luchar también contra los de ella. 0 quería pasar el día con él, o no. La decisión estaba en sus manos.

Fliss permaneció en silencio unos momentos, y él ya estaba buscando un lugar donde dar la vuelta cuando la oyó decir en voz baja:

—¿Y tú?

El tuteo lo sorprendió.

—¿Yo?

—Sí, tú —murmuró ella—. Tienes razón. Lo que tú hagas no es asunto mío. No tengo derecho a interferir. Y menos después de haber sido tan amable e invitarnos a la playa.

Matt sacudió la cabeza.

—No digas eso. He estropeado tu salida con Amy, y supongo que tu padre no hubiera necesitado repentinamente el coche si yo no me hubiera apuntado a la excursión.

—Probablemente no —dijo ella, nerviosa, echando un vistazo al asiento de atrás.

Pero Matt podía ver a la niña por el espejo retrovisor, y no parecía estar escuchándolos.

—Lo siento —dijo ella.

—Eh, estoy acostumbrado —repuso Matt—. La prensa pasó de repetir todas mis palabras con adoración a escribir reportajes sobre mi presunta enajenación mental cuando empecé a rechazar entrevistas.

—¿Publicaron mentiras sobre ti?

—No hay que publicar una mentira para no decir la verdad o insinuar algo que no es cierto —le aseguró él—. Como todo lo que se escribió sobre mi supuesto trauma cuando volví.

—Pero estar traumatizado no significa ser mentalmente incompetente —observó Fliss, frunciendo el ceño.

—No, pero se puede argumentar que depende del grado de trauma, y mucha gente lo cree —explicó Matt, apretando las manos sobre el volante de piel—. Yo también lo aceptaría si no conociera de primera mano ese tipo de periodismo manipulador.

De soslayo, Matt vio cómo Fliss se mordía el labio inferior, y la respuesta física de su cuerpo lo pilló totalmente desprevenido. Eso no era lo que tenía en mente cuando las invitó a pasar el día en la playa, y era inquietante comprobar que ella seguía teniendo un poderoso efecto sobre él.

—Tuvo que ser una experiencia terrible —observó ella.

—Sí —reconoció él, y como necesitaba que alguien entendiera su dilema, continuó hablando—. En realidad la culpa la tuve yo. Quería un reportaje y supongo que jamás se me ocurrió que me tomarían por un espía. ¿Yo? ¿Un espía? Menuda ridiculez.

—Oh, no sé —dijo Fliss, mirándolo pensativa—. La primera vez que te vi me pareciste... no sé, diferente.

—¿Diferente? ¿En qué sentido?

—No sé, como peligroso —admitió ella, casi a su pesar—. Es por el pelo, creo. Lo llevas muy corto.

—Ah.

Matt se pasó los dedos por el pelo, absorbiendo la confesión. Era

tranquilizador saber que su aspecto no era el del pelele que él se sentía.

—El caso es que ésa fue su excusa para hacerme prisionero, y cuando fui incapaz de responder a sus preguntas, se... se enfadaron.

Fliss miró a Amy, pero él supo que ella sabía exactamente a que se refería. Y se dio cuenta, para su sorpresa, que hablar sobre lo ocurrido era liberador.

—¿Y cómo... cómo te escapaste? —preguntó ella, nerviosa.

Después de todo, sabía que él nunca había hablado de su experiencia públicamente.

—Uno de los capitanes rebeldes me facilitó un jeep para huir —dijo él. Y después, haciendo un gran esfuerzo, añadió—: Me salvó de un destino peor que la muerte.

—¡Dios mío! —exclamó Fliss. Lo miró en silencio un momento, y después estiró la mano y la puso en su rodilla—. Lo siento. No me extraña que estuvieras traumatizado al volver.

—¿Qué es traumatizado? —preguntó Amy echándose hacia delante, apoyando una mano en cada respaldo delantero.

Matt se preguntó cuánto habría escuchado o entendido la niña. Probablemente no mucho, pensó. Estaba agradecido a Fliss por haberlo escuchado y comprendido. Tenía la sensación de que ninguna otra mujer de su entorno habría reaccionado tan positivamente.

—Traumatizado significa deprimido —explicó Fliss—. El señor Quinn me estaba contando de alguien que había escrito mentiras sobre unas personas que estaban enfermas.

—¿De verdad?

Amy no sonaba demasiado interesada, y Matt sonrió a la madre.

—Gracias —dijo—. Por eso y por no juzgarme.

A pesar de la adversa manera en que había comenzado el día, lo pasaron bien. Matt se había ido relajando paulatinamente y los tres disfrutaron de un día de playa y de su mutua compañía. Cuando Amy quiso bañarse, fue Matt quien la acompañó al agua, olvidando por un momento que quitarse la camiseta significaba exponer públicamente las cicatrices que cubrían su espalda. Pero ¿qué demonios? No podía pasar el resto de su vida escondiéndose.

Claro que no tuvo en cuenta a Amy, y aunque caminaron juntos hasta la orilla, en cuanto él se zambulló en las olas, la niña pudo ver su espalda a la perfección.

—¿No entras? —le gritó él, al ver que se había quedado justo en la orilla.

Amy se limitó a negar con la cabeza, y él se dio cuenta de que le ocurría algo. Fuera lo que fuera, tenía que hacer algo. Si a Amy la afectaban sus cicatrices, tenía que solucionarlo con ella. Caminando entre las olas, se acercó a la orilla.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—No me apetece nadar —dijo la niña, como sin importancia—. Me voy con mamá.

—¡Espera! —Matt no tenía experiencia en asuntos de ese tipo, pero su instinto le dijo que podía hacerlo—. ¿Estás molesta conmigo?

—No.

Pero Amy no se atrevía a mirarlo y él supo por qué.

—¿Son las cicatrices de mi espalda?

—No —Amy le dirigió una mirada cargada de indignación—. Es que no tengo ganas de nadar.

—Está bien —dijo Matt, encogiéndose de hombros—. Entonces tendré que nadar solo.

Matt le dio la espalda, pero aún no había dado más de un par de pasos cuando Amy habló de nuevo.

—¿Qué le ha pasado a su espalda? ¿Ha tenido un accidente?

Matt se volvió hacia ella.

—No. Las personas que me encerraron en la cárcel pensaban que yo era una persona mala y me... castigaron.

Amy abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Le duele?

—Ahora ya no. Me advirtieron que no me alejara del hotel, pero yo me creí más listo y quise conseguir una entrevista con un hombre que aparentemente tenía contacto con las fuerzas rebeldes —le explicó —. Y los tenía. Para cuando me di cuenta de lo estúpido que había sido, ya era demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde para qué?

—Creo que ya es suficiente, Amy —murmuró una suave voz a su lado, y Matt se dio cuenta de que al concentrarse en la niña no había reparado en que Fliss estaba junto a ellos.

Fliss lo estaba mirando con esa mezcla de pesar y comprensión en los ojos que él ya había visto antes, y Matt se preguntó por qué le resultaba tan fácil hablar con ella y con su hija cuando le era prácticamente imposible hacerlo con nadie más.

Capítulo 11

REGRESARON a Mallon's End por la tarde. Amy estaba cansada y a Fliss no la sorprendió comprobar que se había quedado dormida en el asiento de atrás.

Hicieron el viaje de regreso prácticamente en silencio, pero un silencio relajado que en nada se parecía a la tensión del viaje de ida. El hecho de que Matt le hubiera confiado sus experiencias había sido muy importante. Se le ponía la carne de gallina sólo de pensar lo que él había debido de sufrir, y sospechaba que si Amy no hubiera estado con ellos, la atracción que sentía por él hubiera podido meterla en otras dificultades. No había duda de que había habido momentos en que la tensión entre ellos era casi palpable.

En el fondo se alegraba de no haber llevado el bañador. Su biquini, que tenía desde hacía demasiados años, sólo habría acentuado los kilos de más que había ganado desde el nacimiento de Amy. No, no tenía cuerpo de modelo, y nunca lo tendría.

Después de comer fueron a dar un paseo por los acantilados, y Matt entretuvo a Amy contando la historia de los barcos piratas que solían patrullar las costas inglesas buscando jóvenes a las que después vendían como esclavas en el norte de África.

—¿Como le pasó a usted? —preguntó Amy, ingenuamente.

Matt intercambió una sarcástica mirada con Fliss.

—Más o menos —dijo.

Y Fliss quedó con la impresión de que había un aspecto de su cautiverio del que aún no podía hablar.

Poco después de las cinco de la tarde llegaron al pueblo, y en lugar de llevarlas a casa Matt condujo directamente a la suya.

—Amy sigue dormida —dijo él—. Es una lástima despertarla.

Con una indicación la invitó a entrar en la casa.

—Aquí estará bien —le aseguró él en voz baja—. Dejaré las puertas abiertas para que nos encuentre enseguida cuando se despierte.

Entraron en el salón recién amueblado con un par de espaciosos sofás de piel colocados delante de la chimenea que encajaban perfectamente con el estilo de la casa y las amplias habitaciones.

—Siéntate —dijo él, indicándole uno de los sofás y desapareciendo antes de que ella pudiera responder.

Pero Fliss estaba demasiado nerviosa para relajarse. Se acercó a las ventanas, y al pasar por delante del espejo alargado que había junto a la chimenea, vio su cara reflejada en él.

Aunque no se ponía morena, se le quemaba enseguida la piel, y

ahora tenía la cara roja como un tomate, que contrastaba con su melena pelirroja y el rosa de su camiseta y pantalones cortos.

Todavía estaba mirándose en el espejo, lamentando su aspecto, cuando la imagen de Matt apareció detrás de ella. Había dejado la bolsa, pero no se había cambiado de ropa.

Fliss se habría apartado del espejo, pero el marco sólido del cuerpo masculino se lo impidió. Además, era inútil fingir que no se había estado mirando. El ya la había visto.

—¿Qué ocurre? —preguntó él.

—No hace falta preguntarlo —exclamó ella, señalándose la cara —. ¿Por qué no me lo has dicho?

—¿El qué? ¿Qué tienes aspecto de haber pasado un maravilloso día en la playa? —preguntó él, suavemente—. Deja de castigarte. Yo te veo bien.

—Eso es porque no me miras como... como un hombre mira a una mujer —le espetó ella, segura de que no habría sido tan valiente de no estar de espaldas a él y hablando únicamente a su reflejo en el espejo

—¿Cómo te miro? —preguntó él, en un tono peligrosamente suave.

Fliss se movió incómoda, casi imperceptiblemente.

—Ya sabes —protestó—. Creo que te caigo bien pero... no te atraigo.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Oh... —Fliss sacudió la cabeza y fue a apartarse del espejo, pero la mano de Matt en su hombro la mantuvo donde estaba—. No importa. De todos mo dos, a mí tampoco me atraes tú.

—¿No?

¿Se estaría dando cuenta él de la mentira?

—Ya.

Matt no dijo más, pero no retiró la mano de su hombro. En lugar de eso, recorrió con el dedo el pronunciado escote de la camiseta mientras la otra mano rodeaba casi experimentalmente la cintura desnuda.

Las manos de Matt estaban frías y secas, pero a ella le quemaban la piel, y provocaban pequeños calambres eléctricos por todo su cuerpo.

A través de la neblina de deseo que estaba naciendo en ella, Fliss consiguió emitir unas palabras.

—¿Por qué no vas a cambiarte? —sugirió, esperando que él entendiera la indirecta y dejara de atormentarla.

Porque eso era lo que él estaba haciendo. Estaba segura. Era la forma de demostrar que ella había mentido al decir que no se sentía atraída por él.

—¿Por qué? ¿Huelo? —preguntó él, bajando la cabeza.

Oh, sí. Fliss tragó el nudo que tenía en la garganta. Olía a sal, a calor, a piel secada al sol, todo ello envuelto en una provocadora fragancia de fuerza y virilidad.

—Será mejor que vaya a despertar a Amy —insistió ella, esperando que el nombre de su hija le hiciera recuperar el juicio—. Si no, esta noche no podrá pegar ojo.

—Yo tampoco —susurró él, con aquel tono bronco y grave que tanto excitaba sus sentidos—. Pero no dejes que eso te preocupe.

Fliss sentía todo el cuerpo ardiendo, vivo y latiendo de deseo. Cuando las caderas masculinas la rozaron, sintió la urgente necesidad de apretarse contra él. Pero ¿qué haría si descubría que él estaba tan excitado como ella? No tenía experiencia en el campo de la seducción.

En cualquier caso, eso nunca sucedería, se aseguró para sus adentros. Él sólo estaba jugando con ella. Provocándola, tentándola, ése era su objetivo. Quería que ella supiera qué era lo que faltaba en su vida. Como si no lo supiera.

Entonces, la lengua de Matt dibujó la línea de su cuello detrás de la oreja, y después descendió hasta el hombro. Fliss sintió que se le contraía el estómago. De pie delante del espejo, veía con toda claridad lo que él le estaba haciendo.

—¿Por qué... por qué estás haciendo esto?

Matt se lamió los labios por un momento antes de responder.

—¿No te gusta? —preguntó roncamente.

—Eso es lo de menos —dijo ella, siguiendo con los ojos los dedos que tomaban posesión de su estómago, el pulgar en la sensible hendidura de su ombligo—. No... no deberías.

—Probablemente no —accedió él, tras un momento—. Había olvidado lo maravilloso que es estar con una mujer de verdad.

Sí, seguro. Fliss no se lo creyó ni por un momento. Matt seguía saliendo con Diane.

—Matt, por favor —susurró ella, apenas reconociendo el tono suplicante de su voz.

Sin dejar de mirarla a los ojos en el espejo, Matt le mordió el cuello y succionó la suave carne. Fliss sintió que le flaqueaban las piernas. ¿Acaso no se daba cuenta de lo que le estaba haciendo? ¿No notaba que casi no podía controlarse? Sentía las manos de Matt recorriendo su cuerpo, su pecho, hasta encontrar el pezón erecto y acariciarlo con los nudillos. Una debilitada oleada de calor se apoderó de ella y tuvo que reprimir los gemidos de placer que amenazaban con traicionar su deseo.

Cerró los ojos casi instintivamente. No tenía experiencia y no quería ver que se estaba comportando como una tonta. Él ni siquiera la había besado, y ella ya estaba pensando en mucho más. Quería... no sabía exactamente qué era lo que quería, pero la imagen de Matt

desnudo en su cama sirvió en parte para proporcionarle una respuesta.

—Abre los ojos —le susurró él, acariciándole el oído con los labios. Ella obedeció—. Así está mejor —murmuró él, deslizando las puntas de los dedos bajo el dobladillo de la camiseta—. Es más divertido cuando me miras.

¿Divertido? Fliss contuvo el aliento. ¿Eso era lo que pensaba él? ¿Acaso no se daba cuenta de que todas las células de su ser estaban gritando de deseo?

Notó que Matt empezaba a desabrocharle lentamente los botones del pantalón, pero no pudo terminar. No fue necesario. Ella se adelantó, y cuando él deslizó la mano en la unión de sus piernas y la tomó en su palma, estuvo a punto de tener un orgasmo en ese mismo momento.

Pero no podían seguir. Si Amy despertaba e iba a buscarlos... mejor no pensarlo. Fliss le sujetó la mano con las dos suyas y la apartó.

—No —dijo bruscamente—. No podemos hacer el amor.

—¿No? —él alzó la cabeza y la miró—. Creía que era lo que estábamos haciendo.

—No lo entiendes. Amy podría despertarse.

—Lo sé. Deja que yo me preocupe por Amy.

—No —Fliss tragó saliva—. Esto está mal.

—¿Tú crees? —susurró él, burlón—. Hace un momento parecías disfrutar.

—¡Matt!

—¡Fliss! —la imitó él, sarcástico—. Deja de preocuparte. No estamos haciendo daño a nadie.

—¿Cómo puedes decir eso?

Fliss giró la cabeza para mirarlo y se encontró cara a cara con él, con las bocas a sólo unos centímetros, y antes de que pudiera volver la cabeza de nuevo, él cubrió sus labios con los suyos.

Fue un beso húmedo y caliente, un encuentro de labios y lenguas, una invasión sensual que ella no tuvo voluntad para resistir. Tenerlo tan cerca, respirando su aliento, absorbiendo su calor, era un placer salvaje. En su mente, danzaban imágenes de sus cuerpos desnudos entrelazados en la cama... anticipando lo satisfactorio que sería tener a Matt no sólo en sus brazos, sino dentro de su cuerpo.

La boca de Matt abandonó la suya por fin y ella quiso protestar. Pero Matt volvió a girarla hacia el espejo y enterró la cara en el hueco del cuello femenino. Fliss sintió que Matt estaba luchando contra sus propias necesidades, y de repente recordó que cada minuto que pasaba había más probabilidades de que Amy los interrumpiera.

En ese momento el reflejo de su imagen en el espejo la sorprendió. Apenas se reconocía. Le ardían las mejillas, pero la piel

enrojecida se extendía también por el cuello. Tenía la boca hinchada, y una marca claramente visible en el cuello donde Matt la había mordido. ¿Cómo diablos iba a explicar eso?

Amy se daría cuenta enseguida. Y si se lo mencionaba a su abuelo...

El sonido del teléfono interrumpió sus pensamientos. Y también la sensual exploración de su hombro de Matt, que alzó la cabeza y buscó la mirada de Fliss en el espejo.

—¿Qué ocurre?

—Suena el teléfono —dijo ella, apartándose.

—Sí, lo he oído.

Fliss apretó los labios. No iba a decirle que debía contestar, se dijo en silencio con firmeza, pero algo debió de reflejarse en sus ojos porque Matt la miró un poco tenso.

—¿Qué? ¿Qué?

—Nada —murmuró ella, reparando en que llevaba el pantalón desabrochado. ¿Qué había pasado?

—Será mejor que vaya a buscar a Amy. Es tarde.

—Te pasa algo —dijo él, obstinado—. Antes de que ese maldito trasto empezará a sonar... —miró furioso hacia el vestíbulo donde estaba el teléfono—. Cállate, ¿quieres?

La inesperada interrupción del sonido fue casi ensordecedora y Fliss se pasó una mano nerviosa por la cintura. Inmediatamente, recordando que Matt había hecho exactamente lo mismo, se metió las manos en los bolsillos.

—Qué alivio —susurró ella, con la esperanza de no iniciar otra discusión—. Debes de tener poderes sobrenaturales.

—Desde luego contigo no, ¿no? —le espetó él. Espero unos segundos, pero al no obtener respuesta, añadió—: ¿has vuelto a dejar de dirigirme la palabra?

—Por supuesto que no —suspiró ella.

—¿Entonces qué te preocupa?

—¿Aparte de que debería tener más sentido común para no seguir con esto? —preguntó ella, en tono de broma, aunque a él no pareció hacerle ninguna gracia.

—¿Estás sugiriendo que lo hemos hecho en contra de tu voluntad?

—No...

—Vaya, gracias.

—Pero los dos sabemos que sólo estás divirtiéndote a mi costa.

—¿Los dos?

Fliss lo miró con exasperación.

—¿Tengo pinta de haberme caído de un guindo?

—¿Qué quieres decir?

—Mírame, Matt. Mírame bien. Y ahora dime que no sabes de qué estoy hablando. Te puedo resultar divertida, pero desde luego no soy del tipo de mujer por quienes los hombres se sienten irresistiblemente atraídos.

—Los hombres como yo, ¿te refieres? No te subestimes.

—Y tú no me subestimes a mí —le espetó ella, furiosa—. Lo que ha ocurrido aquí... ha sido toda una experiencia. Pero pronto vendrá Diane...

—Deja a Diane fuera de esto.

—¿Me tomas por tonta? Te has peleado con Diane, probablemente por haber comprado esta casa, y has decidido tener un revolcón con tu señora de la limpieza.

Matt la miró consternado.

—¿De verdad piensas eso? ¿Eso es lo que piensas de mí?

No era lo que ella pensaba de él, pero Fliss se consoló pensando que la vanidad de Matt era mucho menos vulnerable que la suya.

—¿Qué importa lo que yo piense? —preguntó, cansada.

En ese momento, el teléfono empezó a sonar otra vez, y Fliss hizo un gesto de derrota.

—Venga. Contesta. No colgará hasta que lo hagas.

Capítulo 12

AMY no dejó de protestar durante todo el camino de regreso a casa. No le había gustado nada que su madre la despertara, y no entendía por qué no podía entrar a despedirse de Matt..

—¿No podemos ir un momento a darle las gracias?

—Hoy no —respondió Fliss, llevando a su hija por el sendero que conducía a la cancela del jardín de la iglesia—. Además, está ocupado. Está hablando por teléfono.

Desafortunadamente en ese momento, la niña decidió mirar a su madre para expresar su disgusto y fue cuando vio la marca morada que Matt había dejado en el cuello de Fliss. Amy contuvo un gritito.

—¿Sabes que tienes un moratón enorme en el cuello?

Fliss se llevó automáticamente la mano a la zona para cubrir la marca que había dejado la boca de Matt, y se alegró de que su cara no pudiera ponerse más roja de lo que estaba.

—Oh, algo me habrá mordido —exclamó, y prefirió no pensar en la ironía de sus palabras. Consciente de que no podía permitir que Amy entrara en casa con la noticia de que algún monstruoso insecto había mordido a su madre, añadió—: y preferiría que no le dijeras nada al abuelo.

—¿Por qué?

¿Cómo que por qué? Fliss reprimió un gemido de histeria. ¿Cómo tenía que responder a eso?

—Pues por qué no queremos preocuparlo, ¿verdad? —cosa que era verdad, añadió para sus adentros—. No le ha hecho mucha gracia que fuéramos a la playa. Y no queremos darle más motivos para... para...

—¿Para protestar? —sugirió Amy, con astucia.

Lo único que pudo pensar Fliss era que su hija estaba creciendo muy deprisa.

—Más o menos —dijo—. Y hoy hemos pasado un día maravilloso, ¿verdad?

—Ya lo creo —asintió Amy—. Quinn me cae muy bien, ¿y a ti?

—El señor Quinn —lo corrigió su madre.

—Tú lo llamas Matt.

—No es verdad.

—Sí que es verdad. Hoy lo has llamado Matt.

Fliss suspiró y tuvo que rendirse a las palabras de su hija. No se le escapaba nada.

—Está bien, pero de todos modos no importa. Acuérdate, no le digas nada al abuelo sobre mi... mordedura.

—Vale.

De todos modos, George Taylor no estaba en casa, y Fliss aprovechó para darse una ducha y cambiarse de ropa, mientras Amy se tumbaba delante del televisor.

Después de marcharse y untarse crema por todo el cuerpo, Fliss eligió un jersey del cuello alto que cubría por completo la marca de Matt en su cuello, a pesar del calor que hacía, y unos pantalones largos.

Estaba en la cocina terminando de preparar la cena cuando su padre volvió del paseo con Harvey y unas cervezas en el pub local. A pesar de la hostilidad reflejada en la expresión de su cara y en el torno de su voz, Fliss prefirió ignorarlo y procuró actuar como si no hubiera pasado nada.

—¿Has tenido un buen día? —le preguntó cuando se sentaron a la mesa.

—¿Te importa? —respondió él, con un bufido.

—Claro que me importa.

—Pero no lo suficiente como para rechazar la primera invitación que te hacen —le respondió él, dolido—. A pesar de que sabes perfectamente que no apruebo tu relación con ese hombre.

Fliss suspiró.

—Tengo que tomar mis propias decisiones, papá —dijo, sin levantar el tono de voz—. El señor Quinn me cae bien. Y a Amy también.

—Y con eso basta, ¿no, Felicity? No sabes nada de él. ¿Por qué su opinión es más importante que la mía? Además, ya sabes que está prometido a Diane Chesney.

—¡Eso no es verdad! —exclamó Fliss, y al instante se arrepintió de no haber sido capaz de controlar su , reacción.

—Ya veo que te lo ha negado —comentó George Taylor, frunciendo los labios con desprecio—. No puedo evitar preguntarme en qué circunstancias se ha podido expresar una confidencia tan íntima.

Fliss apretó los labios, pero no podía dejar que su padre pensara lo peor.

—Esta mañana cuando salíamos de su casa ha sonado el teléfono —dijo ella a la defensiva—. Yo comenté que probablemente era su prometida. Y él me dijo que no tenía ninguna prometida.

—Y lo has creído, por supuesto.

—Diga lo que diga, le encontrarás una u otra pega —dijo Fliss, sacudiendo la cabeza, sin querer saber qué pensaría su padre si supiera lo que habían estado haciendo desde su regreso—. ¡Amy, a cenar!

Durante la cena, el abuelo no dejó de hacer preguntas a su nieta sobre la excursión a la playa. Amy le contó encantada que primero habían estado bañándose, y después habían ido a comer a McDonald's.

—Por eso debe de ser que tu madre no tiene ganas de cenar —comentó el abuelo—. Seguro que no tiene hambre. O quizá tiene mucho calor. No estamos en época de jerséis de cuello alto y pantalones vaqueros.

Fliss se tensó.

—Me he quemado y me he puesto mucha crema —intentó explicar Fliss, aunque sus palabras no sonaron muy convincentes a los experimentados oídos de su padre.

—Y el señor Quinn —continuó la niña, entusiasmada—, tiene unas marcas horribles en la espalda que le hicieron cuando estaba en la cárcel. A mí al principio no me han gustado, pero él me ha dicho que...

—¡Amy!

La exclamación de la madre unida a la severidad de su mirada hizo callar inmediatamente a la niña.

—Sólo estaba siendo sincera —dijo George Taylor, dando unas palmaditas en la mano de su nieta. Y mirando a su hija añadió—: Espero que te hayas puesto bastante crema en el cuello y los brazos. Ya sabes lo sensible que tienes la piel.

El lunes por la mañana Matt se despertó con resaca, lo que no era de extrañar teniendo en cuenta que la noche anterior había bebido casi una botella entera de whisky.

Pero el domingo había sido un día terrible. Se despertó antes del amanecer, empapado en sudor, con los restos tangibles del sueño erótico que había tenido en su cuerpo. Estaba medio excitado, pero sabía que en su estado aquello no significaba nada. Las erecciones matinales eran cosa del pasado, y cuanto antes lo aceptara mejor. Además, su intento de seducir a Fliss la tarde anterior no había conseguido más que deprimirlo aún más.

Por eso había pasado el domingo por la mañana trabajando en el jardín. Con un viejo cortacésped que encontró en el garaje, logró cortar las hierbas de la parte frontal de la casa. Aunque no quedó perfecto, al menos había servido para satisfacer su necesidad de actividad. Después, con una pala y un rastrillo, se dedicó a recoger las malas hierbas. Por eso, a la hora de comer, le temblaban las piernas de agotamiento, y ni siquiera un baño de agua caliente logró mitigar el dolor de la espalda y los muslos. Pero al menos el dolor era físico, algo a lo que podía enfrentarse. No una ridícula ilusión de sus deseos.

Diane lo llamó por la tarde y él tuvo que responder. No podía seguir ignorando el teléfono, pero al descolgar deseó que fuera su madre. No tuvo esa suerte y no le quedó más remedio que escuchar

los reproches de Diane, que lo había llamado varias veces el día anterior.

—Fui a dar una vuelta a la playa —dijo por fin él, ante su insistencia, sin mencionar a Fliss.

—¿A la playa? —se burló ella—. Cariño, si quieres ir a la playa, toma un avión y ve a Cannes o a Saint Tropez, no a un pueblucho de mala muerte en la costa del sur. Oye, ¿por qué no vamos el fin de semana a Cannes? Seguro que a Hugh no le importa dejarnos su barco. Y así se dará cuenta de que no hablabas en serio cuando le dijiste que pasabas del trabajo.

—Sí que hablaba en serio —dijo Matt—. Además, no le dije que pasaba del trabajo.

Hugh Gregory había sido su jefe en el canal de televisión donde trabajaba y todavía mantenían una buena amistad.

—En cualquier caso, no me apetece nada volar a Cannes. Estoy contento aquí.

—Pues si esperas que me pase la vida haciendo pasteles para la parroquia u organizando recaudaciones benéficas, estás muy equivocado.

—En otras palabras, no quieres ser como tu madre —observó Matt.

Diane reaccionó con la vehemencia que era de esperar en ella.

—No, por supuesto que no. Y tampoco quiero ser como esa Fliss Taylor —hizo una pausa, como si el nombre hubiera desencadenado una especie de premonición extrasensorial—. A propósito, ¿la has vuelto a ver?

Matt suspiró. Podía mentir, pero ¿para qué?

—Trabaja para mí. Me extraña que tu madre no te haya dicho nada.

—¡Le has dado trabajo! Dios mío, Matt, ¿cómo has podido hacer eso? Ya sabes lo que pienso de ella.

Matt se reprimió para no decirle que le importaba un bledo lo que pensara de Fliss.

—Es una buena ama de llaves, Diane. ¿Por qué no iba a contratarla? Conoce esta casa mejor que yo.

—¿Crees que me importa que sea buena en su trabajo? —al otro lado del teléfono Diane echaba chispas—. Y pensar que ayer, cuando no contestabas al teléfono, casi tomé el coche para ir a ver si estabas bien. Pero me habría llevado un gran disgusto si Fliss Taylor hubiera estado ahí.

Él también, reconoció Matt para sus adentros, recordando lo que había estado haciendo la tarde anterior con Fliss. Aunque, pensándolo mejor, casi se hubiera alegrado. Habría sido más sencillo que seguir pretendiendo que Diane y él tenían un futuro juntos.

—Fliss no trabaja los sábados —dijo Matt, lo que era cierto.

Eso tampoco pareció tranquilizar mucho a Diane, aunque el tono de su voz cambió.

—Te echo de menos, Matt. Pero estoy empezando a pensar que no quieres saber nada de mí —dijo, en tono histérico—. Si no, querrías que fuera a verte. 0 querrías saber con quién he estado y qué he hecho.

Matt dejó escapar un suspiro.

—Está bien, cuéntame. Supongo que tiene algo que ver con la galería, ¿no? Diane titubeó unos segundos, pero como él esperaba, no pudo resistir la tentación de alardear de sus éxitos profesionales.

—Tony me invitó a Winchester a ver la colección Charteris en una exposición privada que organizó especialmente para mí. ¿No fue maravilloso por su parte?

—Maravilloso, sí —dijo Matt, burlón, que no tenía ni idea de qué era la colección Charteris.

Escuchó el soplido de Diane al otro lado de la línea.

—¿Lo ves? Mi trabajo no te interesa nada. Por eso quieres que lo deje y me encierre en Mallon's End contigo para siempre.

—Yo nunca te he pedido que dejes tu trabajo para venir a vivir aquí —respondió Matt, cansado—. Desde el principio te dejé claro que esto era lo que yo quería. Nada más.

—En otras palabras, que no te importo nada, ni yo ni nada de lo que hago —Diane hizo una pausa, y después continuó en tono desafiante—: Seguro que si te dijera que Tony y yo pasamos la noche juntos en Winchester, tú ni te inmutarías.

—Lo siento —dijo Matt, aunque su tono de voz no parecía sentir nada. Hizo una pausa—. ¿Y la pasasteis?

—¿Pasar el qué?

—¿Pasaste la noche con Tony? —repitió él.

Una vez más, Diane sonó muy ofendida al otro lado del teléfono.

—Por supuesto que no la pasé con él —le aseguró ella.

—¿No?

—No.

Matt decidió arriesgarse.

—Bueno, tampoco sería la primera vez, ¿verdad? —sugirió, en tono calmado—. No permaneciste célibe durante mi ausencia.

—¡Matt! —exclamó Diane, con voz horrorizada—. ¿Cómo puedes decir eso? Tu desaparición me destrozó. Pregúntale a tu madre. Ella te lo dirá. Ella era la única persona que podía entender cómo me sentía.

—Así que Corbett mintió.

—¿Tony? —Diane contuvo el aliento, sin comprender.

Matt eligió sus palabras con sumo cuidado.

—Me comentó que te había consolado —respondió, con

indiferencia—. Que acudiste a él cuando necesitabas… alivio emocional.

El silencio que se hizo al otro lado de la línea fue tan largo que Matt empezó a pensar que Diane había colgado el teléfono. Al final, ella explotó de ira.

—¡No finjas que te importa!

Y Matt supo que se había arriesgado con razón. Hacía tiempo que sospechaba que la relación entre Diane y su jefe había cambiado significativamente. Pero ésa era la primera vez que se le había presentado la oportunidad de confirmar sus sospechas.

—¿Cuándo te lo ha dicho? —quiso saber ella, furiosa—. Me juró… me juró que nunca haría nada que pusiera en peligro nuestra relación.

—Y no lo ha hecho —admitió Matt—. Creerás que tengo el cerebro inutilizado, Diane, pero no soy tonto. Corbett nunca me ha dicho nada.

—¡Eres un cerdo! —gritó ella.

Pero Matt no dejó que sus insultos lo afectaran.

—Los dos hemos buscado una forma de terminar esto, Diane —le dijo, suavemente—. Estuvo bien mientras duró, pero los dos estamos en otra cosa.

—Tú no estás en nada —repuso Diane, que se negaba a entrar en razón. Estaba dolida, y como un animal herido, continuó con su ataque desenfrenado—. Si no hubieras querido ser un héroe, no estaríamos en esta situación. Siempre he sabido que para ti un buen reportaje era mucho más importante que yo.

—Eso no es cierto.

—¿Ah, no? —Diane soltó una risita sarcástica—. No puedes reprocharme que tenga necesidades que sólo un hombre de verdad puede satisfacer.

Matt reprimió un gruñido.

—No te reprocho nada, Diane.

—¡Y no se te ocurra hacerlo! —Diane se sentía humillada—. Cúlpate a ti. Culpa a lo que te hicieron esos cerdos. Pero no me culpes a mí por necesitar algo que tú ya no me puedes dar.

Después de eso, ya no quedaba mucho más que decir, y Matt había colgado el teléfono entre humillado y aliviado.

Y por eso la noche anterior se había bebido casi una botella de whisky. Y por eso el lunes se había levantado con aquella terrible resaca. Y por eso necesitaba salir de la casa, preferiblemente antes de que apareciera Fliss. Después de su comportamiento del sábado, no podía reprocharle si había decidido no seguir trabajando para él. Pero lo que Matt sí sabía era que en aquel momento no podía sufrir ninguna otra humillación.

Y no había manera de explicarle su situación sin humillarse. Ni

siquiera decirle que ella inspiraba en él sentimientos que nadie, ni siquiera Diane, había despertado en él jamás, sin que sonara a hipocresía, sobre todo si se unía a su actual situación de impotencia. Ella se merecía algo más, algo mejor que él, incluso si no podía negar que desde que la conoció había empezado a pensar en cómo podrían ser las cosas entre ellos si…

Pero era ese significativo «si» lo que generaba el principal obstáculo. La tenue relación que se había creado entre ellos no sobreviviría al tipo de confesión que él tenía que hacer. Ella había aceptado la explicación de sus cicatrices con sincera compasión. Ni siquiera había mostrado su repulsa cuando le contó lo que el general Hassan había intentado con él. Pero sin duda ella no necesitaba que un pobre hombre como él destrozara su vida, ni aunque él tuviera que luchar contra la irresistible tentación que sentía de seducirla.

Desafortunadamente, Fliss llegó antes de que él tuviera tiempo de irse. Cuando bajó con la cartera y las llaves en la mano, se encontró a Fliss en la cocina. Ella había ido a trabajar, como de costumbre, y Matt no podía decir cuál de los dos se sentía más cohibido ante la situación.

Fliss fue la primera en recuperarse.

—¿Te vas? —preguntó, tensa.

—Iba a llamarte —respondió él, poco convincente—. Llegas pronto.

—Sí, lo sé —repuso ella, recogiéndose un mechón de pelo detrás de la oreja, y él sintió el fuerte impulso de acariciarla—. No sabía si… si querías que siguiera trabajando aquí, pero si no quieres…

—¿Por qué no iba a querer? —le interrumpió él—. Por el amor de Dios, no has hecho nada malo.

—No creo que Diane piense lo mismo.

—Olvídate de Diane —casi gritó él de rabia—. ¿Quieres el trabajo o no? Es lo único que necesito saber.

Fliss alzó la cabeza.

—Pero estabas a punto de salir. Es muy pronto. Normalmente a esta hora ni siquiera te has levantado.

—¿Y qué?

Fliss se mordió el labio inferior, y tragó saliva.

—¿Estás seguro de que no estaba intentando evitarme?

Matt suspiró.

—Está bien, puede que sí —torció los labios—. Soy un cobarde.

—No, no lo eres —repuso ella, con fuerza. Pero a continuación, como dándose cuenta de la pasión en su respuesta, añadió—: No cambies de tema, y dime cuál es la verdadera razón de que estuvieras a punto de salir.

Matt dejó escapar un largo suspiro.

—Si quieres saberlo... pensé que a lo mejor no querías volver —reconoció él—. Después de lo que pasó el sábado...

—Olvídate del sábado —dijo ella, apretando los labios—. Yo ya lo he hecho —mintió—. Fue un error. Por parte de los dos —miró a su alrededor—. Y ahora, si te parece bien, me gustaría empezar.

Capítulo 13

TE he dicho que la otra noche estuve hablando en el pub con Matthew Quinn?

George Taylor hablaba casi con timidez, y Fliss supuso que se debía a que sabía perfectamente que no le había dicho nada. Ni Matt tampoco. Se sintió traicionada, aunque en realidad no debería extrañarle, ya que hacía dos semanas, desde la mañana que Matt le pidió que siguiera trabajando en su casa, que prácticamente no había vuelto a hablar con ella.

—No —dijo Fliss—. No sabía que os hubierais hecho amigos.

—No exactamente —explicó su padre—, pero ahora que lo conozco mejor puedo decir que parece un hombre decente.

—¿Y de qué hablasteis?

—De muchas cosas, pero sobre todo acerca de escribir —dijo el padre—. ¿Sabías que está pensando en escribir una serie de artículos detallando sus experiencias en Abuqara y dando su visión de la rebelión? Parece interesante.

—Así que ya no crees que esté loco.

—Yo nunca he dicho que estuviera loco, Felicity —protestó su padre, ofendido—. Dije que había rumores de que el tiempo en cautividad le había dejado secuelas, pero nada más. ¿Y a quién no? Por lo que me ha estado contando, no fueron unas vacaciones.

—No.

Fliss lo sabía perfectamente. Las cicatrices en la espalda eran claro testimonio de su sufrimiento. Pero no podía evitar sentirse un poco dolida de que Matt hubiera confiado en su padre, precisamente en él. Era como si la hubiera alejado totalmente de su vida, a pesar de lo que habían compartido.

Al día siguiente, cuando llegó a la casa, vio un coche desconocido aparcado en un lateral, y prefirió llamar a la puerta en lugar de entrar directamente como hacía siempre. No sentía ningún deseo de darse de bruces con Diane.

Matt abrió la puerta y Fliss, que apenas lo había visto en las últimas dos semanas, se quedó impresionada al ver lo demacrado que estaba.

—¿Por qué no has entrado sin llamar? —preguntó él, a la vez que la miraba con una expresión dura y peligrosa a la vez.

—Pensé que estarías con alguien —dijo ella, dejando la mochila en la mesa y mirando a su alrededor. En el fregadero había dos tazas de café usadas—. ¿Está Diane?

—No —el tono de Matt era helador—. No creo que vuelva a verla.

¿A eso se debía su aspecto tan desmejorado?, pensó ella.

—Lo siento.

—No dejes que eso te quite el sueño. A mí no me lo quita.

—No lo parece —exclamó ella, impulsivamente, y cuando vio la dureza en la expresión masculina deseó no haberlo dicho.

—Gracias —respondió él, con sarcasmo.

—Sólo quería decir… —Fliss tenía la sensación de que estaba cavando su propia tumba, pero no podía dejarlo con la impresión de que a ella no le importaba—. Que pareces… que pareces cansado. Deberías buscarte un jardinero. Probablemente te hayas excedido trabajando fuera.

—Qué agradable debe de ser vivir en tu mundo, donde cada cosa se puede explicar en términos físicos. Parezco cansado, así que me he excedido. Me duele la cabeza, así que he debido de darme cabezazos contra la pared.

Fliss sintió el color que le cubría las mejillas.

—No es necesario que te pongas sarcástico —dijo ella, tensa—. Sé que hay muchas cosas que no se pueden explicar tan fácilmente. Y digas lo que digas, estoy segura de que Digne…

—Por el amor de Dios, ¿quieres dejar de hablar de Digne? —le espetó él, con una fiereza inusitada.

Fliss dio un paso atrás, sorprendida.

Era un lado de él que no había visto antes y, como dándose cuenta de que la había asustado, Matt se acercó a ella, apoyó las manos en la mesa a ambos lados de su cuerpo, y la aprisionó entre sus brazos.

—No me mires así —le suplicó, con la voz ronca—. Nunca te haría daño, eso lo sabes —los ojos de Matt descendieron hasta su boca, y ella tembló—. Y no vuelvas a pensar que Digne tiene algo que ver en cómo me siento, porque no es así.

—Y yo soy testigo de ello —observó una voz femenina a sus espaldas.

Fliss, que había estado pensando si Matt iba a besarla otra vez y especulando sobre qué debería hacer, se sobresaltó visiblemente.

Matt reaccionó con mucha menos urgencia, y se apartó de la mesa, y de Fliss, con cansada resignación.

—Esta es mi madre, Fliss. Creo que no os conocéis.

—Como si no lo supiéramos —observó la señora Quinn, resueltamente, entrando en la cocina.

Era una mujer mayor, alta, con el pelo casi blanco y vestida en un elegante traje de seda.

—¿Cómo estás… Felicity, ¿verdad? Tengo entendido que has hecho maravillas con esta casa.

Fliss se pasó la lengua por los labios resecos.

—Llámeme Fliss. Y.. sólo he hecho mi trabajo.

—Bastante más que eso, por lo que tengo entendido. ¿No es así, Matt? —preguntó la mujer mirando a su hijo—. ¿Hay algo que yo deba saber?

—¡No!

La negación de Matt fue tan violenta, que Fliss sintió que algo moría en su interior. Fuera lo que fuera lo que había entre ellos, no significaba nada para él.

—Eso no es lo que dice Digne. Y la pobre chica no puede entender por qué la estás tratando tan mal.

—¿Ah, no?

—No, y además parece creer que hay algo entre tú y... —los ojos de la mujer se dirigieron por un momento hacia donde estaba Fliss—. Entre tú y esta joven. ¿Es verdad?

—No.

La respuesta de Matt fue inmediata, y Fliss deseó que se la tragara la tierra para no tener que ser testigo de aquella dolorosa conversación. Pero cuando Matt la miró a ella, en lugar de a su madre, lo que vio en sus ojos la dejó aún más confundida.

Ardientes y apasionados, sus ojos la envolvieron con una expresión que la dejó sin fuerzas en las piernas. Las llamas que ardían detrás de su mirada hablaban claramente del deseo que sentía por ella. ¿Qué poder lo controlaba que era mucho más fuerte que su voluntad?

Las palabras de su madre rompieron el tenue vínculo que se creó entre ellos durante unos segundos.

—Bien, si no hay nadie más, no entiendo tu actitud. Durante tu estancia en Abuqara...

—Diane se acostaba con su jefe —Matt terminó la frase por su madre—. Pregúntaselo, si quieres. De todos modos, nos hizo un favor a los dos —sus labios formaron una forzada sonrisa—. No soy hombre para ninguna mujer, y eso incluye a Fliss.

Y sin mirar a ninguna de las dos mujeres, salió de la cocina. Fliss se volvió bruscamente hacia el fregadero. Se sentía vacía y asqueada, y agarró las dos tazas sucias de café para fregarlas. Pero le ardían los ojos, y tuvo que parpadear varias veces para limpiarse las lágrimas.

—Te ha dolido —dijo la señora Quinn a su espalda, sobresaltándola—. Me temo que mi hijo tiene ese efecto en,la gente. Al menos desde que volvió del norte de Africa.

—Me ha entrado algo en el ojo —respondió Fliss a modo de explicación.

No estaba preparada para confiar en la madre de Matt.

—Conmigo no tienes que fingir. Es evidente que a Matt le gustas mucho, pero debes entender que no hay futuro en vuestra relación.

—¿Cree que no lo sé?

Por mucho que hubiera querido guardar silencio, a Fliss no le gustaba que le hablaran con esa condescendencia.

—Como ha dicho su hijo, entre él y yo no hay nada.

—¿Pero te gustaría que lo hubiera?

Fliss apretó los labios.

—Tengo que seguir trabajando —dijo, negándose a satisfacer la morbosa curiosidad de la mujer.

La madre de Matt se quedó cuatro días en Mallon's End, dos de ellos fin de semana, y Fliss procuró no quedarse en ningún momento a solas con ella. Sospechaba que la mujer albergaba esperanzas de que Matt perdonara a Diane y se reconciliara con ella.

La cuestión era si seguir trabajando en casa de Matt o no. La visita de la señora Quinn le había dejado claro la estupidez de sus sentimientos hacia su empleador. Aunque estaba segura de que a Matt no le importaría tener un breve romance con ella, ella no quería arriesgarse al dolor que una relación frustrada con él le proporcionaría. La decisión era mucho más difícil de tomar de lo que hubiera deseado.

Por eso, cuando llegó a casa de Matt a la mañana siguiente de que la señora Quinn regresara a Londres, Fliss seguía sin poder tomar una determinación.

En la casa no había ni rastro de Matt, y ella pensó que estaría durmiendo. Se alegró de no tener que enfrentarse a él y empezó a recoger y organizar la casa como de costumbre. Cuando subió al primer piso, escuchó un extraño sonido procedente de su dormitorio, como un gemido, o un lamento, aunque también podrían ser ronquidos, se dijo, tratando de ser positiva.

Pero el temor a que le hubiera ocurrido algo la llevó a empujar la puerta del dormitorio, que como siempre estaba entreabierta, y entrar.

Matt no estaba roncando. Estaba gimiendo, y moviéndose con el cuerpo enredado entre las sábanas, los ojos cerrados, y una mueca de dolor en el rostro.

—Matt —dijo ella, sin alzar la voz—. ¿Te encuentras bien?

Estaba desnudo debajo de las sábanas, y ella temió que volviera a destaparse del todo. Estaba totalmente dormido, probablemente sumido en una pesadilla, lo que no era de extrañar, después de las experiencias que había vivido.

—Matt —repitió al no obtener respuesta, deseando que se despertara del sueño que le estaba causando tanto dolor.

Fliss no tuvo que pensar mucho para saber qué tipo de sueño sería. Probablemente se le repetía constantemente. A menudo él le había dicho que le costaba dormir, y a ella no le extrañaba, si sus sueños eran tan aterradores como el que parecía estar teniendo en ese

momento.

Entonces él habló, una serie de frase inconexas, gritos e insultos, algunos en su idioma, otros en lo que Fliss sospechó que podría ser árabe.

Tragando saliva y deseando sacarlo de la pesadilla, Fliss le puso una mano en el brazo, pero antes de poder decir su nombre, Matt se incorporó de repente y gritó, con los ojos abiertos, la mirada oscura, vidriosa, y llena de odio:

—¡No me toques, sucio hijo de perra!

Capítulo 14

MATT...

Fue lo único que salió de sus labios, su nombre, pero pareció tener un efecto inmediato. La mirada vidriosa y cargada de odio desapareció, y en su lugar los ojos de Matt la miraron horrorizados al darse cuenta de su presencia, y de que Fliss había sido testigo de su dolor.

—Fliss— gimió débilmente—. Oh, cielos, Fliss, ¿qué estás haciendo aquí?

Fliss apenas podía balbucear una explicación.

—Estaba preocupada por ti —logró decir por fin—. Creo que tenías una pesadilla.

—Y qué pesadilla —suspiró él, dejándose caer de nuevo sobre las almohadas—. Te he asustado, ¿verdad? —extendió la mano hacia ella —. Perdóname.

A Fliss le temblaban tanto las piernas que dejó que él le tomara la mano y tirara de ella para sentarla en la cama.

—Siéntate —dijo él, en tono ronco, dibujándole círculos con el pulgar en la palma de la mano—. Parece que has visto un fantasma.

—Un fantasma no. Un monstruo, quizá —admitió ella.

Matt dejó escapar un largo suspiro, se llevó la mano femenina a los labios y acarició los nudillos con la lengua.

—Hacía tiempo que no tenía ese sueño.

—Supongo que no quieres hablar de ello.

—No —respondió él, y le besó la palma de la mano.

Después alzó la cara y la miró, y ella bajó la cabeza, cohibida, sin poder evitar sentir la cálida presión del muslo masculino en su cadera. Pero desviar la mirada también tenía sus peligros. La sábana apenas lo cubría por debajo del ombligo y notó que se movía ligeramente. Fliss sintió que se le paraba el corazón. Matt estaba excitado y estaban solos en la casa. Tenía que irse, se dijo, consciente de la situación. Tenía que irse antes de que ocurriera algo irreparable, se dijo. Pero no quería, admitió por fin para sus adentros. Lo que de verdad quería era deslizarse en la cama junto a él, abrazarlo y consolarlo.

—Si ya estás bien —murmuró ella, haciendo un gran esfuerzo, y con la esperanza de que él le soltara la mano y le ayudara a no cometer una tontería—, seguiré con lo mío.

—No tienes que tenerme miedo —dijo él, que en lugar de soltarle la mano, le acarició la mejilla con la otra—. Deseo acariciarte, pero no puedo hacerte daño.

«Ya lo creo que puedes», pensó ella, recordando la última vez que

la había acariciado. El corazón le latía desbocado y una gota de sudor empezaba a descender entre sus senos. Si no se iba enseguida, sabía que diría o haría algo estúpido, y no se lo podía permitir.

—Suéltame la mano —dijo suplicante—. Los dos sabemos que esto no va a ninguna parte, Matt. ¿Para qué estropear una buena relación de trabajo con... con sexo? —forzó una sonrisa—. Suéltame.

Matt se echó a reír, pero no una risa nerviosa como la de ella, ni una risa divertida, sino una risa cargada de dolor que hablaba de recuerdos que era mejor olvidar.

—Matt —suplicó, deseando tranquilizarlo y consolarlo, y sin saber cómo—. No quería decir eso.

—¿No? Pues era una suposición muy razonable. Estamos los dos solos, y tienes todo el derecho a pensar que puedo querer aprovecharme de ti.

—Yo no pensaría eso —protestó Fliss. Hizo una pausa, buscando las palabras—. Escucha, si tengo miedo de algo, es de mi reacción si... si intentas seducirme.

—¡Oh, Fliss! —exclamó él, poniéndole una mano detrás de la cabeza y atrayéndola hacia él—. Eres toda una contradicción.

Cuando Matt la besó, con su boca caliente y apasionada, con la lengua acariciando su boca, Fliss no pudo por menos que responder con la misma pasión. Entonces él rodó sobre la cama, y la aprisionó con su cuerpo. La sábana que lo cubría se enredó entre ambos cuerpos y ella sintió el peso cálido y musculoso de su cuerpo sobre ella.

Era una sensación deliciosa. Una musculosa pierna se abrió paso entre las de ella, alzándole la falda, dejando al descubierto la sencilla ropa interior de algodón que no se podía comparar con la sofisticación a la que probablemente él estaba acostumbrado. Pero Fliss no quería pensar en eso. Tenía suficiente con sentir a Matt besándola con la misma pasión y la misma necesidad que ella sentía.

—Esto es una locura —susurró él, en el hueco de su cuello.

Pero Fliss no quiso escuchar. Le sujetó la cabeza con las manos y calló sus palabras con la boca. Ya pensaría en las recriminaciones más tarde, cuando aquella enfebrecida locura perteneciera al pasado.

Y a pesar de lo que había dicho, Matt tampoco parecía poder controlar lo que estaba ocurriendo. Le acarició la cintura con las manos, que siguieron hacia arriba, hacia los suaves montículos de sus senos, y cubrieron los pezones erectos que empujaban desde debajo de la tela del sujetador.

—Fliss ... —gimió, casi en un lamento.

Pero ella no le iba a permitir expresar sus dudas en voz alta. Llevándose las manos detrás de la espalda, se desabrochó el sujetador y dejó que un gemido escapara de su boca al notar los dedos de Matt en su piel desnuda.

—Dios, Fliss— murmuró él, esta vez sin reticencias en la voz.

Ella gimió de nuevo cuando él le alzó la camiseta y tomó un pezón erecto con la boca.

La lengua rodeó el pezón con avidez antes de succionar fuertemente la punta endurecida. Después, Matt hizo lo mismo con el otro, y Fliss se dejó llevar por la oleada de placentero dolor que la envolvió. Una descarga de calor inundó su vientre, y ella tembló con emociones que no había experimentado nunca.

Un fuerte latido entre las piernas, un deseo que sólo él podía satisfacer.

Matt le quitó la camiseta por la cabeza y la coleta que le recogía la melena, deslizó el sujetador por sus brazos y lo dejó en el suelo. Después enterró la cabeza en la melena rojiza desparramada sobre la almohada.

—Hueles maravillosamente —susurró él, con voz entrecortada y ronca.

Y tú también, reconoció ella en silencio, consciente de la fragancia masculina de su piel, más sensual todavía a causa del calor que desprendía su cuerpo.

Entonces ella identificó la presión cada vez más fuerte en su cadera: era la poderosa y fuerte erección de Matt latiendo contra su cuerpo.

Tenía la falda enrollada en la cintura, y notó el temblor de la mano de Matt al acariciar su parte más íntima por encima de la suave tela de algodón.

—Estás húmeda —dijo él, con voz pastosa, y ella se dio cuenta de que Matt podía sentir claramente su excitación a través de la prenda.

—Lo sé —dijo, medio disculpándose.

—Cielos, Fliss— murmuró él, bajándole las bragas hasta las rodillas y separando los rizos cobrizos con el pulgar—, eso no es nada de qué avergonzarse.

Y antes de que ella pudiera decir nada, se deslizó por su cuerpo hasta que su boca quedó a la altura de los rizos que cubrían la unión de las piernas.

Fliss no podía creer lo que estaba haciendo. Sensaciones totalmente nuevas se apilaban en su cuerpo sin que ella pudiera controlarlas, y a pesar de que quería esperar a alcanzar el clímax cuando él estuviera dentro de ella, el orgasmo fue irresistible. Y sobrecogedor. Una increíble oleada de placer la llevó al borde del abismo, y el estremecimiento posterior ofreció a Matt la dulzura de su esencia. Después, mientras ella luchaba por recuperar la cordura, él volvió a deslizarse sobre ella y le dejó que saboreara su propia esencia en sus labios.

Fliss sintió su cuerpo envuelto en una bola de fuego. Pero el

poderoso orgasmo sólo la había dejado parcialmente satisfecha. Quería más. Lo quería a él. Y quedó horrorizada cuando Matt se separó bruscamente de ella.

Lo miró con incredulidad. No iba a permitir que le diera placer a ella, sin alcanzar su propio placer, y sin pensarlo dos veces se quitó del todo las dos prendas de ropa que quedaban enrolladas en su cuerpo. Desnuda como estaba, se colocó medio incorporada sobre él, se inclinó y le cubrió la boca con la suya.

—Fliss...

Matt pronunció su nombre contra sus labios, con los ojos muy abiertos y llenos de una expresión de arrepentimiento que ella se negaba a aceptar. Él la deseaba; ella lo sabía. Y a pesar de su negación, cuando Fliss le acarició la boca con la lengua, Matt abrió los labios casi automáticamente.

Una sensación de triunfo se apoderó de ella al sentir su reacción y su respiración acelerada. Bajando un poco más la cabeza, Fliss mordisqueó uno de los pezones erectos, y el gemido que escapó de la boca de Matt no era desde luego de protesta.

Sin embargo, cuando ella empezó a depositar una cadena de besos húmedos por su pecho y su estómago, y deslizó los dedos hacia su sexo, la reacción de Matt fue muy diferente. Le sujetó con fuerza los dedos y en un tono apagado exclamó:

—¡No!

La reacción inmediata de Fliss fue obedecer, pero la expresión en sus ojos la hizo dudar y no se rindió. Notaba que ocurría algo, algo que todavía no entendía, pero pensaba hacerlo.

—Me deseas —dijo ella, en una voz casi tan ronca como la de él —. Me deseas —insistió. Y como era lo único que se le ocurría para explicar la reacción de Matt, añadió—: No quiero que sientas ningún compromiso conmigo. Soy consciente de que Diane...

—No es Diane —gruñó él.

Una vez más a Fliss la invadieron las dudas y el temor de que quizá fuera ella quien estaba equivocada. Que quizá él no la deseara. Pero entonces, con voz ronca, Matt continuó explicando lo que ocurría.

—Claro que te deseo, maldita sea. Daría cualquier cosa si pudiera... —se interrumpió, mirándola con expresión atormentada—. Pero no puedo. ¿Lo entiendes? No puedo. Soy impotente, Fliss. Eso fue lo que me hicieron esos cerdos. En cuanto pienso en sexo... —gruñó—. Por eso no puedo hacerte el amor como quisiera. No te sirvo a ti, ni a ninguna mujer.

El silencio que siguió fue significativo únicamente por su brevedad.

—¡No te creo! —exclamó Fliss—. Estabas excitado. Lo he notado,

en la cadera. Estabas duro, lo sé, lo he visto.

—Lo has imaginado —repuso él, bruscamente.

—Sé lo que he sentido, Matt —exclamó ella.

—Por favor, déjame —dijo él, cansado.

Fliss lo miró y vio que estaba blando y flácido de nuevo, el poder de su erección destruido por su propia incredulidad.

Se inclinó hacia delante y le puso una mano en la mejilla. Como esperaba, Matt reaccionó violentamente y le apartó la mano con brusquedad, a la vez que intentaba alejarse de ella, pero Fliss fue más rápida y se sentó a horcajadas sobre él, atrapándolo contra la cama con las piernas.

—¿Qué demonios...? —empezó él.

Poniendo un dedo sobre sus labios, ella se inclinó hacia él hasta que sus senos rozaron el pecho musculoso. Entonces, tomándolos en sus manos, se los presentó con una sonrisa totalmente seductora.

—¿Estás loca? —exclamó él, pero ella lo vio mirándola, vio la neblina de deseo que cubrió sus ojos mientras ella se movía sobre él, y sintió la caricia de la humedad femenina en su sexo.

—Lo que me has hecho antes —dijo ella, con voz ronca—, ¿lo harás otra vez? Lo... lo necesito.

—Dios, Fliss...

—0 puedo hacértelo yo a ti —murmuró, y sintió una increíble sensación de triunfo al notar cómo él se endurecía bajo ella.

—No sabes lo que estás diciendo —dijo él, brusco.

—Ya veremos —repuso ella, sin saber de dónde había sacado tanta seguridad en su capacidad seductora. Se inclinó hacia delante, pegó los senos contra su pecho, y dibujó el perfil de sus labios con la lengua—. Mm, sabes maravillosamente.

—Fliss...

Había una nota de desesperación en la voz masculina, pero no pareció tener mucho efecto en la potente reacción de su cuerpo, gracias a Dios. Cuando Fliss se retiró hacia atrás, su erección se alzó orgullosa y ella la rodeó con la mano antes de inclinarse para tomarlo en su boca.

Matt intentó apartarla, pero ella no se lo permitió. Recorrió con la lengua toda la longitud de su miembro viril, duro y sedoso, y Fliss imaginó lo maravilloso que sería sentirlo dentro de su cuerpo.

—Por favor... —gimió él.

Sólo había una forma de demostrar a Matt que no era tan impotente como creía. Poniéndose de rodillas, se colocó sobre él, y antes de que él pudiera detenerla, antes de perder el valor de hacerlo, descendió sobre él.

Lo primero que pensó fue que había sido demasiado ambiciosa. No podía hacerlo. Matt era demasiado grande para ella. Pero, a pesar

de la ronca protesta de él, ella insistió y su cuerpo no tardó en expandirse y dar cabida a toda su erección. Segundos más tarde, él estaba totalmente dentro de ella, llenándola por completo.

—Fliss.

Fliss se inclinó hacia delante para acallarlo con un beso, y a pesar de la resistencia de Matt, fue un beso distinto a todos los anteriores que habían compartido, casi destructivo en su intensidad. Era una afirmación de que estaban hechos el uno para el otro, y casi sin ser consciente de lo que estaba haciendo, Fliss empezó a moverse.

Con las manos apoyadas en las almohadas, a ambos lados de la cabeza de Matt, su primer intento fue casi tentativo. Pero resultó, y lo repitió. Y, aunque estaba segura de que Matt seguía creyendo que aquello era una pérdida de tiempo, él no pudo evitar su propia participación.

Los besos se hicieron más apasionados, más urgentes, más y más descontrolados, y por fin Fliss se incorporó para montarlo como el semental que era. Y como si por fin Matt creyera que podía haber algo de verdad en lo que ella le estaba demostrando, rodó sobre ella otra vez y tomó la posición dominante.

Fliss no supo cuántas veces alcanzó el orgasmo durante aquella salvaje posesión. Al menos tres veces antes de que Matt alcanzara el suyo y se derramara, temblando y sudando, dentro de ella.

Capítulo 15

PUEDO ir contigo a casa de Matt? —preguntó Amy a la mañana siguiente a la hora del desayuno, en la cocina, mientras Fliss recogía la mesa y su padre leía el periódico—. Hoy no tenemos clase y estoy segura de que a Matt no le importará.

—El señor Quinn —la corrigió Fliss, y entonces, consciente de que su padre podía sospechar algo por su actitud, añadió—: Voy a hacer las camas. Lo pensaré, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

George Taylor la miraba por encima del periódico, con expresión pensativa, y Fliss huyó hacia la planta superior antes de tener que enfrentarse a posibles preguntas indiscretas.

Pero no podía reprochárselo. Desde su regreso de casa de Matt el día anterior, había estado muy callada, alegando cansancio. Pero tarde o temprano, su padre le pediría una explicación y ella no la tenía.

La verdad era que no sabía lo que sentía. No tenía dudas de sus sentimientos hacia Matt, pero ése no era el problema. El problema eran los sentimientos de Matt hacia ella. Y a pesar de lo que le había dicho él el día anterior, a ella le costaba creer que no fuera más que una forma de agradecimiento.

Incluso al recordar las dos ocasiones anteriores cuando la había besado, se daba cuenta de que las intenciones de Matt podían haber sido muy distintas. Sospechaba que ambas veces habían sido intentos frustrados de demostrar su propia falta de libido, y que siempre los habían interrumpido antes de que ella descubriera la verdad.

Le dolía pensar que la había utilizado así, pero tampoco tenía pruebas.

A pesar de todo, no pudo evitar maravillarse ante su comportamiento. Ella, Fliss Taylor, madre soltera y ama de casa, cuyo único éxito en la vida habían sido tres años en la universidad y un año de formación como fisioterapeuta, con una única relación frustrada a sus espaldas, había seducido a Matt Quinn, periodista de la televisión, ex prisionero de guerra y una celebridad en todo el mundo.

Era increíble. Incluso en ese momento, le costaba recordar cómo había tenido el valor de portarse como lo hizo. Sin pensarlo dos veces, se había portado como una mujer fatal, y sorprendentemente, había funcionado. El sexo que habían compartido había sido desbocado, apasionado, increíblemente emotivo, y al final Matt había quedado totalmente saciado, y agradecido.

Pero era su agradecimiento lo que ella no quería. No lo quería, y no quería pensar que todo lo que sus esfuerzos habían despertado en

él era la obligación de darle las gracias. Lo que desde luego ella no esperaba era que él le dijera que la amaba, en absoluto. No cuando ella sabía con plena certeza que hasta aquel momento de revelación en su dormito

rio, lo único que él había sentido por ella era afecto.

Por eso cuando, después de hacer el amor, él se metió en la ducha, ella se apresuró a vestirse y bajar a la cocina, como huyendo de una situación que no podía dominar, y demasiado avergonzada para enfrentarse a él.

Al cabo de un rato, Matt bajó a la cocina, la rodeó con sus brazos y enterró su cara en el cálido ángulo formado por su cuello y su hombro.

—Te quiero, Fliss Taylor, ¿lo sabes? —murmuró él, roncamente, y ella sintió por un momento el corazón en la garganta. Pero al momento él lo estropeó todo diciendo—: Dios mío, no sabes lo que has hecho por mí. Nunca podré darte las gracias.

Entonces fue cuando ella se zafó de sus brazos e hizo lo que tenía que haber hecho media hora antes.

—No tienes que darme las gracias —dijo, tensamente—. Yo... si no te importa, me gustaría ir a casa a darme una ducha. Me siento... sucia.

No fue la mejor elección de palabras, lo supo al instante. Pero en ese momento no estaba pensando en no herir sus sentimientos. No podía creer que le había podido decir que la amaba. Por el amor de Dios, ¿qué pensaba? ¿Que se sentiría halagada? ¿Que lo creería?

Se dio cuenta de que Matt había quedado perplejo ante su respuesta, pero no pudo evitarlo. Quería que él entendiera que no necesitaba mentiras piadosas ni concesiones de culpabilidad.

—Si eso es lo que quieres —había dicho él, como respuesta.

Y ella ignoró la evidente confusión en la expresión de su rostro y se marchó.

Pero habían pasado veinticuatro horas, y tenía que volver a su casa. ¿Podría seguir trabajando para él después de lo sucedido? ¿Querría verla allí todos los días? ¿Podría soportar ella la tensión emocional?

Cuando terminó de hacer las camas y bajó a la cocina, se encontró a Amy esperando expectante su decisión, y Fliss decidió que sería más fácil si llevaba a la niña con ella. Así no tendría la oportunidad de hablar en privado con Matt, y probablemente era mucho mejor.

—Dile a Matt que he encontrado una página en Internet sobre dictaduras militares —le dijo su padre, al verla prepararse para salir —. Seguro que le interesa.

—De acuerdo —dijo Fliss, llevando a la niña hacia la puerta.

A pesar de todos sus temores a encontrarse con Matt en la casa, la realidad la abofeteó en pleno rostro mucho más despiadadamente. La única persona que había en la vivienda cuando ella llegó era el pintor y decorador que Matt había contratado para ocuparse del adecentamiento de la planta baja, con el mensaje de que el señor Quinn se había ido a Londres y no la necesitaría hasta dentro de una semana.

Fliss regresó a casa sumida en el más profundo aturdimiento. Apenas podía creer que Matt se hubiera ido a Londres sin tener siquiera la delicadeza de decírselo. Claro que, después de cómo se había

comportado ella el día anterior, quizá él decidió que no se merecía ninguna explicación.

Aunque eso no era propio de Matt. Tenía que haber ocurrido algo, algo urgente que reclamara su presencia en la ciudad.

—Matt se ha ido a Londres —anuncio Amy en cuanto entraron en casa.

—¿A Londres? —repitió George Taylor—. ¿Y tú no sabías nada?

—Evidentemente no —respondió Fliss, sin querer dejar que su padre notara la irritación que sentía—. Habrá surgido alguna emergencia.

—¿Y no te ha llamado para decírtelo? Ya te dije que no me gustaba que trabajaras para él.

Fliss forzó una sonrisa.

—Creía que habías dicho que habías cambiado de opinión sobre él. ¿No me has dicho que le dijera no sé qué sobre una página en Internet?

—Mm —a su padre no le hizo ninguna gracia que se lo recordara —. De todos modos, los hombres como él no cambian. Seguro que se ha ido a buscar otra vez a la hija de los Chesney. Su padre me comentó que habían discutido. Por lo visto, ella no quería que él se mudara aquí. Supongo que sólo es cuestión de tiempo que ella lo convenza para volver a Londres.

Fliss abrió la boca para decirle que no era cierto, pero la cerró a tiempo. Quizá su padre estuviera en lo cierto. A pesar de su declaración de amor, en el fondo ella seguía pensando que Matt aún estaba enamorado de Diane. Y ahora, gracias a Fliss, podría retomar su relación con ella, sabiendo que su libido estaba totalmente recuperada.

Eso dolió.

Incluso si no creía que Matt la amaba, la posibilidad de que estuviera dispuesto a perdonar a Diane sus infidelidades le dolía. Sobre todo por la intensidad con que le había asegurado que Diane ya no significaba nada para él.

Todo aquello era demasiado, y, disculpándose, Fliss subió corriendo las escaleras y se encerró en su habitación. No se arrepentía de lo que había hecho, se dijo con fiereza. Pasara lo que pasara, nunca se arrepentiría de haber sido partícipe de su recuperación. Sólo deseaba que Matt hubiera elegido amar a alguien que mereciera más la pena que Diane Chesney.

Capítulo 16

MATT regresó a Mallon's End unos días después a media tarde.

Su intención había sido hacerlo después de comer, pero la llegada de Diane lo había retrasado. Su excusa, que había ido a ver a su madre, había sido bastante convincente, pero en cuanto salieron de la habitación de su madre, Matt entendió el verdadero objetivo de su visita.

—No es verdad que no quieras volverme a ver —protestó ella, con los ojos llenos de lágrimas—. Es cierto, cometí un error, pero no amo a Tony, te amo a ti, Matt.

Matt alzó los ojos del montón de cartas que se había acumulado durante la estancia de su madre en el hospital. Habían sido sólo unos días, pero el buzón de su casa estaba lleno.

—No te amo, Diane. Creo que nunca te he amado —respondió él, con total sinceridad—. Supongo que tus atenciones halagaron mi vanidad. Eres una mujer muy hermosa.

—¿Qué ha cambiado? —preguntó ella, mirándolo con incredulidad.

—Yo he cambiado —respondió él—. He decidido que quiero más de la vida que lo que tú puedes ofrecerme.

—¿Como qué?

Matt se dio cuenta de que a Diane le costaba controlar su genio.

—Un hogar, e hijos —respondió él—. Algo que a ti nunca te ha interesado.

Diane apretó los labios.

—Y supongo que tu repentino deseo de cambiar de vida no tiene nada que ver con tu señora de la limpieza, ¿verdad? —le espetó, furiosa.

—Eso no es asunto tuyo —respondió Matt, encogiéndose de hombros.

—Tu madre nunca la aceptará —exclamó, burlona—. Tenías que haber oído su reacción cuando le dije que Fliss tuvo una niña a los dieciséis años. Estaba horrorizada.

Matt se tensó.

—Y exactamente, ¿cuándo le diste esa información? —quiso saber él, tratando de hacer memoria—. A mí no me ha comentado nada al respecto.

—No, bueno, supongo que no pudo —confesó Diane—. Hablé con ella el martes por la tarde. Me llamó cuando volvió de Mallón's End. Estaba preocupada por ti y Fliss Taylor. Creo que al día siguiente fue cuando tuvo el infarto.

Matt no podía creerlo.

—¿Hablaste con mi madre el martes por la tarde?

Diane asintió con la cabeza.

—Eres una bruja —dijo él—. ¿No se te ocurrió pensar que tus palabras podían afectarla?

—Sólo le dije la verdad —insistió Diane—. Si no querías que la afectara, no tenías que haberte liado con ella.

—¿Qué sabrás tú de ella? Lo único que sabes son los cotilleos de tu madre. Pero no deberías juzgarla por tus propios principios. Que tú te acuestes con cualquiera que te lo pida, no significa que Fliss también lo haga.

—Oh, ya veo —Diane estaba furiosa—. Te ha rechazado. Eso te lo podía haber dicho yo. Es una frígida. Hasta dicen que su embarazo fue virgen.

En ese momento apareció la enfermera que se ocupaba de atender a la señora Quinn y les pidió que bajaran el tono de voz para no molestar a la enferma, pero Matt le pidió sin rodeos que acompañara a la señorita Chesney a la puerta.

Después subió al habitación de su madre y comprobó con alivio que el infarto que había sufrido en la madrugada del miércoles no había tenido secuelas graves. Su madre estaba tan alerta como siempre, y esperando una explicación sobre las voces que había oído unos minutos antes.

Matt le pidió que ignorara todo lo que Diane le había contado sobre Fliss. Sí, había tenido una hija a los dieciséis años, pero eso no la convertía en una mala persona. Había cometido un error, y había pagado por ello. Pero era una buena madre y llevaba un tipo de vida discreta y normal.

—Así que tiene una hija —dijo su madre por fin.

—Sí, y es una niña maravillosa. Cuando la conozcas te encantará, mamá.

—Entonces, ¿la voy a conocer?

—Espero que sí.

Pero hasta que volviera a ver a Fliss, hasta que pudiera hablar con ella, Matt no sabía qué estaba ocurriendo. Sólo sabía que la quería, y que ella lo había ayudado a creer otra vez en sí mismo.

En ese momento, al acercarse al cruce que llevaba al pueblo, Matt deseó haber podido hablar con Fliss personalmente. Aunque cuando se fue dejó una nota clavada en la puerta para el pintor con la llave de la casa, junto a un sobre para que le entregara a Fliss, no podía estar seguro de que ésta la hubiera recibido. Además, las dos veces que había llamado a su casa, fue George Taylor quien respondió al teléfono, y no fue especialmente amable con él.

Fliss estaba en el jardín de su casa cuando el todoterreno de Matt

aparcó en su puerta. Era una cálida tarde de verano, y ella estaba arreglando unas jardineras cuando lo vio entrar por la cancela del jardín.

—Hola —dijo Matt—. Pareces ocupada.

En realidad, lo que estaba era cansada, sudorosa, y no preparada para hablar con él, a pesar de lo mucho que deseaba volver a verlo.

Matt, sin embargo, tenía buen aspecto. Mejor que bueno, se corrigió ella en silencio. Mucho mejor que la primera vez que lo vio hablando con Amy. Iba vestido más formalmente que de costumbre, con un traje azul marino y una camisa azul pálido, que acentuaba su elegancia. Se había aflojado la corbata y desabrochado el primer botón de la camisa, y como siempre, emanaba un aura de sexualidad que despertó en Fliss emociones que ya conocía muy bien.

—¿Has vuelto ahora? —preguntó ella, alisándose la vieja camiseta que llevaba, deseando haberla tirado a la basura, como le había insistido repetidas veces Amy.

—Ahora mismo —dijo él, quitándose la chaqueta y colgándosela del hombro—. ¿Me has echado de menos? —añadió.

—No sabía cuánto tiempo estarías fuera —fue la respuesta de Fliss—. ¿Has... has ido a ver a Diane?

Una extraña expresión cubrió las facciones masculinas por un momento.

—Sí, la he visto —dijo él, y Fliss sintió un nudo de pavor en el estómago—. ¿Has visto mi mensaje?

—¿Mensaje? El pintor me dijo que habías ido a Londres, si te refieres a eso.

—¿Cómo que te dijo? —repitió Matt, sin entender nada—. ¿No te dio mi nota?

—¿Nota?

—Dejé una nota para ti —le aseguró él.

—Yo no he visto ninguna nota —respondió ella. Y volvió al tema que más le interesaba—. Supongo que Diane se alegraría de verte.

—Olvídate de Diane —repitió él, como otras veces—. Lo que me interesa es si tú te alegras de verme.

—¿Te vas a quedar? —preguntó ella, por toda respuesta.

—¿Qué clase de pregunta es ésa? —quiso saber él, clavándole la mirada en los ojos—. ¿Sabes?, he intentado imaginar esta escena una docena de veces cuando venía hacia aquí, pero nunca salía así.

—Lo siento —dijo ella. Se pasó la lengua por los labios resecos—. Pero te fuiste sin decir nada a nadie. En un pueblo como éste, la gente siempre habla.

—¿Y no se te ocurrió acallar los rumores? —sugirió él, suavemente—. Podrías haberlo hecho —dejó que sus dedos se deslizaran desde la manga de la camiseta hasta la muñeca—. Tú sabías

que volvería.

—¿Lo sabía? No me dijiste nada.

—Quise hacerlo.

—¿Por qué no lo hiciste?

—¿Te importa que vayamos adentro? No quiero que todo el mundo se entere de nuestra conversación.

—Yo no veo a nadie.

—¿Está tu padre? —preguntó él, mirando hacia la casa—. ¿Te ha dicho que no tengas nada que ver conmigo?

—No soy una niña, Matt.

—No, pero no entiendo por qué estás tan hostil. Por el amor de Dios, fue una emergencia. Mi madre sufrió un infarto en plena noche. Sólo me dio tiempo a escribir un par de notas.

Fliss lo miró, absorbiendo lo que le estaba diciendo con cierta reticencia.

—Podrías haber llamado —dijo ella, por fin.

Matt maldijo en voz alta.

—Y lo hice. Dos veces. ¿No te lo dijo tu padre?

—No. Yo... ¿estás seguro? —Fliss lo miró inquieta—. ¿De verdad hablaste con mi padre?

—Dos veces.

—No me dijo nada.

Matt asintió, haciendo un gesto con la cabeza hacia la casa.

—Más razón entonces para hablar con él ahora.

—No está aquí —murmuró Fliss—. Ha llevado a Amy al cine a Westerbury.

—Mejor —dijo Matt, su mirada cargada de deseo—. Así podremos hablar. Dime que te alegras de verme. Dime que me has echado de menos.

Fliss tragó saliva.

—Por favor, Matt, encuentra a otra para burlarte —dijo, retrocediendo por los escalones que daban acceso a la casa hasta que llegó a la puerta.

—¿Qué dices? —exclamó él, siguiéndola, sus ojos cargados de intensas emociones—. Por el amor de Dios, Fliss, te dije que te amaba. ¿Eso no significa nada para ti?

Fliss apenas podía respirar.

—¿Me... amas?

—Eso es lo que te dije —le aseguró él.

Entró detrás de ella en la casa, y la tomó por la cintura, haciéndola girar hacia él y tomándole la boca con la suya.

Fliss supo que debía de estar poniéndoselo muy fácil, dejándole ver lo fácilmente que ella sucumbía ante él. Pero en ese momento no le importaba. Lo había echado mucho de menos, y no podía ocultar

sus sentimientos.

—Cielos, Fliss, no tienes ni idea de cómo me haces sentir —murmuró él por fin, apoyando la frente en la de ella—. Dime por qué no me creíste cuando te dije que te amaba.

—¿Qué habrías pensado tú? —balbuceó ella—. Acababas de tener una relación sexual...

—De hacer el amor.

—... por primera vez en... en un..

—En dos años —terminó él por ella.

—Y a veces la pasión hace decir cosas... que no se corresponden con la realidad.

Matt suspiró sin dejar de acariciarle el lóbulo de la oreja con los labios.

—Fliss. Cuando te dije que te amaba, ya me había dado una ducha. Bajar y encontrarte esperándome fue... fue lo que he querido toda mi vida.

—Matt...

—No, lo digo en serio.

—Podía haber sido Diane.

Fue la primera vez que Matt no reaccionó violentamente ante la mención de Diane.

—No, te lo aseguro. Y ella lo intentó, pero yo no sentía absolutamente nada. Tan sólo repulsa —explicó—. Te quiero y quiero estar contigo. Pero si necesitas más tiempo...

—No seas tonto —dijo ella, con la voz ronca—. Estos últimos días ya han sido bastante largos.

Matt la besó de nuevo, y rodeó con las manos las nalgas femeninas para apretarlas contra él. El deseo de estar contra él era sobrecogedor, pero Fliss lo empujó hacia atrás cuando el intentó desabrocharle los pantalones.

—Tengo... tengo que darme una ducha. Estoy empapada en sudor —dijo ella. Y al ver la expresión dolida en el rostro de Matt añadió—: Sube conmigo. Espera en mi habitación si quieres.

Pero Matt no esperó, y a los pocos minutos de entrar ella en la ducha, él entró tras ella, la besó en la boca y le quitó el jabón de la mano.

—Déjame —dijo él, e inició una sensual exploración de cada centímetro de su cuerpo, a la vez que su erección era prueba evidente de lo mucho que la deseaba.

Fliss deseó volverse hacia él, pero una vez más él la sedujo con las manos antes de satisfacer otras necesidades.

—¿Ahora me crees? —preguntó él, horas después, tras hacer el amor en la ducha y en la cama otra vez.

—Te creo —susurró ella—. Yo también te quiero. Tanto que casi

me da miedo.

—¿Por qué miedo? —preguntó él, incorporándose y apoyándose en un codo para mirarla—. Sabes que te quiero. Y quiero casarme contigo. Aunque si necesitas tiempo para que Amy se...

—Amy te adora.

—¿Significa eso que te casarás conmigo? —dijo él, a la vez que le acariciaba un pezón erecto con los labios.

—Sí, me casaré contigo.

Para cuando Fliss acabó de vestirse, el médico terminó de rellenar unos papeles en su mesa y se dirigió a la puerta.

—Bien, dijo, como le había dicho once años antes—. Mi respuesta es positiva. Estás embarazada. Señor Quinn, puede pasar —dijo, abriendo la puerta de la sala de espera.

Matt entró en la consulta del médico seguido de Amy, y sus ojos fueran directamente al rostro acalorado de Fliss.

—Hola —le dijo—. ¿Estás bien?

—Todo lo bien que puede estar en su estado —respondió el médico por ella. Acto seguido miró a Amy—. ¿Esta jovencita sabe algo de esto?

—Por supuesto —respondió Matt, ausente, sus ojos todavía en el rostro de su mujer.

Fliss se dio cuenta de que por encima de todo él quería escucharlo de sus labios.

—Estoy embarazada de tres meses —dijo, mirándolo a él, luego a Amy, y a él de nuevo. Después, se volvió a mirar a su hija—. Vas a tener un hermanito o hermanita.

—Genial —dijo Amy, impresionada—. Ya verás qué celosa se pone Kelly Mason —declaró, con una sonrisa triunfal.

—Bueno, de momento no se lo diremos a nadie —dijo Fliss, entrelazando los dedos con los de Matt—. Al menos hasta que lo sepa tu abuelo.

George Táylor, por fin y aunque con reticencias, les había dado sus bendiciones, un poco más tranquilo al ver que su hija iba a ser la nueva señora de la gran mansión del coronel Phillips. Al otro lado del jardín de la iglesia, además, por si él la necesitaba.

—Y tu abuela —añadió Matt—. Si quieres se lo puedes decir tú misma.

—Cobarde —susurró Fliss a su lado en broma, dándole un codazo en las costillas.

Desde su boda hacía tres meses, la señora Quinn se había convertido en una asidua visitante a Mallon's End. Lo único que quería era que su hijo fuera feliz, y ya no tenía ninguna duda de que así era. Además, Amy y ella se habían entendido a la perfección desde el primer momento. La niña nunca había sabido lo que era tener una

abuela, ya que la madre de Fliss había muerto siendo ella muy niña.

Los tres salieron de la consulta del médico y subieron al todoterreno aparcado en la puerta. Era otoño, y las hojas de los árboles empezaban a tornarse rojizas y doradas.

Pero pronto vendría la primavera, pensó Fliss, apoyando la cabeza en el hombro de Matt, y con la primavera una nueva vida para Matt, para ella y para Amy. Sonrió a su marido, pensando en lo mucho que había cambiado su vida en un año.

—Te quiero —dijo suavemente, y él le apretó la rodilla.

—Yo también te quiero —respondió él.

—Y yo os quiero a los dos —declaró Amy, asomando la cabeza entre los dos asientos delanteros.

Fliss y Matt intercambiaron una sonrisa, un momento antes de que él pusiera el coche en marcha.

FIN